

M. C. BEATON



AGATHA RAISIN



y la jardinera plantada

Lectulandia

Agatha acaba de llegar de sus vacaciones en Nueva York, las Bermudas y Turquía. Se había marchado para airearse de la claustrofobia que a veces provoca Carsely y, ya de paso, proyectar en sus vecinos una imagen de viajera cosmopolita. ¿Le habrá echado de menos su admirado James? ¿Ha pasado algo en su ausencia? No y sí. James no la ha echado de menos y sí, ha pasado que Carsely cuenta con una nueva habitante: se llama Mary Fortune y, además de tener un tipazo, es una repostera notable y mejor jardinera. No es de extrañar que James le haya echado el ojo...

El espíritu competitivo de Agatha fantasea con que un nuevo crimen en los alrededores le permita demostrar a James su talento como investigadora. Y como a veces el azar escucha las súplicas más raras, Agatha tiene un caso por delante: una serie de ataques violentos contra algunos jardines del pueblo culminarán en un horrible asesinato.

Lectulandia

M. C. Beaton

Agatha Raisin y la jardinera plantada

Detective Agatha Raisin - 3

ePub r1.1

Titivillus 11.02.16

Título original: *Agatha Raisin and the Potted Gardener*

M. C. Beaton, 1994

Traducción: Begoña Prat

Diseño de cubierta: Winfried Bährle

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Jane, con amor

*La autora quiere dar las gracias
a Nic Dicker, del Batsford Garden Centre,
por su ayuda a la hora de elegir plantas
para el «jardín instantáneo» de Agatha.*

UNO



El templado y húmedo invierno se estaba transformando ya en primavera cuando Agatha Raisin regresó conduciendo lentamente a su casa, en el pueblo de Carsely, tras unas largas vacaciones. Se convenció a sí misma de haberlo pasado de maravilla, lejos de aquel lugar de mala muerte. Había estado en Nueva York, en las Bermudas, en Montreal, para luego ir a París, Italia, Grecia y, por último, Turquía. Aunque era una mujer acaudalada, no estaba acostumbrada a gastar tal cantidad de dinero en sí misma, y se sentía confusamente culpable. En el pasado, casi siempre se había decidido por el paquete de vacaciones organizadas más caro y compartido su estancia con un grupo. En esta ocasión, había viajado sola. Carsely le había proporcionado, o eso pensaba ella, la seguridad necesaria para hacer amigos, pero tenía la sensación de haber pasado las últimas semanas en una sucesión borrosa de días recluida en una habitación de hotel o en persistentes y solitarias incursiones a varios enclaves turísticos.

Pero no pensaba admitir que se había sentido sola, del mismo modo que no pensaba admitir que su prolongada ausencia tuviera nada que ver con su vecino, James Lacey.

Al término de lo que ella consideraba con cariño «su último caso», había bebido demasiado en el pub local en compañía de una de las mujeres del pueblo, y al regresar a casa le había dirigido un gesto muy grosero a James, que estaba tomando el fresco en el umbral de su *cottage*.

Al día siguiente, ya sobria y arrepentida, se había disculpado con humildad ante su atractivo vecino soltero, y sus disculpas fueron aceptadas en silencio. Pero la amistad había naufragado hasta convertirse en una tibia relación entre conocidos. Él le dirigía unas breves palabras si se encontraban en el pub o en la tienda, pero ya no pasaba por su casa para tomar un café; y si él estaba trabajando en su jardín y la veía llegar por la calle, se apresuraba a encerrarse dentro de casa. Así que Agatha se había llevado su dolorido corazón de viaje. Sin saber cómo, alejada de la amable influencia de Carsely, su antiguo carácter se había hecho fuerte, es decir: quisquilloso, agresivo y sentencioso. Sus gatos viajaban en una cesta sobre el asiento trasero. Se había detenido a recogerlos en la residencia para felinos de camino a casa. Aunque seguía casada, aunque hacía años que no veía a su marido y aunque prácticamente había olvidado su existencia, se sentía como la solterona del pueblo, con los gatos y todo lo demás.

Carsely reposaba en silencio bajo la tenue luz del sol. El humo se elevaba de las chimeneas. Agatha tomó la desordenada calle mayor, que constituía prácticamente todo Carsely en sí misma, salvo por unas cuantas calles que nacían de ella y un barrio de viviendas de protección oficial en las afueras, y giró con brusquedad por Lilac Lane, donde se erguía su *cottage* con tejado de paja. James Lacey vivía en la casa de al lado; el humo salía de su chimenea. A Agatha le dio un vuelco el corazón. Se moría

de ganas de detener el coche frente a su puerta y gritarle: «Estoy en casa», pero sabía que él saldría a la puerta, la contemplaría con aire circunspecto y diría algo educado como: «Me alegro de que hayas regresado», para después dar media vuelta.

Con la cesta de sus gatos, *Boswell* y *Hodge*, a cuestas, entró en su casa. Flotaba en el aire un intenso olor a quitamanchas y desinfectante, después de que su diligente asistente, Doris Simpson, hubiera tenido la casa para ella sola mientras Agatha estaba fuera. Dio de comer a los gatos y los dejó salir al jardín, abrió las maletas que llevaba en el coche, metió la ropa sucia en el cesto de la colada y luego sacó una serie de paquetitos, regalos para las damas de Carsely.

A la esposa del vicario, la señora Bloxby, le había comprado un bonito fular de seda en Estambul. Anhelante de compañía humana, Agatha decidió dar un paseo hasta la vicaría para dárselo.

El sol se había puesto y la vicaría estaba a oscuras, en calma. De repente, Agatha sintió una punzada de temor: a pesar de las lindezas que pensaba de Carsely, era incapaz de imaginarse el pueblo sin la presencia de la amable esposa del vicario. ¿Y si lo habían trasladado a otra parroquia mientras ella estaba de viaje?

Agatha era una mujer fornida de mediana edad con el rostro redondo, más bien belicoso, y ojos pequeños, como los de un oso. Llevaba el pelo, castaño y brillante, corto, con un estilo que había adoptado en la época dorada de Mary Quant y que se resistía a cambiar. Tenía unas piernas bonitas y vestía ropa cara, y nadie que la viera en la escalera de entrada de la vicaría, esperanzada, podría percibir el tímido anhelo de encontrarse con una cara amiga que se escondía bajo las capas para protegerse del mundo que Agatha había ido construyendo con el paso del tiempo.

Llamó a la puerta y oyó con un sentimiento de dicha el sonido de unos pasos que se aproximaban desde el interior. La puerta se abrió y allí estaba la señora Bloxby, sonriendo a Agatha. La esposa del vicario era una mujer de rostro agradable. Su pelo, recogido en un moño bajo pasado de moda, era castaño con vetas entrecanas.

—Pase, señora Raisin —la invitó con aquella sonrisa tan especial que le iluminaba el rostro—. Estaba a punto de tomar el té.

Agatha, que había olvidado por un tiempo lo que se sentía al caerle bien a alguien, le tendió el paquete envuelto y le espetó con brusquedad:

—Esto es para usted.

—Vaya, ¡qué amable! Pero pase.

La mujer del vicario la precedió hasta la salita y encendió un par de lámparas. Con la sensación de haber vuelto a casa, Agatha se hundió en los cojines de plumas del sofá mientras la señora Bloxby echaba un tronco a la chimenea y lo removía con el atizador hasta conseguir que prendiera.

La señora Bloxby desenvolvió el paquete y, al ver el fular de seda de relucientes tonos dorados, rojos y azules, exclamó con deleite:

—¡Qué exótico! Me lo pondré para ir a la iglesia el domingo y seré la envidia de la congregación. Creo que hay té y bollos.

La mujer salió de la estancia y Agatha la oyó llamar al vicario:

—Querido, la señora Raisin ha vuelto.

La respuesta del vicario llegó en un leve murmullo.

Al cabo de unos diez minutos, la señora Bloxby regresó con una bandeja de té y unos bollos.

—Alf no puede unirse a nosotras. Está trabajando en un sermón.

Agatha pensó con amargura que, cuando ella los visitaba, el vicario siempre se las apañaba para estar ocupado en algo.

—Y bien —dijo la señora Bloxby—, hábleme de sus viajes.

Agatha alardeó de los sitios en los que había estado y evocó, o eso esperaba, la imagen de una sofisticada y cosmopolita viajera. Y luego, meneando un bollo de mantequilla en el aire, dijo en tono pomposo:

—Supongo que por aquí no ha ocurrido gran cosa.

—Oh, nosotros tenemos nuestras pequeñas emociones —contestó la mujer del vicario—. Hay una recién llegada, una persona valiosísima para el pueblo, la señora Mary Fortune. Ha comprado la casa de la pobre señora Josephs y le ha hecho muchas mejoras. Es una gran jardinera.

—El jardín de la señora Josephs era más bien pequeño —observó Agatha.

—Hay bastante espacio en la parte delantera, y la señora Fortune ya lo ha acondicionado y ha mandado construir un invernadero detrás, junto a la cocina. Allí cultiva plantas tropicales. También es una espléndida repostera. Me temo que sus bollos dejan en ridículo a los míos.

—¿Y a qué se dedica el señor Fortune?

—No existe un señor Fortune. Está divorciada.

—¿Cuántos años tiene?

—Es difícil saberlo. Es una mujer extraordinariamente hermosa y ha sido de gran ayuda en las reuniones de la sociedad de horticultura. Tanto el señor Lacey como ella son unos jardineros tan entusiastas...

A Agatha se le cayó el alma a los pies. Había abrigado la esperanza de que James la hubiera echado de menos, pero por lo visto estaba más que entretenido con aquella atractiva divorciada apasionada por la jardinería.

La dulce voz de la señora Bloxby siguió contándole otras novedades de la parroquia, pero la mente de Agatha estaba demasiado ocupada para prestar atención a sus palabras. El interés de Agatha en James Lacey tenía tanto de competitivo como de romántico. Dado que era dueña de grandes dosis de sentido común, podría incluso haber aceptado el hecho de que Lacey no tuviera ningún interés en ella, pero la mera mención de aquella recién llegada había despertado sus más profundos instintos belicosos.

—¿Vamos a cenar ya o no? —Atronó la voz del vicario desde el fondo de la casa.

—Enseguida —gritó la señora Bloxby—. ¿Quiere unirse a nosotros, señora Raisin?

—No me había dado cuenta de que era tan tarde. —Agatha se puso en pie y añadió—: No, pero gracias de todos modos.

Agatha regresó andando a su *cottage* y abrió la puerta del jardín trasero para que entraran los gatos. La noche había caído, así que apenas distinguía nada en la oscuridad. El año anterior había plantado algunos arbustos y flores en su modalidad de «jardinería instantánea», que consistía en comprar plantas ya crecidas en los viveros. Para poder entrar en escena, tenía que convertirse en una verdadera jardinera. Los auténticos jardineros tenían invernaderos y plantaban las semillas de sus plantas. Además, consideró que lo mejor sería unirse cuanto antes a esa sociedad de horticultura.

Con vistas a averiguar a qué se enfrentaba, Agatha condujo hasta Moreton-in-Marsh al día siguiente y compró una tarta en la panadería; luego regresó a Carsely y se acercó a casa de la recién llegada, la cual se erguía en mitad de una anodina hilera de *cottages* victorianos en lo alto del pueblo. Agatha recordó con una punzada de inquietud la última vez que había abierto aquella verja y entrado en casa de la bibliotecaria, la señora Josephs, para descubrir que la habían asesinado. En la parte delantera de la casa, la nueva vecina había construido una especie de porche acristalado, que había llenado de plantas y flores y muebles de mimbre.

Agatha sostuvo la tarta en una mano y llamó al timbre con la otra. La visión de la mujer que abrió la puerta hizo que se descorazonara. Era indiscutiblemente atractiva, con una tez suave y sin arrugas, pelo rubio y ojos brillantes y azules.

—Soy Agatha Raisin —se presentó—. Vivo en Lilac Lane, junto a la casa del señor Lacey. Acabo de volver de vacaciones y quería darle la bienvenida al pueblo, así que le he traído esta tarta.

—Oh, es usted muy amable —le agradeció Mary Fortune—. Pase. He oído hablar de usted, cómo no. Es nuestra Miss Marple.

Algo en su forma de decirlo y en la mirada inquisitiva que le dirigió hizo pensar a Agatha que no la comparaba con el famoso personaje de ficción por sus habilidades como detective, sino más bien por su edad.

Mary la condujo hasta una encantadora salita con las paredes cubiertas de estanterías. Las plantas de las macetas brillaban verdes y sanas, y un vivo fuego ardía en la chimenea. Un olor a pastel casero flotaba en el ambiente. Agatha casi podía imaginarse a James allí, con sus largas piernas confortablemente descansadas.

—Anotaré su número de teléfono —dijo Agatha, al tiempo que sacaba una libreta, un bolígrafo y sus gafas.

En realidad, no sentía ningún interés por tener el teléfono de Mary; era sólo una excusa para ponerse las gafas y ver si cara de la recién llegada era tan tersa como parecía.

Mary le dio su número y Agatha alzó la vista y la observó a través de los lentes.

«Bueno, bueno, bueno —pensó—. ¡Viva los Thunderbirds!»^[1] Si aquello no era un estiramiento facial, que bajara Dios y lo viera. Había algo en la elasticidad plástica de su piel que la delataba. Llevaba el pelo teñido, pero por manos expertas, con mechas rubias en lugar de un baño uniforme.

—Me han dicho que es usted miembro de la sociedad de horticultura —comentó Agatha, mientras se quitaba las gafas y volvía a meterlas en el estuche.

—Sí, y me enorgullezco de hacer mi pequeña aportación al pueblo. El señor Lacey me es de gran ayuda. Ya conocerá usted al señor Lacey, su vecino.

—Oh, sí, somos grandes amigos —recalcó Agatha.

—¿De veras? Bueno, tenemos que probar esa tarta que ha traído.

Mary se puso en pie. Vestía un jersey y unos pantalones verdes, y lucía una silueta perfecta. Al cabo de un momento, sonó el timbre.

—Hablando de James, ése debe de ser él —dijo Mary—. Me visita a menudo.

Agatha se alisó la falda. Cayó en la cuenta de que ni siquiera se había molestado en maquillarse un poco. Agatha sabía que había mujeres tan afortunadas que no necesitaban ni una pizca de maquillaje, pero ella no se contaba entre los miembros de esa raza agraciada.

Por un segundo, un leve destello de desilusión empañó los ojos de James Lacey al entrar y ver a Agatha. James Lacey era un hombre alto de cincuenta y tantos años, en cuyo espeso pelo negro se distinguían sólo algunas trazas de gris. Sus ojos eran de un azul celeste como los de Mary. Tras besar a ésta en la mejilla, le dirigió una sonrisa a Agatha y dijo:

—Bienvenida. ¿Ha pasado unas buenas vacaciones?

—La señora Raisin ha traído una tarta —lo interrumpió Mary—. Prepararé un té mientras vosotros charláis.

James sonrió a Mary casi sin mirarla, como si se muriera de ganas de hacerlo pero se avergonzara, igual que un colegial. «Está enamorado», pensó Agatha, y sintió deseos de levantarse y marcharse de allí.

Sin embargo, se obligó a charlar animadamente de sus vacaciones, deseando tener historias divertidas que contar, aunque apenas había hablado con nadie y casi nadie había hablado con ella.

Mary regresó con una bandeja en las manos.

—Tarta de chocolate —anunció—. Ahora nos engordaremos todos.

—Tú no —replicó James en tono insinuante—. Tú no tienes que preocuparte por eso.

Mary le sonrió, y James le devolvió una sonrisita tímida e inclinó la cabeza sobre una porción de tarta de chocolate.

—Estaba pensando en unirme a la sociedad de horticultura —declaró Agatha—. ¿Cuándo se reúne?

—James y yo asistiremos a un encuentro esta noche, si le apetece venir —ofreció Mary—. A las siete y media en el salón de actos de la escuela.

—No sabía que le interesara la jardinería, señora Raisin —comentó James.

—¿A qué viene tanta formalidad? —Los ojos de oso de Agatha escrutaron a James y añadió—: Siempre me has tuteado.

—Bueno, Agatha, es que tú siempre habías comprado plantas en los viveros.

—Ahora dispongo de tiempo —repuso ella—. Y quiero hacer las cosas bien.

—Nosotros la ayudaremos —intervino Mary con amistosa cordialidad—, ¿verdad, James?

—Oh, por supuesto.

—¿Por qué decidiste instalarte en Carsely, Mary?

Al notar que le apretaba la cinturilla de la falda, Agatha dejó el plato con su trozo de tarta a medio comer y lo apartó.

—Iba conduciendo por los Cotswolds y me agradó este pueblo —contestó Mary—. Es tan tranquilo, tan apacible... Y la gente es encantadora.

—¿Sabías que en esta casa se cometió un asesinato? —preguntó Agatha, decidida a que la conversación se centrara en el caso que ella había resuelto.

—Ya me lo han contado todo, y no me importa. Estas viejas casas han debido de presenciar muchísimas muertes —se apresuró a decir Mary, quitándole hierro al asunto. Después, se volvió hacia James para hablar de jardinería—. Ya he plantado mis esquejes.

—Lo que hagas en la intimidad de tu hogar es cosa tuya —dijo Agatha, soltando una burda carcajada.

Tras un breve y gélido silencio, Mary y James siguieron hablando, lanzándose nombres de plantas en latín que Agatha, rechazada y excluida, no había oído jamás. Una parte de ella deseaba marcharse, mientras que la otra estaba decidida a quedarse hasta que James se levantara. Pasados unos minutos, como si intuyera que Agatha no pensaba moverse hasta que él lo hiciera, se puso en pie.

—Te veo esta noche, Mary.

Ésta y Agatha se levantaron también de sus asientos.

—Volveré contigo a casa, James —anunció Agatha—. Nos vemos luego, Mary.

Cuando llegaron a la puerta de la verja, James se volvió de pronto y se acercó a Mary, que seguía de pie en el escalón. Él inclinó su atractiva cabeza y le susurró algo al oído. Mary soltó una risita y le susurró algo a su vez. Después, James se dio la vuelta y regresó junto a Agatha.

—Mary es una mujer interesante —observó James de camino a Lilac Lane—. Ha viajado mucho. De hecho, antes de instalarse aquí vivió un tiempo en California.

—Debió de ser allí donde le hicieron el *lifting* —comentó Agatha.

Él la miró y dijo con brusquedad:

—Acabo de recordar que tengo que comprar algo para la cena. No hace falta que me esperes. Tengo prisa.

Y, como un coche que acelerara de repente, se largó sin más y dejó a Agatha sola y desolada, viéndolo marchar.

Mientras caminaba hacia su casa, se sentía medio dispuesta a olvidar el asunto. Que Mary se quedara con James. Si ésa era la clase de mujer que lo deslumbraba, entonces era incapaz de apreciar a alguien como Agatha Raisin.

Pero la competitividad se resiste a dar su brazo a torcer y, sin saber cómo, a última hora de la tarde ya había encargado un pequeño invernadero con sistema de calefacción integrado y había accedido a gastarse un riñón para que estuviera perfectamente instalado a finales de semana. También había comprado un montón de libros de jardinería.

Antes de acudir a la reunión de la sociedad de horticultura se pasó por el pub, el Red Lion. Estaba ansiosa por cruzarse con una sola persona a la que no le gustara Mary Fortune. John Fletcher, el propietario, la acogió con una calurosa bienvenida y le sirvió un gintonic.

—Invita la casa —dijo—. Me alegro de verla de vuelta.

Agatha contuvo las lágrimas que amenazaban con inundar sus ojos. Viajar sola había sido un infierno. A las mujeres solteras nadie las trataba con respeto ni atención. Aquella pequeña muestra de amabilidad por parte del dueño del pub la cogió por sorpresa.

—Gracias, John —contestó con la voz tomada—. Hay una recién llegada en el pueblo. ¿Qué piensas de ella?

—¿La señora Fortune? Viene bastante a menudo por aquí. Una mujer agradable. Muy generosa; siempre invita a una ronda. Es la comidilla del pueblo. Hornea los mejores bollos y pasteles, es una jardinera fantástica, se le da bien la fontanería y lo sabe todo sobre motores.

Jimmy Page, uno de los granjeros locales, entró y saludó a Agatha.

—Me alegro mucho de verte, Agatha —dijo, y apoyó su ancha espalda en la barra, junto a ella.

—¿Qué quieres tomar? —preguntó Agatha, resuelta a que Mary no la superara en generosidad.

—Media pinta —dijo Jimmy.

—He traído un regalo para tu esposa y para ti —recordó Agatha—. Os lo llevaré mañana.

—Qué detalle. No se ha cometido ningún asesinato mientras estabas fuera. Todo tranquilo como una tumba. Mary Fortune dijo algo muy gracioso al respecto: «Tal vez la señora Raisin sea una especie de buitre en cuya ausencia no puedan ocurrir esas desgracias».

—No me parece un comentario demasiado agradable —le espetó Agatha.

—Vamos, no te lo tomes a mal. Siempre está bromeando, no pretende ofender a nadie. Háblame de tus vacaciones.

Y a medida que se les unían otros parroquianos, Agatha empezó a explicar sus aventuras con todo detalle, inventándose escenas divertidas y disfrutando la sensación de ser el centro de atención hasta que al echar un vistazo al reloj que colgaba tras la

barra se dio cuenta de que debía salir hacia la escuela.

En la penumbra de la sala de actos y entre lo que a Agatha le pareció una reunión de ojos cetrinos pertenecientes a sus vecinos más trasnochados, Mary, con su pelo rubio y un vestido verde de lana que se ajustaba a su excelsa silueta, brillaba como el sol. Estaba sentada junto a James y, al entrar, Agatha la oyó decir:

—Tal vez deberíamos haber ido a cenar antes de venir. Me muero de hambre.

Así que él le había mentado al decirle que tenía que comprar algo para la cena, pensó Agatha sombríamente.

Un tal señor Bernard Spott, un caballero entrado en años, presidía la reunión. Agatha distinguió algunos rostros conocidos en la penumbra del salón de actos, donde dos fluorescentes habían dejado de funcionar y el tercero chirriaba y parpadeaba sobre sus cabezas. Los dibujos de los niños colgaban de las paredes de la sala, un deprimente recordatorio para los adultos allí reunidos de que los años de infancia habían pasado hacía mucho y nunca volverían, pensó Agatha. Los Boggle, aquella pareja de ancianos amargados que se quejaban de todo, estaban allí. La señora Mason, la presidenta de la Carsely Ladies' Society, ocupaba un asiento en primera fila junto a la señora Bloxby. La asistente de Agatha, Doris Simpson, entró y se sentó a su lado al tiempo que murmuraba:

—Bienvenida.

La señorita Simms, una madre soltera que ejercía de secretaria de la Carsely Ladies' Society, llegó detrás de Doris tambaleándose sobre sus altos tacones.

El señor Spott empezó a soltar una tediosa charla sobre la feria anual de horticultura que tendría lugar en julio. Después, en agosto, se celebraría el gran día, en el que los miembros de la sociedad abrían sus jardines al público. A continuación, Fred Griggs, el policía local, leyó las actas de la última reunión como si estuviera prestando declaración en un juzgado.

Agatha sofocó un bostezo. ¿Qué sentido tenía aquello? Definitivamente, James no estaba interesado en ella y nunca lo estaría. Ahora se arrepentía de haber gastado una pequeña fortuna en el invernadero, y dejó vagar sus pensamientos. Sin duda, era retorcido desear otro asesinato, pero eso fue lo que se descubrió haciendo. Detestaba asistir a reuniones como aquélla, en las que se sentía fuera de lugar. La jardinería, reflexionó Agatha, era algo que uno debía aprender desde niño. Cualquier planta que hubiera asomado la cabeza en el suburbio de Birmingham donde ella había crecido habría sido arrancada sin contemplaciones por los niños del vecindario.

Al término de la reunión, el sonido de los pies al arrastrarse se elevó por la sala. Y allí estaba Mary, la anfitriona perfecta, presidiendo la mesa del té en el extremo del salón.

Agatha se volvió hacia Doris.

—Gracias por mantener la casa tan limpia —dijo—. ¿Te gusta la jardinería?

—Empecé el año pasado —contestó Doris—. Y me encanta.

—Pues a mí no me parece una afición demasiado divertida —comentó Agatha

mientras paseaba la vista con amargura por el salón hasta localizar a James, que servía té y bollos al lado de Mary.

—Las cosas mejoran cuando todo empieza a brotar.

—Por lo visto, nuestra recién llegada se ha hecho muy popular —observó Agatha.

—No conmigo.

¡Oh, la sensata Doris! ¡Oh, un tesoro sin igual!

—¿Por qué?

—No sabría decirlo.

Una expresión sagaz asomó a los ojos gris pálido de Doris por detrás de las gafas.

—Lo hace todo bien y es muy amable con todo el mundo, pero no transmite una verdadera calidez. Es como si estuviera actuando.

—James Lacey parece encantado con ella.

—No durará mucho.

Agatha experimentó una repentina oleada de esperanza.

—¿Y eso?

—Porque él es un hombre inteligente y ella sólo lo aparenta. Él es amable y ella finge serlo. Así es como yo lo veo.

—Te he comprado un regalo —dijo Agatha—. Puedes recogerlo cuando vayas mañana a casa.

—Muchas gracias, pero no deberías haberte molestado, de verdad. ¿Cómo están los gatos?

—Me ignoran. No les gustó la residencia de felinos.

—En lugar de pagar la residencia, la próxima vez que te marches déjalos en casa; iré a verlos cada día, les daré de comer y los dejaré salir un rato. Estarán mejor en su propio hogar.

La señora Bloxby se acercó a ellas, seguida de la señorita Simms. Llevaba el fular que le había regalado Agatha.

—Es precioso —dijo—. No he podido esperar al domingo para estrenarlo.

Agatha se volvió hacia la señorita Simms.

—También tengo un regalo para usted.

—Oh, es muy amable de su parte —dijo la señorita Simms—. Pero no ha tomado nada, Agatha. Los pasteles de Mary son tan ricos...

—Quizá la próxima vez —repuso Agatha, quien no tenía ninguna intención de infligirse más sufrimiento acercándose al lugar donde estaban Mary y James.

Mary Fortune miró desde el otro extremo de la sala al creciente corrillo que se arremolinaba alrededor de Agatha Raisin. Empezó a recoger los utensilios del té y a meter los pocos pasteles que quedaban en una caja de plástico.

—Te lo llevaré a casa —se ofreció James.

Cuando se marchaba con Mary, no pudo evitar fijarse en que el grupo reunido en torno a Agatha se reía por algo que ella decía y no se volvía a mirarlos; pero le habría sorprendido saber que Agatha, aunque no hizo el menor gesto, era consciente de cada

paso que él daba hacia la puerta con todas las fibras de su ser.

La noche era vigorizante y fría. Las estrellas brillaban con intensidad en lo alto. James se sentía en paz con el mundo.

—Esa Agatha Raisin es una mujer de lo más vulgar —oyó decir a Mary.

—Agatha puede ser un poco brusca a veces —repuso él a la defensiva—, pero en el fondo tiene muy buen corazón.

—Ve con cuidado, James —se burló Mary—. Nuestra solterona reprimida te ha echado el ojo.

—Por lo que yo sé, Agatha está divorciada, como tú —señaló James con frialdad.

La lealtad le llevaba a olvidar todas las veces en que había evitado a Agatha cuando ella lo perseguía.

—Pero no quiero hablar de ella.

Mary soltó una risita.

—Pobre James, claro que no.

Mary cambió de tema y siguió hablando de jardinería. James caminaba a su lado, tratando de recuperar la sensación de calidez y júbilo que solía experimentar en su compañía. Sin embargo, aquel comentario malicioso sobre Agatha le había disgustado. James admiraba la valentía, y no cabía duda de que había cierta gallardía en Agatha Raisin que él respetaba.

Cuando llegaron a la puerta de la casa de Mary, James le tendió la caja de pasteles y, para sorpresa de la mujer, declinó su invitación para la habitual taza de café.

Agatha, demasiado preocupada con el asunto JamesMary, no había reparado en su propia popularidad dentro de la sociedad de horticultura, pues era algo a lo que no estaba acostumbrada. Había sido la próspera propietaria de una empresa de relaciones públicas que había vendido poco antes de jubilarse y retirarse en Carsely. Hasta entonces, su trabajo había sido su vida y lo que la definía. La gente de su vida habían sido sus empleados y los periodistas a los que había intimidado para que dieran espacio a quien fuera o lo que fuera que ella promocionara.

Cuando abrió la puerta y oyó sonar el teléfono, lo miró casi con sorpresa.

—¿Hola? —preguntó con cautela.

—¿Aggie? ¿Cómo va la vida en Pleasantville?^[2] —la saludó la voz afectada de su antiguo colaborador y ayudante, Roy Silver.

—Ah, Roy. ¿Cómo estás?

—Trabajando, como siempre, y aburrido. Me preguntaba si alguien podría invitarme...

Agatha vaciló. No sabía si Roy seguía gustándole o, ya puestos, si alguna vez le había gustado. Lo había invitado cuando estaba desesperada por tener compañía. Aun así, para variar, decidió que estaría bien hablar de relaciones públicas y averiguar qué se cocía en Londres.

—Puedes venir este fin de semana —accedió—. Te recogeré en Moreton-in-Marsh. ¿Te acompañará alguna chica?

—No, sólo yo, cariño. ¿Aún lo cocinas todo en el microondas?

—Ahora soy una cocinera en condiciones —replicó ella en tono serio.

—Tomaré el tren que llega sobre las once y media —dijo Roy—. Nos vemos entonces. ¿Algún asesinato?

Agatha pensó con amargura en Mary Fortune.

—Todavía no —dijo—. Todavía no.

DOS



Al día siguiente de la reunión de la sociedad de horticultura, Agatha se sorprendió al encontrar en su buzón una invitación manuscrita para tomar una copa en casa de Mary el viernes por la tarde.

La contempló como si fuera una especie de insecto venenoso, y después se dirigió a su dormitorio para estudiar su reflejo en el espejo. Después de todo lo que había comido en sus viajes, comida de consuelo para combatir la soledad, su silueta se había ensanchado. Decididamente, tenía aspecto de matrona. Dejó la invitación sobre la cómoda, sacó uno de sus vestidos del armario y, tras desprenderse con rapidez del viejo jersey y los pantalones que llevaba, se lo probó. Para su gran alivio, y aunque notaba que le apretaba, parecía quedarle como siempre; sin embargo, al darse la vuelta para verse la espalda, descubrió consternada un par de lorzas que le sobresalían por encima de las bragas. ¿Cómo podía presentarse en casa de Mary y competir con ella? Ése era el problema de estar en la cincuentena. A menos que una mantuviera su cuerpo bajo un férreo control, las carnes empezaban a colgar de forma inquietante y desarrollaban desagradables michelines de grasa.

Volvió a cambiarse y optó por posponer la decisión de acudir a la reunión hasta que hubiera pensado bien qué hacer. Mientras tanto, iría en coche a uno de los supermercados baratos de Evesham y se aprovisionaría para el fin de semana, además de comprar fruta fresca y verduras en los puestos al aire libre de la A-44.

Una vez en Evesham, decidió tomarse una taza de café antes de hacer la compra. Se dio cuenta de que, aunque había cogido el paquete de cigarrillos, había olvidado el mechero, de modo que se acercó al estanco y pidió un encendedor barato.

—Éstos —le indicó una dependienta de mediana edad— están controlados electrónicamente.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Agatha.

—¿Ve? Se enciende sin necesidad de aplicar mucha presión. Son perfectos para la gente mayor que tiene problemas con los pulgares —aclaró al tiempo que le dedicaba una sonrisa radiante.

Agatha la miró.

—La detesto.

—Señora, yo sólo...

—No importa —le espetó Agatha—. Me lo llevo. ¿Cuánto es?

—Ochenta y cinco peniques. Pero...

Agatha dejó el dinero justo con un golpe sobre el mostrador, cogió el mechero y se marchó echando chispas. ¿Era eso lo que les pasaba a las cincuentonas que no llevaban maquillaje? ¿Que las tomaban por vejstorios?

«Vamos —le dijo la voz de la lógica—, no se refería a ti.» «Oh, sí, sí, claro que lo decía por mí», aullaron sus sentimientos heridos. Agatha se sirvió una taza de café en el mostrador de autoservicio, se alejó con una mueca de los pasteles de crema, se

sentó malhumorada junto a la ventana y contempló el aparcamiento.

Beber un café en un supermercado inglés mientras se observa el aparcamiento tiene algo de deprimente. Estaba rodeado de árboles, árboles esmirriados recién plantados que debían de tener el aspecto de una esponja verde en la maqueta del arquitecto. Agatha casi podía verse a sí misma colocada junto a la ventana de la cafetería en la maqueta, una pequeña figura de plástico. Era un día ventoso y gris. Envoltorios y papeles volaban en espirales por los aires y una fina película de lluvia grasienta empezó a emborronar las ventanas. Agatha suspiró sonoramente. Qué agradable sería borrar de su mente a los James Lacey de este mundo y rendirse, ponerse gorda y acomodarse, olvidarse de las cremas para la piel y dejar que aparecieran las arrugas. No iría a casa de Mary. Era lo más sensato.

Aunque no había nada de malo en sacar la bicicleta y hacer un poco de ejercicio.

Ese viernes, Mary Fortune contempló a sus invitados. Tenía abundantes reservas de bebidas de todo tipo y había preparado entremeses calientes para acompañarlas. Pero la gente no se quedaba, y varias personas habían echado un vistazo alrededor preguntando: «¿Dónde está la señora Raisin?». Mary había contestado con amabilidad que la señora Raisin esperaba visita ese fin de semana y que se había quedado en casa para prepararlo todo. Jimmy Page, el granjero, dijo que le parecía haber visto a Agatha camino del Red Lion y una irritante mujer, la señora Toms, comentó: «Creo que me pasaré por allí para darle las gracias por el regalo». Mary comenzaba a tener la sensación de que algunos de los invitados que se marchaban habían seguido sus pasos. Por si eso fuera poco, James ya no le dedicaba esas miradas deslumbrantes y tímidas, y no dejaba de moverse de aquí para allá. Cualquier otro día se habría mantenido a su lado y luego se habría quedado para ayudarla a recogerlo todo. Mary estaba desconcertada. Por lo que había visto, Agatha Raisin era una mujer de mediana edad fornida y anodina, sin ningún carisma, así que era imposible que James hubiera trasladado sus atenciones a ella. Pero la tal Agatha Raisin parecía pertenecer al pueblo y a sus habitantes, mientras que ella, Mary, no. Y, como era de esperar, James no se quedó.

A la mañana siguiente, Agatha aguardaba la llegada de Roy Silver en la estación de Moreton-in-Marsh. En cierto sentido deseaba que no apareciera, tal vez porque Roy, con sus modales afeminados y mordaces, no encajaba con el apacible modo de vida de Carsely. Sin embargo, James Lacey no podía encontrar nada, cómo decirlo... romántico en el hecho de que un hombre pasara el fin de semana en casa de Agatha. Roy era demasiado joven, ni siquiera había cumplido los treinta.

Al ver a Roy bajar del tren enfundado en unos vaqueros negros y hablando por el móvil, a Agatha se le cayó el alma a los pies. Roy, complacido al constatar que las pocas personas que ocupaban el andén por fin habían reparado en el joven ejecutivo

enfrascado en sus asuntos laborales, colgó y se acercó a Agatha.

—Pero ¿qué te ha pasado? —le preguntó a modo de saludo—. «Oh, si esta carne tan sólida pudiera ablandarse...» Shakespeare, Aggie. Tiene una frase para todo.

—¿Lo aprendiste en el reformatorio? —replicó Agatha, que odiaba las citas literarias.

—Sinceramente, cielo —continuó Roy en tono despreocupado—, no soy yo quien se ha abandonado.

—He ganado peso durante las vacaciones —concedió Agatha—, pero lo perderé enseguida.

—Ponte a régimen; y yo lo haré contigo —propuso Roy con entusiasmo—. Lo último es la dieta de frutas: no comer nada más que fruta durante tres días, exactamente el tiempo que pasaré en tu casa.

—¿No tienes que ir a trabajar el lunes?

—Me debían un día, y además tengo una propuesta que hacerte.

—Oh, Roy, no sabía que te importara tanto. Mete esa maleta forrada de pegatinas de la Costa del Sol en el asiento de atrás —le espetó Agatha—, y vámonos.

—A sus órdenes. Ya te lo explicaré cuando lleguemos a tu casa.

Roy siguió parlotear sobre la dieta de la fruta, decidido a que ambos la siguieran. Mientras tanto, Agatha cruzó Bourton-on-the-Hill y observó con tristeza que aún había casas en venta, una señal de que la recesión no desaparecía con tanta rapidez como los políticos querían hacer creer a la gente. Luego enfiló la amplia carretera serpenteante que llevaba a Carsely. La intensa helada de aquella mañana había teñido de blanco los árboles, que se inclinaban por encima de la carretera. La campiña parecía quieta e inmóvil, en suspenso.

—¿Estás seguro de que quieres seguir con esto de la dieta? —le preguntó Agatha después de invitarlo a entrar en casa—. He comprado cosas ricas y no se me da tan mal cocinar.

—Tenemos que hacerlo, Aggie. Piensa en lo delgada que te verás.

Y Agatha pensó en Mary Fortune y lanzó un leve suspiro.

—De acuerdo, Roy. Que sea fruta.

Se despidió mentalmente con nostalgia del filete a la parrilla y las patatas al horno que había planeado para el almuerzo. Pensó que aquel plato no engordaba, olvidándose de la nata agria y la mantequilla fresca con que pensaba untar las patatas.

—¿Te apetece ir al Red Lion a tomar algo? —propuso, esperanzada.

El sábado, la barra del Red Lion estaba cubierta de platitos con dados de queso y cebollas en vinagre.

—El alcohol y el café no están permitidos —repuso Roy en tono jovial—. Será mejor que vayamos a comprar algo de fruta.

—Tengo fruta —contestó Agatha señalando un cuenco lleno de manzanas y naranjas.

—No hay suficiente, cielo. Tenemos que comprar más.

Mientras se acercaban al coche, aparcado en la calle, Agatha estuvo tentada de decirle a Roy que se olvidara de aquella dieta tan ridícula. Sin embargo, en ese mismo momento Mary estacionó frente a la casa de James Lacey y bajó enfundada en su verde favorito. Dirigió una rápida mirada apreciativa a Roy, y Agatha fue consciente de pronto de lo joven y delgado que era. Tenía la cara fina y blanca, unos ojos pequeños e inteligentes y un cuerpo flacucho que parecía proclamar que necesitaba engordar en lugar de ponerse a régimen.

—¿Quién es el figurín? —preguntó Roy.

—Una forastera —contestó Agatha con amargura—. Métete en el coche.

El estómago le rugió para recordarle que lo único que había desayunado era una taza de café y un cigarrillo.

Pero ante ella colgaba la tentadora zanahoria de una pérdida de peso casi instantánea.

Fueron hasta Evesham y compraron manzanas, melones, plátanos, uvas, kiwis, naranjas y una selección de exótica «fruta para yuppies» no precisamente barata.

De vuelta en casa, ambos comieron tanto como pudieron y se convencieron mutuamente de que ya se sentían mucho mejor. Roy pidió prestada su bici al vicario y salieron a dar un paseo. Tenía que ser la mejor parte del fin de semana: volar sobre los caminos helados cortando el aire nítido, regresar a casa bajo un ardiente sol rojizo que encendía la escarcha de la hierba y los árboles, y hacía arder los charcos helados como si fueran los ojos de un monstruo.

Pero en lugar de sentarse frente a una mesa servida con una cena caliente, a su regreso no les esperaba nada más que fruta y agua mineral.

—¿Cuál es esa propuesta de la que hablabas? —Quiso saber Agatha.

—¿Te acuerdas del señor Wilson de Pedmans, mi jefe?

Agatha entornó los ojos. Había vendido su empresa de relaciones públicas a Pedmans. Wilson había faltado a su promesa de mantener las oficinas y el personal: había despedido a todo el mundo salvo a Roy y había vendido las oficinas.

—Claro.

—El otro día me habló de ti. Dijo que eras la mejor. Le comenté que iba a venir a verte —añadió Roy, olvidando cuidadosa y convenientemente mencionar que había tomado la decisión de visitar a Agatha después de haber oído cómo la alababa su jefe—. Dice que le gustaría contratarte como ejecutiva. Pure Cosmetics le está dando problemas, y tú sabías manejarlos.

—Panda de inútiles... —masculló Agatha de mal humor.

La gerente de Pure Cosmetics era una mujer caprichosa y exigente, una negrera moderna.

—Jessica Turnbull, la directora de Pure Cosmetics... tú siempre supiste cómo tratar a esa mujer. Eso es lo que dijo Wilson.

—Estoy jubilada —replicó Agatha—. Eh, te han salido granos.

Roy soltó un chillido y corrió hacia el baño del primer piso.

—Parezco un adolescente con acné —dijo al volver—. Tú también tienes granos.

—Vamos a dejar esta estúpida dieta.

—No —negó Roy con firmeza—. Son las toxinas. Estamos eliminando las impurezas de nuestro cuerpo.

—Acepté tomar parte en esta estupidez para mejorar mi aspecto, no para empeorarlo.

—¡Pero si ya estás más delgada, Aggie! —insistió Roy, en tono melifluo—. No pienses ahora en la oferta de Wilson. Nos sentaremos a ver la película que he traído y nos acostaremos pronto.

Al día siguiente Agatha se levantó temprano, hambrienta y de muy mal humor. Bajó a la cocina y, con gesto melancólico, comió seis manzanas, se bebió un vaso de agua mineral y fumó cinco cigarrillos. Se acercó a la puerta atraída por el sonido del timbre y reconoció el pecho de James Lacey, que era todo lo que veía de él, a través de la mirilla.

Se llevó las manos a la cara, se palpó los granos y se apartó de la puerta. Se moría de ganas de abrirla, pero no así, no en camisón y con la cara hecha un mapa lunar.

En el exterior, James se alejó lentamente. Acababa de decidir que era una estupidez alimentar un rencor infantil hacia Agatha sólo porque ella le hubiera dedicado un gesto grosero hacía ya tanto tiempo. Al acercarse a su *cottage*, vio la cabeza rubia de Mary asomando por la esquina. Sin pararse a pensar, aceleró el paso y se escurrió dentro de su casa como un gran animal en su madriguera, y cuando el timbre sonó imperiosamente un momento después, no abrió la puerta, convenciéndose de que tenía que ponerse a trabajar.

Seguía enfrascado en la redacción de su historia de las Guerras Peninsulares. Introdujo un disco en su procesador de textos y contempló con pesadumbre los caracteres verdes que emborronaban la pantalla. Cerró el documento y se quedó mirando el escritorio con desgana. Uno de los archivos se llamaba simplemente «Caso», y contenía una recopilación de todos los hechos que James había mecanografiado para examinarlos detenidamente junto con Agatha y tratar de resolver un crimen. Había sido entretenido. Había sido emocionante. Tal vez Agatha estuviera investigando un nuevo caso. James meneó la cabeza: no se había cometido ningún asesinato en kilómetros a la redonda. Carsely seguía paralizado en su sueño invernal. Inquieto, se preguntó por qué Agatha no le había abierto la puerta. Tenía que estar en casa, porque su coche seguía aparcado fuera y salía humo de la chimenea. El tal Roy había pasado la noche en el *cottage* de Agatha. Los había visto la víspera yendo en bicicleta. James estaba convencido de que no había ningún interés romántico entre ellos, pues el chico era demasiado joven. Claro que, en estos tiempos modernos de hombres objeto, nunca se sabía. Seguro que se lo estaban pasando en grande riendo y bromeando, mientras él se sumía en el tedio más

absoluto.

—No me gusta Wilson y no me gusta Pedmans —estaba diciendo Agatha con amargura—. Detesto la fruta y mataría por una hamburguesa gigante y grasienta.

—Mírate en el espejo —replicó Roy, enfadado y cada vez más amargado por la dieta y porque su misión era lograr que Agatha regresara al trabajo—. Te has abandonado. De acuerdo, una vez pasó algo emocionante en este sitio, pero será mejor que te hagas a la idea de que no va a ocurrir nada más. ¡Piensa en Londres, Aggie!

Y Agatha pensó en Londres y en lo rara y extraterrestre que se sentía ahora en sus infrecuentes visitas. Londres, la ciudad que una vez había sido el centro de su universo.

—Soy feliz aquí —repuso, desafiante—. He descuidado un poco mi aspecto, lo admito, pero no tardaré en recuperar la figura.

—Pero Wilson está dispuesto a ofrecerte ochenta y cinco mil al año para empezar. Agatha entornó los ojos.

—Espera un momento. Es como si Wilson y tú hubierais discutido el asunto minuciosamente, y sabiendo que no eres más que un bicho rastrero, Roy, lo más probable es que le dijeras: «Déjame a mí. Iré a pasar el fin de semana con ella y conseguiré que la vieja vuelva». Seguro que incluso te jactaste: «Oh, Aggie y yo somos uña y carne. Haría cualquier cosa por mí».

Aquello se acercaba de una forma tan exacta a las palabras que Roy había pronunciado que se sonrojó enfurecido por debajo de la capa de granos.

—No, eso no fue lo que pasó —chilló—. Tu problema, Aggie, es que no reconocerías a un verdadero amigo ni aunque lo tuvieras en la sopa. Estoy harto de esto, harto. Voy a subir a afeitarme y a recoger mis cosas.

—¡Hazlo! —gritó Agatha a su espalda—, pero vigila con los granos. De hecho, para ponértelo más fácil, ¡yo misma te llevaré a Oxford!

Una hora más tarde, partieron juntos hacia Oxford mientras Agatha conducía en un silencio glacial. El estómago ya no le rugía, sino que le aullaba. Odiaba a Roy, odiaba Carsely, odiaba a James Lacey, odiaba a las damas de la Carsely Ladies' Society, odiaba a la señora Bloxby, odiaba a...

Avanzaba por la A-40 cuando el último nombre de la lista le vino a la mente. Tomó la primera salida y aparcó delante de un restaurante.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Roy, abriendo la boca por primera vez desde que habían salido del pueblo.

—No sé tú, pero yo me voy a zampar una hamburguesa enorme bañada en ketchup —dijo Agatha—. Puedes mirarme o puedes acompañarme, me da igual.

Roy la siguió al restaurante y contempló de mal humor como ella pedía café, una hamburguesa extragrande y unas patatas fritas gigantes. Entonces, en tono seco y

cortante, le dijo a la camarera:

—Para mí, lo mismo.

Cuando llegaron los platos, ambos dieron buena cuenta de sus hamburguesas, impasibles. En cuanto terminaron, Agatha llamó imperiosamente a la camarera.

—Otra —pidió.

—Otra —repitió Roy con un repentino acceso de risa.

—Perdona la mala leche —se disculpó Agatha—. No soporto las dietas.

—No te disculpes, Agatha —dijo Roy—. Yo tampoco soy un angelito.

—Dale las gracias a Wilson por su oferta, y dile que me lo pensaré.

Agatha se apoyó en el respaldo, se llevó la mano a los labios grasientos y soltó un pequeño eructo.

—Dile también que, si tuviera que hacerlo por alguien, lo haría por ti.

—Gracias, Aggie.

—Es más, te llevaré hasta Londres si también pides una ración extragrande de pastel de chocolate con salsa de chocolate y helado.

—Hecho.

Salieron del restaurante riendo como un par de bobos, como si en lugar de comer hubieran estado bebiendo. Se pasaron todo el trayecto a Londres cantando y contando chistes hasta que Agatha dejó a Roy delante de su piso en Chelsea.

—¿Por qué no te quedas a pasar la noche? —le propuso Roy.

—No, tengo que dar de comer a los gatos. Debo irme a casa.

—Bueno, al menos ya no tienes granos.

—Pues claro. —Agatha se miró en el retrovisor—. Nada mejor para el cutis que una hamburguesa grasienta.

Estaba de bastante buen humor cuando regresó a Carsely. Asistiría a la reunión de la Carsely Ladies' Society esa noche en la vicaría. Al entrar en la cocina y ver los cuencos colmados de fruta, la recorrió un escalofrío. Habría bocadillos y pastel de fruta, y tal vez uno de los pasteles de chocolate de la señorita Simms; tenía intención de comer tanto como pudiera. Su silueta podía esperar.

Fue sólo después de tomar asiento en la vicaría y alargar el brazo para coger el primer bocadillo de jamón cuando se dio cuenta de que no había sentido ningún deseo de quedarse en Londres. Su asistenta tenía la llave del *cottage* y habría dado de comer a los gatos encantada si Agatha hubiera decidido pasar la noche en la ciudad. Quién le iba a decir, pensó Agatha, que un día un té con bocadillos en la vicaría tendría prioridad sobre todo lo que Londres pudiera ofrecerle.

Y entonces Mary Fortune entró en la estancia, precedida por una nube de perfume francés. Delgada pero con curvas, llevaba unos pantalones entallados, una blusa de seda y una chaqueta. Todo verde. Por lo visto, nunca vestía de otro color.

Agatha, con la boca llena de sándwich, tomó sombría conciencia de lo ceñida que le quedaba la falda. Mientras miraba a Mary, se fue sintiendo cada vez más gorda. La recién llegada sostenía una tarta que había horneado y las mujeres proferían

exclamaciones de regocijo. «¡Torta de semillas de alcaravea! ¡Qué ingenioso! Creía que ya nadie recordaba cómo se hacía.» Mary miraba a su alrededor mientras aceptaba los elogios de las damas allí reunidas. Entonces vio una silla vacía junto a Agatha y se sentó a su lado.

—Me alegro de que se haya unido a la sociedad de horticultura —dijo Mary exhibiendo una sonrisa encantadora.

—He encargado un invernadero —explicó Agatha—. Este año voy a plantar mis propias semillas.

—Si le hacen falta esquejes, no tiene más que pedírmelos —dijo Mary.

Al darse cuenta de que no tenía la menor idea de qué hacer con un esqueje, Agatha le dio las gracias en un murmullo. No cabía duda de que Mary se estaba esforzando por mostrarse agradable, y algo en la nueva Agatha Raisin, que era capaz de agarrarse a cualquier migaja de cordialidad como una planta con escarcha se aferra a la luz del sol, la hizo reaccionar respondiendo gradualmente con la misma cordialidad. Al final, se descubrió invitando a Mary a tomar un café a la mañana siguiente.

La reunión empezó con una conversación sobre el *catering*. Tras la feria anual de horticultura, los jardines de Carsely se abrían al público con el fin de recaudar fondos para beneficencia. La sociedad de horticultura había contactado con la Carsely Ladies' Society para que sirvieran el té en el salón de actos de la escuela. Agatha, a la que por lo general le gustaba ser el centro de atención, mantuvo la boca cerrada. En ese momento decidió que debía concentrar toda su energía en *su* jardín. La gente acudiría en tropel para maravillarse ante sus relucientes colores y conseguiría eclipsar el de James Lacey en la casa de al lado. En realidad, eclipsaría cualquier otro jardín del pueblo. Casi podía ver la cara de James irradiando admiración.

A la mañana siguiente, Agatha recordó su invitación a Mary y decidió no arreglarse. Se puso una falda cómoda pero ancha y una blusa suelta por encima. Pero en cuanto vio a Mary, deseó haberse esforzado más con su aspecto. Su invitada llevaba un jersey de lana verde que se ceñía a una silueta que sólo se abultaba en los lugares adecuados, un abrigo amplio de tweed verdoso y, a pesar del frío que hacía fuera, calzaba unas sandalias de cuero verdes de tacón alto y unas finas medias.

Mary se desprendió del abrigo que llevaba echado sobre los hombros y lo dejó en una silla.

—Qué casa tan encantadora, señora Raisin —comentó echando un vistazo—. Me alegro de que tengamos la oportunidad de conocernos mejor. Carsely es un lugar muy agradable, pero la gente de aquí apenas viaja. De hecho, la mayoría considera que ir al mercado de Moreton es ya una gran aventura.

—Tengo entendido que vivió usted un tiempo en América —observó Agatha, que por primera vez no deseaba ser clasificada como distinta del resto de las mujeres del pueblo.

—Sí, en Nueva York.

Agatha tenía la vaga idea de que California era el paraíso del estiramiento facial, pero supuso que en Nueva York debía de haber también un montón de cirujanos plásticos. El rostro de Mary desprendía una sensación antinatural, aunque cabía la posibilidad de que los celos de Agatha la llevaran a creer que aquello era el resultado de un *lifting*.

—Voy a preparar el café —dijo Agatha, y en ese momento sonó el timbre de la puerta.

James Lacey aguardaba en el escalón de entrada. En un primer momento Agatha pensó que había visto a Mary entrando en su casa, y que ésa era la razón por la que llamaba.

—Pasa —lo invitó con un humor sombrío—. Mary está aquí.

Agatha se dio la vuelta de inmediato, sin llegar a percibir la breve expresión de compromiso que asomó a los ojos de su vecino. En la cocina, Agatha apiló tazas de té, galletas danesas calientes, platitos y servilletas sobre una bandeja, y decidió renunciar a James Lacey por completo. Pero aun así, seguía experimentando un acuciante deseo de subir a su dormitorio y ponerse algo más glamuroso.

James alzó la vista cuando Agatha entró en la sala, se levantó educadamente, le cogió la bandeja de las manos y la dejó sobre la mesa. Por alguna razón, se hizo un incómodo silencio. Agatha se preguntó de qué habrían estado hablando mientras ella estaba ocupada en la cocina. El fuego chisporroteó y la porcelana tintineó cuando disponía las cucharas en los platitos, y un estornino puso una invernal nota afligida y descendente desde el exterior.

—No puedo quedarme mucho rato —mencionó él—. Sólo me he pasado para preguntarte qué tal estabas.

—Vaya, pues parece que es mi mañana de las visitas —observó Agatha cuando volvió a sonar el timbre.

Al abrir la puerta, descubrió con sorpresa y placer que su nuevo visitante era el sargento Bill Wong.

—Me he enterado por radio macuto de que habías vuelto —explicó él en tono jovial—. ¿Puedo pasar?

—Claro —dijo Agatha.

Aunque se moría de ganas de darle un abrazo al joven, Agatha se sentía inusualmente tímida.

—James y Mary Fortune, la nueva vecina del pueblo, están dentro.

Mary alzó la vista cuando Bill entró y vio a un hombre menudo y rollizo de rasgos orientales y mirada sagaz.

Agatha fue a buscar otra taza y Bill la siguió a la cocina.

—¿Compitiendo, Agatha? —preguntó en tono amable.

Durante lo que Agatha denominaba sus «casos», habían acabado por conocerse bastante bien; sin embargo, le pareció que se había excedido con aquel último comentario.

—No sé a qué te refieres —contestó, malhumorada.

—Oh, sí, sí que lo sabes —repuso Bill, cogiéndole la taza de las manos—. Dentro de nada tú también te harás un *lifting*.

Agatha le sonrió.

—Había empezado a olvidar lo bien que me caes.

En cierto modo, la presencia de Bill le permitía enfrentarse a Mary y James con serenidad. Presentó formalmente a Bill y Mary, y luego le preguntó con entusiasmo en qué estaba trabajando.

—Los asuntos habituales —contestó Bill—. Has estado fuera una larga temporada, Agatha, y en ese tiempo nadie se ha dejado asesinar. Pero, en cambio, sí que ha habido un aumento en la cifra de robos. Los ladrones vienen por la autopista desde Birmingham y Londres, y los pueblos son un buen objetivo. La gente del campo no suele instalar alarmas antirrobo, y muchos todavía dejan sus coches y casas sin cerrar. Aquí estás protegida, Agatha. Fuiste muy prudente al contratar un sistema de alarma.

—Tal vez todos debiéramos seguir el ejemplo de Agatha —observó James.

Mary soltó una risita.

—No todos nadamos en la abundancia. Por mi parte, seguiré confiando en la naturaleza humana.

—No creo que Agatha sea una mujer rica —replicó Bill con brusquedad—, y teniendo en cuenta que instaló la alarma después de que recibiera amenazas de muerte, considero que ese comentario está fuera de lugar.

James, convencido de que Mary no estaba acostumbrada a que le afearan sus «comentarios sin importancia», cayó en la cuenta de que muchas de las cosas que Mary decía podían considerarse maliciosas y empezó a pensar que había hecho el ridículo yendo tras ella.

Mary se ruborizó levemente y repuso con rapidez:

—No me refería a Agatha. ¿Cómo ha podido pensar eso? No creerá que hablaba de usted, ¿verdad, Agatha?

—Pues más bien sí —dijo ésta.

Mary abrió las cuidadas manos en un gesto de disculpa.

—¿Qué más puedo decir? Perdón, perdón, perdón.

—Está perdonada —dijo Agatha con tosquedad.

—¿Cuándo le traen su invernadero? —preguntó Mary.

—Hoy. Llegará en cualquier momento.

Bill entornó los ojos y dirigió a Agatha una mirada divertida.

—No me habías contado que pensaras dedicarte en serio a la jardinería.

—He decidido darle una oportunidad y me he unido a la sociedad de horticultura.

Bill levantó las palmas en un gesto de fingido espanto.

—No me digas que van a matar a alguien. Espero que no se te ocurra inscribirte en ningún concurso.

—¿Por qué no? —Quiso saber Mary, sorprendida—. Eso forma parte de la diversión. Vamos a celebrar el festival anual y, según tengo entendido, es un encuentro muy cordial.

—Olvida que, hasta ahora, Agatha no era miembro de esa sociedad —repuso Bill.

—¿Qué tal va tu libro?

Agatha se había vuelto hacia James, sabedora de que si Bill continuaba hablando acabaría por revelar que había hecho trampas en el concurso de tartas del pueblo.

—Lento —contestó James—. Intento tomármelo en serio, pero me paso el rato esperando que suene el teléfono o que venga alguien para distraerme. ¿Te vas a poner enseguida con el invernadero, Agatha?

—Sí, voy a comprar cajas de semillas y a plantar algunas cosas.

—Te diré lo que haremos —propuso James—. Iré contigo al vivero y te ayudaré a escoger.

A Agatha se le iluminó el rostro, pero Mary añadió:

—Podemos ir todos juntos.

James se levantó.

—Bueno, Agatha, ya me dirás, ¿de acuerdo?

—Será mejor que yo también me marche —dijo Mary mientras cogía su abrigo—. El café estaba delicioso. Tal vez nos veamos luego en el Red Lion. Vamos, James.

James sintió el repentino deseo de volver a sentarse, pero aun así se marchó con Mary. Agatha dio un portazo a su espalda con una fuerza innecesaria y regresó junto a Bill.

—Qué bonita pareja —comentó él en tono malicioso.

—Bébetelo el café —replicó Agatha con amargura.

—Era sólo una broma. En realidad, a James no le gusta esa mujer.

—Pero ¡me he enterado de que han sido pareja!

—Puede que lo hayan sido, pero ya no lo son. Tómalo con calma, Agatha. Relájate. Si eres amable y te muestras tranquila con él, acabará cayendo.

—He decidido que ya no me interesa. Si está con alguien como Mary Fortune, prefiero no saberlo.

Bill movió la cabeza.

—Tampoco es que le conozcas demasiado bien. Vaya, el timbre otra vez.

Agatha corrió hacia la puerta con la esperanza de que James hubiera vuelto, pero eran los operarios que le traían el invernadero.

Bill se marchó tras prometerle que se pasaría en otro momento y dejó a Agatha con los trabajadores.

Al terminar el día, un pequeño invernadero nuevo relucía en un extremo del jardín de Agatha. Contuvo el impulso de correr a la casa de al lado y pedirle a James que la acompañara al vivero al día siguiente, pues era probable que él le recordara que Mary también quería unirse.

Así que cambió de opinión y se dirigió al Red Lion. Era uno de esos insólitos

anocheceres en los que el pub no estaba muy concurrido. Habló con algunos de los parroquianos sin dejar de mirar hacia la puerta, con la esperanza de que la alta figura de James Lacey apareciera en el umbral.

Finalmente regresó a casa, un poco achispada, y se metió desconsolada en la cama.

Al día siguiente se sentía hinchada, vieja y todo menos guapa. Se arrastró tristemente hasta el vivero local para pedirles consejo y volvió a casa cargada con varios paquetes y bandejas de semillas y una lista de indicaciones que había anotado. Trabajó afanosamente y plantó crisantemos, una mezcla de dalias Coltness y dalias Rigoletto en unas bandejas, y *Arctotis hybrida*, la margarita africana, en otras. Al anochecer había terminado con las bandejas de Disco Belle, una variedad de hibisco. Se suponía que debía plantar los hibiscos y los crisantemos en febrero para trasplantarlos en el mes de mayo, pero le habían aconsejado que plantara las margaritas africanas en marzo. Sin embargo, el trabajo era muy relajante, pensó Agatha, y ya casi estaban a finales a febrero, de modo que trasplantaría todos los brotes en mayo.

Desde la casa de al lado James la veía agachada, afanándose en el invernadero. Agatha no le había pedido ayuda, y se sentía decepcionado.

TRES



Mientras la reacia primavera iba apoderándose de los Cotswolds, los pensamientos de Agatha a menudo vagaban hacia la oferta de trabajo de Wilson. Finalmente se decidió a llamarlo y le dijo que podía comenzar a trabajar en otoño, porque en esa estación la temporada de jardinería habría terminado. Pese a las reservas iniciales de Agatha, Mary se había convertido en su amiga. Se mostraba siempre encantadora, siempre dispuesta a ayudar, y su relación íntima con James Lacey parecía haber llegado a su fin.

Los narcisos resplandecían en los jardines de Carsely, y luego llegaron las cascadas de glicinia y los macizos de violetas. Era una primavera tan deprimente que parecía increíble que algo pudiera florecer bajo la lluvia fulminante y las ráfagas de viento gélido. Agatha tenía la intención de trasplantar los vástagos de su semillero el uno de mayo. Había comprado más bandejas de semillas en el vivero, que guardaba celosamente en el invernadero junto con los productos de cultivo a la espera de que llegara el gran día.

Había prometido ayudar a la señora Bloxby con la tómbola del primer lunes de mayo, el día en que tendrían lugar todas las celebraciones del pueblo.

Fue el viernes 29 de abril cuando James decidió que había sido demasiado duro con Agatha. En el pasado, ella le había preparado incontables tazas de café y le había traído pasteles. Habían compartido muchas aventuras. No alcanzaba a comprender por qué había invitado a Mary Fortune a cenar varias veces mientras Agatha estaba fuera, y sin embargo nunca había invitado a salir a su vecina. Lo había hecho una vez, admitió, pero como le había parecido que Agatha estaba interesada en él había escondido la cabeza bajo el ala. Aunque después de aquello ella se había mostrado siempre de lo más normal y, de hecho, no había pasado más a verlo.

Así que el viernes por la mañana se acercó a su casa, llamó al timbre y le preguntó a una aturdida Agatha —aturdida porque todavía iba en camisón— si quería ir a cenar con él a un restaurante nuevo en Moreton, el Game Bird.

Olvidándose por una vez de la jardinería, Agatha se pasó el día envuelta en una nube de preparativos y descubrió para su deleite que la jardinería, junto con una dieta moderada, tenía su compensación, puesto que ahora todos los vestidos le quedaban perfectamente. Hizo una mueca al ver uno verde. Sin duda, verde no. Mary nunca se ponía otra cosa, y Agatha reflexionó vagamente sobre la mentalidad de una mujer que siempre vestía del mismo color. Condujo hasta Oxford y fue a la peluquería para cortarse el pelo, renovó su surtido de cosméticos y se compró unos zapatos de tacón. Aunque en un principio había previsto consagrar dos horas a las tareas de embellecimiento, al regresar a casa se dio cuenta de que sólo le quedaba una hora para arreglarse.

El timbre sonó justo cuando se daba los últimos retoques. Fue a abrir la puerta pensando que James llegaba diez minutos antes de la hora, y se encontró con Mary,

enfundada en su inevitable verde: blusa verde, chaqueta verde, pantalones verdes, sandalias de tacón de cuero verde. La mujer parpadeó ante la visión de la nueva Agatha Raisin, con su minivestido negro, las joyas de oro y el pelo corto y castaño brillante bajo la luz de la entrada.

—¿Te vienes al pub? —preguntó Mary.

—No puedo —contestó Agatha en tono alegre—. James me ha invitado a cenar.

Los ojos azules de Mary la miraron inexpresivos por un momento.

—¿Mañana, entonces? —propuso enseguida con una sonrisa.

—A las siete —convino Agatha.

Mary esperó, pero Agatha no iba a arruinar su cita dorada invitando a pasar a Mary y arriesgándose a que ésta quisiera unirse a ellos cuando James llegara.

—Nos vemos mañana —se despidió Agatha, animada.

Cerró la puerta y se quedó esperando en el vestíbulo, presa de la impaciencia. ¿Y si ahora Mary llamaba a James? ¿Y si volvían los dos juntos? ¿Y si James decía: «Mary viene con nosotros»? ¿Y si...?

El timbre sonó, y Agatha dio un respingo. Cruzó los dedos de una mano, abrió la puerta con la otra y dejó escapar un suspiro de alivio al ver a James solo, con un traje oscuro de buen corte y dolorosamente guapo.

—¿Qué coche cogemos? —preguntó Agatha—. ¿Quién de los dos no va a poder beber?

—Ninguno —contestó él con una sonrisa, y miró hacia la calle—. Nuestro taxi acaba de llegar.

Agatha, a quien la alegría le despertaba la timidez, se sentó muy erguida en el asiento trasero del taxi al lado de James. La señora Mason se paró en la esquina y los miró con curiosidad antes de dirigirse al Red Lion. A medianoche, serían muy pocas las personas en Carsely que no supieran que James Lacey se había marchado en un taxi en compañía de Agatha Raisin.

Agatha, que poco a poco estaba aprendiendo a apreciar la buena mesa y aun así seguía disfrutando de la comida basura, tenía sin embargo muy buen ojo para los timos. Aunque todo resultaba tranquilo y reconfortante, al entrar en la elegante atmósfera de casa de campo del Game Bird no pudo evitar sentir cierta decepción. Tomaron una copa en el bar acogedor, sentados en sendos sillones de cretona frente a una chimenea ardiente. Tal vez, pensó Agatha, fuera porque los manteles del comedor eran de color de rosa, igual que las servilletas. Un restaurante que elegía mantelería rosa siempre le resultaba sospechoso.

Cuando se sentaron a la mesa, les ofrecieron unos menús enormes escritos con la letra casi indescifrable propia de un médico.

Era muy caro y Agatha parpadeó al ver los precios. Pero tras su semana de dieta y jardinería —había renunciado a la dieta de la fruta y empezado a comer menos— se sentía hambrienta, y decidió tirar la casa por la ventana. Pidió bullabesa seguida por el «especial de venado», desoyendo el murmullo de James de que tal vez mayo no

fuera el mes más indicado para pedir venado.

—Olvidas que hoy en día hay muchas granjas de cría de venados —señaló Agatha.

Conversaron acerca de la gente del pueblo, y James le comentó que él también iba a trasplantar los nuevos brotes. Cuando llegó la bullabesa, Agatha reparó en que no era más que una sopa de pescado más bien aguada, sin marisco, servida con un solitario biscote en un cuenco muy pequeño.

James tomó una diminuta porción de paté, dispuesta con gracia sobre un plato pequeño.

Decidida a ser buena y no armar un escándalo, Agatha tomó su sopa. Al terminar seguía teniendo hambre, pero aún le quedaba la promesa del venado. Aunque el vino era un supuesto añejo francés de Montrachet, sabía aguado y avinagrado incluso al inexperto paladar de Agatha.

Pero entonces llegó el venado. Era una pequeña pieza rodeada de verduras meticulosamente dispuestas y cubierta con salsa de arándanos. Nada de esas vulgares patatas que tanto engordaban.

—Tiene buen pinta —dijo James con una pizca de más de entusiasmo.

Él había pedido pato con salsa de naranja.

Agatha atacó el venado. Un solo corte, un solo bocado, y sus peores temores se vieron confirmados. Nunca había visto un corte de carne con tantos nervios. Su estómago soltó un perplejo rugido de decepción.

Hasta ahí.

Agatha hizo señas imperiosas para llamar al jefe de sala.

—¿Sí, señora? —dijo él inclinándose sobre la mesa.

—¿Puede decirme —preguntó Agatha con tono aflautado— de qué parte del animal sale esto? ¿De las pezuñas? ¿De las rodillas? ¿De entre los ojos?

—¿Tal vez la señora no está acostumbrada al venado?

En lo más hondo de su corazón, Agatha sintió el agujonazo de su alma de clase trabajadora.

—No se atreva a mostrarse condescendiente conmigo —replicó—. Esto es un saco de nervios. Y ya que hablamos de ello, la bullabesa también era una estafa.

—¡Vaya! —dijo una mujer de aspecto cáustico con una voz nasal de aspirante a clase alta desde la mesa de detrás de Agatha—, ha empezado la temporada turística.

Agatha se volvió para mirarla.

—Que le den —le espetó con desprecio antes de volver a clavar sus ojos de oso en el camarero—. Le digo que esto es una porquería.

Había hablado demasiado alto. Las conversaciones de las otras mesas habían quedado en suspenso y todo el mundo la miraba. Se puso colorada como un tomate.

—No sé el venado —intervino James con amabilidad—, pero este pato está más duro que la suela de un zapato y diría que lo han metido en el microondas.

—Avisaré al dueño —anunció el camarero.

—Lo siento, James —se disculpó ella, sintiéndose miserable.

Él se inclinó por encima de la mesa y pinchó el venado de Agatha con el tenedor.

—¿Sabes? Tienes razón —convino—. Es un amasijo de nervios. Y por ahí, si no me equivoco, llega el dueño.

Un hombre enorme se inclinó sobre su mesa, con un cuerpo desproporcionado para una cabeza sorprendentemente pequeña.

—Conozco a los de su clase —dijo con un marcado acento italiano—. Lárguense. Si no quieren pagar, pues no paguen.

—No nos importa pagar —repuso James con frialdad—, siempre que se lleve esto y nos traiga comida decente.

El propietario dejó escapar un gruñido encolerizado como el de un klingon^[3] en un rito funerario y agarró las cuatro esquinas del mantel. Hizo un hatillo con él, se lo cargó al hombro y se dirigió hacia la cocina con grandes zancadas, mientras el vino y el jugo de la carne le chorreaban por la descomunal espalda.

—Es hora de irnos —dijo James, que se levantó y retiró la silla para que Agatha hiciera lo propio.

Muerta de vergüenza, Agatha salió a la calle. Era una noche despejada y las estrellas titilaban en el cielo por encima del Fosse, frías y alejadas de las angustias sociales de una mujer de mediana edad que tenía la sensación no sólo de haber arruinado la noche, sino también de haber puesto fin a sus esperanzas de tener un romance. Y entonces se dio cuenta de que James se estaba riendo. Apoyado en la pared del restaurante, reía y reía, mirándola con ojos chispeantes en los que se reflejaba la luz de las farolas.

—Ah, Agatha Raisin —dijo—, me encanta cuando te enfadas.

Y, de repente, las estrellas del cielo empezaron a bailar y el Fosse se convirtió en un bulevar parisino y el mundo se detuvo y Agatha Raisin era una mujer joven y guapa y atractiva.

—Vamos al pub de ahí al lado a tomar unas cervezas y un sándwich —propuso ella con una sonrisa.

La mayoría de los pubs de los Cotswolds son lugares cómodos, que invitan a pensar en el paso del tiempo y en siglos de buena vida. Los sándwiches estaban deliciosos y la cerveza, muy rica. Agatha y James charlaron agradablemente como viejos amigos, mientras ella se esforzaba con determinación y prudencia en comportarse con propiedad.

—Tenemos que repetirlo otro día —dijo James después de llamar un taxi para que los llevara de vuelta a casa—. Al final la noche ha resultado muy barata.

Unos minutos más tarde, sentada a su lado en el taxi, Agatha pensó que cuando uno ha sucumbido a una obsesión, nada parece nunca suficiente. Al comenzar la noche se había dicho a sí misma que su único deseo era que volvieran a ser amigos, pero ahora se moría de ganas de que James le rodeara los hombros con el brazo en la oscuridad del taxi y la besara. El deseo era tan intenso que notó que le costaba

respirar, y sintió una mezcla de tristeza y alivio cuando el corto trayecto terminó y él rechazó su invitación a tomar un café, aunque aseguró que se verían al día siguiente en el pub.

Mientras se metía en la cama, el corazón de Agatha entonó una melodía. Se durmió recordando cada mirada y cada palabra de la velada.

La visita de la señora Mason a la mañana siguiente la bajó de las nubes.

—Ayer la vi marcharse con el señor Lacey en un taxi —comentó mientras acomodaba su voluminoso trasero en uno de los sillones de Agatha.

—Sí, nos lo pasamos muy bien —contestó Agatha.

—¿Adónde fueron?

—A ese restaurante nuevo de Moreton, el Game Bird.

—No repara en gastos cuando invita a una dama —señaló la señora Mason—. Es un restaurante caro, según tengo entendido.

—¿A qué se refiere cuando dice que no repara en gastos?

—Sé que llevó a la señora Fortune al Lygon de Broadway al menos dos veces, y una al Randolph, en Oxford.

Agatha se sintió desfallecer. ¿Qué era una cena desastrosa comparada con lo que parecía ser una sucesión de cenas apetitosas y caras que James había disfrutado con Mary? Se los imaginó juntos en el largo trayecto a Oxford, y al instante el esplendor de la noche anterior se empañó. Para su sorpresa, Agatha también se dio cuenta de que lo cierto era que Mary le caía bien. Se había convertido en una buena amiga. Tal vez lo más elegante fuera renunciar a su propósito. Aunque, por otra parte, últimamente James no había mostrado un interés particular por Mary.

Atendiendo sólo a medias a las palabras de la señora Mason, que había empezado a hablar de los asuntos del pueblo, Agatha se planteó si esa noche debía ir o no al Red Lion. Tal vez lo mejor fuera renunciar a su vida pueblerina y regresar a Londres. Aún no había rechazado la oferta de Wilson; le había hecho otra llamada, y se había mostrado de lo más persuasivo. Pero mientras miraba la mole maternal de la señora Mason, Agatha pensó que, cuando vivía en Londres, sus amigos nunca se pasaban por su casa para charlar un rato. De hecho, allí ni siquiera tenía amigos.

Una vez la señora Mason se hubo ido, Agatha salió al jardín, despejado y listo para plantar. El día era agradable, con grandes castillos de nubes blancas que flotaban sobre las colinas de los Cotswolds. Sí, iría al pub, pero no para ver a James Lacey, sino para encontrarse con sus vecinos y charlar.

Esa noche, sin embargo, se vistió con mucho esmero. No quería parecer demasiado arreglada para un pub de pueblo, por lo que al final eligió una blusa de suave *chiffon* de seda rojo intenso, una falda corta negra y zapatos de ante negros con un tacón discreto. Se aplicó una mascarilla de clara de huevo para conseguir un estiramiento

facial temporal, muy efectiva si una no sonreía demasiado, y se encaminó al pub. La casa de James parecía vacía; ya debía de estar allí. Con la sensación de salir a escena, Agatha abrió la puerta del pub y entró en el local, bajo cuyo techo se acumulaba el humo. James estaba de pie junto a la barra hablando con Bernard Spott, el hombre que presidía la sociedad de horticultura. James la saludó y la invitó a un gin-tonic. Apenas había dado el primer sorbo y estaba buscando la forma de sumarse a la conversación sobre dalias que James mantenía con Bernard, cuando la puerta del pub se abrió y Mary hizo su aparición estelar. Agatha había experimentado con anterioridad el aguijón de los celos, pero nada parecido a aquello. Notó que la cara se le quedaba rígida, tan rígida como si acabara de embadurnársela con clara de huevo.

Mary llevaba un vestido corto blanco de punto que se ceñía a su silueta perfecta y joyas de oro. Era la primera vez que Agatha la veía vestida con algo que no fuera verde. La falda era tan corta que dejaba a la vista las largas piernas de Mary, enfundadas en medias color carne, y las sandalias con tiras de tacón alto. Su pelo rubio brillaba bajo la luz y tenía los ojos muy abiertos. Nunca había mostrado un aspecto tan espléndido y su llegada fue recibida con un repentino silencio apreciativo. James también se había quedado mudo y contemplaba a Mary sin disimular su admiración. Agatha se vio embargada por unos celos tan ácidos como la bilis, y se sintió vieja y empedregada.

—Mary —la saludó James cariñosamente cuando por fin recuperó la voz—. ¿Qué vas a tomar?

—Un Campari soda, querido.

Mary le puso la mano sobre el brazo y le sonrió con una intimidad que despertó en Agatha deseos de golpearla. El viejo Bernard se estiraba la corbata y la contemplaba embobado.

—¿De qué hablabais? —preguntó Mary.

—De jardinería —contestó James.

—Mañana es mi gran día —declaró Agatha—. Voy a trasplantar mis vástagos.

—Oh, yo no lo haría, Agatha —exclamó Mary—. El sábado por la noche habrá una gran helada. Yo voy a esperar a que el tiempo se calme.

¿Eran imaginaciones suyas porque estaba resentida, o Mary había soltado aquello con cierto aire... condescendiente?

—Yo no he oído nada acerca de una helada —replicó con tozudez.

Bernard Spott era un hombre alto y delgado que ya había superado los ochenta y que peinaba su escaso pelo marrón como un emparrado engominado encima de su calva. Tenía una gran nariz aguileña que inclinaba hacia abajo para dirigirse a su interlocutor. En ese momento agitó un dedo admonitorio bajo la nariz de Agatha.

—Será mejor que haga caso a Mary. Es nuestra experta.

—Sin duda —murmuró James.

Agatha esbozó lo que esperaba que pareciera una sonrisa enigmática. A

continuación, la noche se convirtió en un desastre para ella. Cuando uno nunca se ha dedicado a la jardinería, tiene más bien poco que aportar a una conversación en la que un desconcertante número de palabras en latín vuelan de un lado a otro. Así que Agatha se quedó allí de pie, en silencio, mientras las palabras iban y venían, y se debatía sobre el mantillo y otros fertilizantes orgánicos. Mary era el centro de atención y Agatha permanecía al margen. Doris Simpson, sentada con su marido en un rincón del bar, le sirvió como excusa para murmurar una disculpa y reunirse con ellos.

Sin embargo, Doris no contribuyó a aplacar los celos ardientes de Agatha.

—Vaya, esta noche la señora Fortune parece una actriz de cine —comentó.

Agatha desvió la conversación hacia los asuntos del pueblo, pero siguió manteniéndose alerta al sonido de las frecuentes carcajadas de James.

De pronto ya no pudo soportarlo más y se puso en pie.

—Buenas noches —dijo bruscamente, y salió del pub sin mirar a izquierda ni a derecha.

Doris dedicó a su marido una mirada perspicaz por detrás de las lentes.

—El próximo asesinato en este pueblo —dijo— lo cometerá nuestra Agatha.

Mientras caminaba hacia su casa, Agatha contempló el cielo despejado iluminado por las estrellas. Una brisa templada le rozaba las mejillas. Sí, claro, una helada. Al día siguiente plantaría sus vástagos, ¡y nada podría detenerla!

El día amaneció soleado y cálido, lo bastante cálido para ponerse una blusa de manga corta. Agatha canturreaba por lo bajo mientras plantaba sus tiernos brotes en los bien desherbados semilleros. Se sentía tranquila y satisfecha. Le estaba cogiendo el tranquillo a eso de la jardinería. Ése era el problema de los jardineros: les encantaba acribillarte con términos científicos, cuando en realidad todo era bastante sencillo.

Antes de que la luz se desvaneciera, echó un último vistazo al jardín. Un escalofrío la recorrió de repente mientras un gran sol rojo se hundía detrás de las colinas de los Cotswolds y alzó la vista hacia el cielo, preguntándose si de verdad helaría. Agatha, como la mayoría del público británico, estaba convencida de que los meteorólogos solían equivocarse, obviando todas las veces que acertaban en sus pronósticos.

Se quedó allí hasta que el sol se hubo puesto, llevándose consigo la luz del jardín y el color verde de las plantas. Todo estaba tranquilo, en calma. Un perro ladró en alguna parte de los campos, y el repentino alboroto intensificó el silencio que lo siguió.

Agatha meneó la cabeza con desconcierto. El verano estaba a punto de llegar. Cuando hablaban de una helada se referían seguramente a que haría un poco más de frío, no a esa desagradable capa blanca que cubría los Cotswolds en invierno.

Entró en la casa decidida a ver un rato la tele y acostarse temprano. Programó la alarma para que sonara a las seis de la mañana y, sin duda, cuando despertara, descubriría que el día era cálido.

Cuando la alarma sonó a las seis, estridente e imperiosa, Agatha la miró, adormilada. Su primer pensamiento fue que debía ir al aeropuerto, que era lo que había ocurrido la última vez que había madrugado tanto. Entonces recordó. Apartó el edredón, se acercó a la ventana que daba al jardín, respiró hondo y descorrió las cortinas.

¡Blanco! Por todas partes. Una gruesa capa helada y blanca bajo el pálido cielo gris previo al amanecer. Enfocó lentamente la mirada sobre las plantas. Seguro que habían sobrevivido. No había por qué inquietarse. Volvería a la cama, esperaría a que saliera el sol y todo iría bien. Y, a pesar de su preocupación, consiguió seguir durmiendo hasta las nueve. Evitó con determinación mirar por la ventana. Se duchó, se vistió con la falda y la blusa que usaba para trabajar y luego bajó las escaleras y salió al jardín. El sol brillaba y el hielo se derretía, dejando al descubierto las plantas ahora marchitas y ennegrecidas que con tanto amor había plantado en la tierra el día anterior.

Tenía que pedir ayuda a alguien, pero ¿a quién? No quería que las noticias de su fracaso se difundieran por el pueblo. James no se lo contaría a nadie, pero sin duda le diría que debería haber escuchado a Mary, y Agatha tenía la sensación de que sería incapaz de soportarlo.

Y entonces pensó en Roy Silver. Entró en el recibidor y marcó su número de Londres.

Era un día festivo, y Roy estaba en casa. Se quejó de que la llamada de Agatha lo había sacado de la cama.

—Escucha —le espetó ella, interrumpiendo sus lamentaciones para contarle lo de la helada y cómo se había negado a aceptar los consejos de Mary—. Y ahora, todos creerán que soy un fracaso como jardinera.

—No, no, no, cielo. De nada sirve que sigas comportándote como una estúpida. Lo que te hace falta ahora es astucia. Astucia, pero de bajo nivel. Te has acostumbrado a las formas pueblerinas. Déjame pensar. ¿Sabes esa cadena de viveros de la que me encargo?

—Sí, sí. Pero aquí estoy rodeada de viveros.

—Escucha. Que no entre nadie en tu jardín. ¿Ese tal Lacey puede verlo desde su casa?

—Hay un seto entre las dos propiedades. Tendría que colgarse de la ventana y estirar mucho el cuello.

—Bien. Y ahora hablemos de esa cuenta de la que Wilson quiere que te encargues. Si me prometes que le dedicarás seis meses de tu tiempo a partir de, digamos, septiembre, me planto ahí con una camioneta y una cerca que no te lo vas a

creer.

—¡Si ya tengo una cerca!

—Lo que te conviene ahora es una de éstas tan altas que no dejan ver nada. Iré con unos cuantos operarios. Te la colocaremos alrededor del jardín, y tú no dejes entrar a nadie por la parte de atrás. Entonces, antes del gran día, me presento con un cargamento de especies exóticas ya crecidas, las planto y ¡bingo! Serás la comidilla del pueblo.

—Pero ¿y qué pasa con Doris, la mujer que viene a limpiar? Ella lo descubrirá.

—Hazle jurar que guardará el secreto, pero sólo a ella.

—Podría hacerlo —convino Agatha en tono dubitativo—, pero trabajar seis meses para Wilson...

—Hazlo. ¿Qué son seis meses?

«A mi edad, mucho», pensó con tristeza Agatha después de haber aceptado el trato y colgado el teléfono.

No podía evitar sentirse como una delincuente. En el fondo, ¿qué más daba todo aquello? Pero tenía tantas ganas de restregárselo a Mary por la cara...

El timbre de la puerta le hizo dar un respingo culpable. Abrió con cautela y vio a la señora Bloxby.

—¿Se ha dormido? —preguntó la esposa del vicario con preocupación.

—No —contestó Agatha—. ¿Qué ocurre?

—Se suponía que tenía que atender el puesto de la tómbola. Pero veo que no está por la labor. En cualquier caso, la señora Mason y yo ya lo hemos organizado todo.

—Ah.

El sentimiento de culpa hizo que se sonrojara.

—Lo había olvidado. Van a venir a instalarme una valla nueva.

La señora Bloxby pareció sorprendida.

—Si no recuerdo mal, ya tiene usted una robusta valla de pino alrededor del jardín.

—Se está cayendo a pedazos —mintió Agatha, pensando con rapidez.

Podía dejar una nota en la puerta para Roy diciéndole que estaba en el puesto de la tómbola, y darle las llaves cuando llegara. Aunque en realidad no las necesitaba. Los operarios podían acceder al jardín trasero por el camino lateral de la casa.

—Deme cinco minutos —dijo—. Enseguida estoy allí.

Escribió la nota para Roy y la colgó en la puerta. Las celebraciones durarían todo el día. Por otra parte, si conseguía convencer a la gente con un buen discurso, tal vez pudiera vender los boletos de la tómbola con rapidez y quedar libre pronto.

Lo bueno de todo aquello, pensó mientras se dirigía a la feria, que ocupaba de extremo a extremo la calle principal, cerrada al tráfico durante todo el día, era que casi todos los vecinos del pueblo estarían o bien participando en las celebraciones o bien trabajando en los puestos, así que nadie se dedicaría a hacerle preguntas incómodas sobre la valla.

Ocupó su lugar tras la mesa, sobre la que había una colección variopinta de premios. Aparte de una botella de whisky y otra de vino donadas por el Red Lion, el resto eran cachivaches; una lata de sardinas, sin ir más lejos, y un bote de champú «para morenas».

La mayor parte de la multitud, formada por lugareños y turistas, contemplaba la danza de los colegiales alrededor del mayo. Agatha esperó hecha un manojo de nervios a que el baile acabara con la coronación de la Reina de Mayo, una niña de rostro adorable y rasgos clásicos, para empezar a vocear.

—¡Vengan y vean! ¡Vengan y vean! —gritó—. ¡Pueden ganar un montón de premios! ¡Veinte peniques el boleto!

La gente, primero sobresaltada y luego divertida por el bullicio en aquel pueblo tan tranquilo, empezó a arremolinarse a su alrededor. Agatha se había metido rápidamente en el bolsillo los boletos para las botellas de vino y whisky. Sabía que, cuando los compradores vieran que nadie las había ganado todavía, se animarían.

—Vaya, ha ganado la lata de sardinas —le dijo a la anciana señora Boggle.

—¿Y qué? —gruñó ésta—. Yo quería el whisky.

—Esas sardinas son perfectas para hacer sándwiches —repuso Agatha en tono alegre—. Vuelva a intentarlo.

Así que la señora Boggle sacó a regañadientes una moneda de veinte peniques de su viejo monedero y se la tendió. Y volvió a ganar, esta vez el champú para morenas.

—Esto es un timo —se quejó—. Yo tengo el pelo gris.

—Entonces el champú se lo dejaré castaño, y parecerá usted unos años más joven —le espetó Agatha—. ¡El siguiente!

La señora Boggle se marchó arrastrando los pies y Agatha repitió a voz en grito.

—¡Vengan y vean! ¡Vengan y vean! ¿Qué tenemos aquí? Un juego de hueveras de plástico. Muy útil. Vamos, es por una buena causa.

—¿Siempre se comporta así? —preguntó Mary Fortune a la señora Bloxby en el puesto de pasteles caseros.

—La señora Raisin es una vendedora excelente —contestó ésta—, y utiliza su talento para ayudar a la gente del pueblo.

A pesar de los esfuerzos de Agatha, el día avanzó a paso de tortuga. Cada vez que conseguía congregarse a la gente alrededor del puesto de la tómbola, alguna distracción, como los bailarines de Morris, la alejaba de allí.

Era ya bien avanzada la tarde cuando Roy apareció de repente junto a Agatha.

—Será mejor que vengas a casa —dijo—. Los operarios están allí y tienen que instalar una puerta con candado en el camino que da al jardín de atrás. ¿Lo ves? He pensado en todo. Y la valla está dividida en secciones. Cuando llegue el gran día, sólo tendrán que sacar la de más arriba.

—Oh, Roy, ¿sabes qué?, te daré las llaves. Ve tú y ocúpate de todo. No puedo moverme de aquí hasta que me libere de todos estos trastos.

—No, tienes que ir tú.

—Toma —dijo Agatha al tiempo que le pasaba discretamente un billete de veinte libras—. Compra todos los boletos y sácame de aquí.

A continuación, deslizó de nuevo en la caja los números correspondientes al whisky y el vino.

—Maldita sea, tengo que abrirlos todos —gruñó Roy mientras abría un número tras otro—. De verdad, Agatha: hueveras de plástico, una funda de tetera y un pañuelo magenta y amarillo sulfuro.

Al final, ante la divertida mirada de los espectadores, Roy vació la mesa y apiló sombríamente su contenido en la caja donde habían estado los números. Agatha le entregó el dinero a una sorprendida señora Bloxby, quien dijo:

—Menuda rapidez. ¡Y no ha quedado nada! Muchas de esas cosas llevan sorteándose un año sí y otro también.

—Antes de marcharnos, Aggie —dijo Roy mientras la llevaba de vuelta al puesto de la tómbola, ahora vacío—, echa una firma aquí o la valla y los operarios se largarán directos a Londres.

Sin perder un segundo, Roy extendió sobre la mesa un contrato que ligaba a Agatha con Pedmans durante seis meses a partir del 1 de octubre.

Ella vaciló. Podía pagar a Roy por el tiempo y las molestias que se había tomado, y mandar a los operarios de vuelta a Londres. Pero en ese momento oyó la risa de James a su espalda. Estaba hablando con Mary y ya había comprado dos pasteles. Mary vestía una camisa a cuadros blancos y verdes con pantalones verde oscuro. Su lustroso cabello brillaba bajo la luz del sol.

Agatha se volvió hacia Roy y garabateó su firma en el contrato. A continuación, Roy lo dobló y se lo guardó en el bolsillo.

—Devuélvele la caja con los trastos a la señora Bloxby —le dijo Agatha—. Supongo que, aparte del alcohol, no querrás nada.

—Ni hablar del peluquín. Me vendrá muy bien para los regalos de Navidad. Ahora tengo empleados.

—Lo que no tienes son escrúpulos —le reprochó Agatha—. Cuando trabajabas para mí, ¿qué habrías dicho si te hubiera regalado un juego de hueveras de plástico por Navidad?

—Son tiempos difíciles.

Roy cogió la caja llena de cachivaches y la apretó con fuerza.

—Vamos.

—Ahí está otra vez ese jovencito amigo de Agatha —comentó James a Mary, volviéndose a mirarlos mientras se marchaban.

Mary se rio.

—Menuda vividora está hecha nuestra Agatha.

—¿Qué quieres decir con eso? —repuso James con gesto tenso.

—Oh, vamos, James. Abre los ojos. Creo que Agatha tiene una aventurilla.

—Sandeces. Mira, será mejor que me vaya.

James se dispuso a marcharse, pero el vicario lo abordó para explicarle que había encontrado en la vicaría un diario escrito por un lugareño durante las guerras napoleónicas. Olvidándose momentáneamente de Agatha, James lo acompañó a la vicaría, entusiasmado. Una vez allí, se lanzó a leer el diario pero pronto le invadió una rotunda sensación de desencanto. Era posible que la guerra hubiera asolado Europa, pero lo único que le preocupaba a aquel aldeano eran los precios, desde el trigo hasta los nabos. Era deprimente, aburrido y sin valor alguno, sobre todo porque el precio de las cosas en Inglaterra durante esa época había sido ya ampliamente documentado. Aun así, le dio las gracias al vicario y le dijo que se lo llevaría a casa para estudiarlo en profundidad.

Mientras entraba en su jardín, vio una furgoneta con operarios y a Roy Silver que se alejaba en coche de casa de Agatha. Por primera vez ese día se preguntó si Agatha había sido lo bastante estúpida para plantar los nuevos brotes. Corrió escaleras arriba, abrió la ventana de su dormitorio y se inclinó hacia fuera.

Parpadeó. Habían levantado una enorme y altísima valla de madera de cedro alrededor del jardín de su vecina. ¿Qué demonios se proponía? La cerca era tan alta que sin duda impediría que entrara la luz del sol. Víctima de la curiosidad, se acercó a la puerta de la casa de al lado y llamó al timbre.

Agatha abrió y pareció alterarse al verlo.

—Esa valla nueva —dijo James— va a impedir que entre la luz del sol. ¿Qué estás haciendo?

—Es una sorpresa —contestó Agatha—. Ya lo verás el día de puertas abiertas. ¿Un café?

—Sí, por favor.

James la siguió hasta la cocina. La persiana estaba bajada, así que no pudo ver el jardín.

—¿Has trasplantado los brotes? —preguntó.

—No, lo haré mañana —respondió Agatha en tono huraño.

—La valla que has mandado instalar ahí detrás es enorme. ¿Estás segura de que a tus plantas les va a dar el sol?

—Oh, sí, pero no hablemos de jardinería. El tema me aburre.

—¿Por eso te marchaste del pub sin despedirte?

Agatha abrió la boca para espetarle que no creía que nadie se hubiera percatado de su ausencia, y mucho menos él, pero una sabiduría recién adquirida le hizo decir en cambio:

—De repente me acordé de que me había olvidado de dar de comer a los gatos. Por cierto, en otoño me ausentaré del pueblo durante una temporada.

—¿Y eso?

—Pedmans, la empresa a la que vendí mi negocio, me ha convencido para que vuelva durante seis meses. No me irá mal ganar algo de dinero.

James pareció sorprendido.

—Creía que habías dejado atrás esa vida. —Sus ojos centellearon y añadió—: Ya sé lo que ocurre: no hay ningún crimen sangriento para entretenerte.

—Estoy acostumbrada a estar ocupada, y aquí casi nunca pasa nada.

Había un destello confuso y melancólico en el fondo de los pequeños ojos de Agatha que hizo decir a James:

—Menudo desastre de cena el otro día. ¿Qué tal si volvemos a probar? Hay un restaurante nuevo cerca de la carretera de Evesham, justo a las afueras de la ciudad. ¿Qué te parece?

La antigua Agatha habría aceptado con entusiasmo. La nueva Agatha dijo tranquilamente:

—Estaría bien. ¿Cuándo?

—¿Qué me dices de esta noche?

—Ideal.

—Bien. Pasaré a recogerte a las siete. Ahora tengo que irme; le he prometido a Mary que nos veríamos para comentar una cosa.

Pero el hecho de que se marchara para ir a ver a Mary no fue suficiente para agriar el buen humor de Agatha durante lo que quedaba de día. Al anochecer, se hallaba en un estado de gran excitación. Cuando sonó el teléfono a las siete menos diez, lo miró, irritada, y decidió no contestar. Nada impediría que a las siete saliera por esa puerta con James.

Las siete llegaron y pasaron mientras ella permanecía sentada e inquieta, con el bolso sobre el regazo.

Entonces sonó el timbre y, con un suspiro de alivio, fue a abrir. Ahí estaba James Lacey, con semblante pálido y ojos febriles.

—Lo siento, Agatha —se disculpó—. Tengo que cancelar la cena. Me encuentro muy mal. He ido al médico y me ha recetado un tratamiento por intoxicación alimentaria.

—Tal vez si comes algo te encuentres mejor... —sugirió Agatha, anhelando que se recuperara.

—No, no. Lo único que quiero es meterme en la cama. Me encuentro fatal. Mejor otro día.

Y se marchó.

Agatha se retiró al interior de la casa y se sentó, sintiéndose perdida y vacía. Había trabado amistad con Mary, pero ahora casi la odiaba. Ese mismo día se había dedicado a entretener a James, y seguramente le había echado algo en la comida. Su sentido común trató de convencerla de lo absurdo de ese pensamiento, pero sus emociones estaban descontroladas y sentía que no podría soportar volver a relacionarse con Mary.

CUATRO



A pesar de la resolución de Agatha de no volver a relacionarse con Mary, un pueblo es un lugar pequeño y es imposible ignorar a la gente como sí puede hacerse en una ciudad. No podía evitar la cordialidad de Mary y, aunque hacía días que James se había repuesto, no había reiterado su invitación para cenar. Agatha sentía que no tenía razones para perseverar en sus estúpidos celos.

Y entonces se produjeron una serie de delitos que si bien en un principio unieron a los lugareños, luego los distanciaron, a medida que las sospechas y el miedo se adueñaban de sus por lo general tranquilas vidas.

La señora Mason descubrió que sus dalias de premio habían sido arrancadas, aplastadas y esparcidas por el suelo. Las rosas de la señora Bloxby fueron envenenadas con herbicida y la mayoría de las flores de James Lacey dejaron de existir. Un maníaco había rociado su jardín con gasolina y le había prendido fuego. Y los delitos no acabaron ahí. Alguien cavó un enorme agujero en el césped de la señorita Simms. Incluso aquella pareja de ancianos, los Boggle, vieron como alguien rociaba con pintura su rosal blanco, tiñendo todas las rosas de negro. Fred Griggs, el policía local, trató de manejar el asunto sin ayuda, pero a medida que la lista de incidentes aumentaba, se vio obligado a recurrir a la unidad de investigación criminal de Mircester, de modo que Bill Wong regresó a Carsely.

Al principio de los ataques a los jardines, el Red Lion hizo un suculento negocio, pues los clientes se reunían allí para debatir los incidentes. Los habitantes de Carsely decidieron atribuir los destrozos a los vándalos de Birmingham, quienes, según decían, habían llegado hasta el pueblo por la noche para destrozar con alevosía y malicia los jardines. Grupos de vecinos patrullaban las calles en la oscuridad armados con escopetas. Una atmósfera de tiempos de guerra sobrevolaba la comunidad, que se enfrentaba unida a un mal común. Fue la señora Boggle, inclinada una noche sobre una pinta de cerveza en el Red Lion, quien asestó el primer golpe a ese sentimiento de fraternidad.

—En los viejos tiempos esto nunca habría sucedido. En los viejos tiempos no teníamos forasteros —proclamó elevando su voz de anciana.

El pub se sumió en un repentino silencio. Agatha, que de pie con Mary junto a la barra esperaba pese a todos sus buenos propósitos la llegada de James Lacey, sintió una gélida ráfaga que desgarraba la calidez comunitaria. Y, después, nadie quiso hablar más con ellas acerca de aquellos ultrajes. Poco a poco, la gente empezó a marcharse y Agatha y Mary se quedaron solas en la barra.

—Oh, querida —dijo Mary— condenada vieja.

Al día siguiente, Agatha sumó nuevas preocupaciones a su lista. Bill Wong llamó a su puerta, pero no para tomar el acostumbrado café y charlar.

—Tengo que inspeccionar todos los jardines, Agatha —le explicó en tono de disculpa—. Ya sabes, para ver si alguien ha utilizado más herbicida del que debería o guarda latas de gasolina vacías apiladas en algún lado.

—Somos amigos —protestó Agatha, desesperada—. Tú me conoces. ¡Yo no haría algo así!

—Pero soy un policía honesto, Agatha; no puedes esperar que mienta. Además, ¿qué tienes que ocultar?

—Pero...

—¡Agatha!

Desconsolada, Agatha lo guio a través de la cocina y abrió la cerradura de la puerta trasera. Bill contempló con asombro el jardín desnudo y luego la alta valla.

—¿Qué demonios estás haciendo? —preguntó—. Creía que eras miembro de la sociedad de horticultura.

—Mira, no escribas esto en el informe, Bill. Planté mis brotes y la helada acabó con ellos. Ese amigo mío, Roy Silver, me ayudó a colocar la valla alrededor del jardín para que nadie lo viera. La idea era que, justo antes de la jornada de puertas abiertas, cuando se exhiben los jardines al público, él viniera con un cargamento de plantas.

—¿Otra vez con engaños? La última vez provocaste un desastre —observó Bill, refiriéndose a aquella ocasión en que Agatha había comprado una quiche para un concurso del pueblo en lugar de cocinarla y uno de los jueces había muerto envenenado con cicuta.^[4]

—Esta vez no se trata de ganar ningún premio —repuso Agatha—. Sólo quería que el jardín quedara bonito. Y tú estás buscando herbicidas y ese tipo de cosas. No es necesario que escribas nada de esto en tu informe.

—No, siempre que no encuentre nada que te incrimine. En cualquier caso, creía que ya habías dejado atrás esa clase de comportamiento.

Bill la miró con severidad y, aunque sólo tenía veintitantos años, consiguió que Agatha se sintiera como una chiquilla culpable.

—No me sermonees. Tú dedícate a buscar.

Bill registró el invernadero, y luego regresó y cerró su bloc de notas con un golpe seco.

—Bueno, pues eso es todo.

—Quédate a tomar un café.

—No, creo que no. Me has decepcionado, Agatha.

—Pero yo podría ayudarte a averiguar quién lo ha hecho.

—Mantente alejada y deja que la policía se encargue de resolver este asunto.

Bill cruzó la casa y salió sin despedirse.

«Que le den —pensó Agatha, dolida y enfadada—. Ya le enseñaré yo. Descubriré al responsable. Dos asesinatos que no podría haber resuelto sin mi ayuda, y así es como me lo agradece.» Una lágrima le corrió por la mejilla y Agatha se la secó con la manga.

La atmósfera del pueblo se enrareció a medida que las sospechas empezaron a centrarse, precisamente, en Mary Fortune. Aunque Agatha y James Lacey también eran forasteros, la gente puso a Mary, por alguna razón, en su punto de mira. Agatha Raisin estaba desconcertada, pues en un principio Mary se había ganado la simpatía de los lugareños. El hecho de que Mary fuera una soberbia jardinera y que su jardín siguiera intacto avivó las sospechas. Doris Simpson, la diligente mujer de la limpieza de Agatha, había jurado mantener el secreto del jardín vallado y Bill Wong tampoco lo había revelado; así, aunque las sospechas deberían haberse centrado en una forastera cuyo jardín nadie podía ver, fue Mary quien se convirtió en objetivo.

—No lo entiendo —comentó Mary en tono lastimero una mañana en que fue a visitar a Agatha—. ¡Después de todo lo que he hecho por este pueblo!

Y Agatha, pese a los celos enfermizos que sentía por Mary, tampoco lo entendía. Cuando ambas entraron en el pub, la hostilidad hacia Mary se hizo evidente.

—Estoy harta —se lamentó Mary—. En cuanto termine la feria de horticultura, me largo.

—Estoy segura de que no va a celebrarse —señaló Agatha—. No sería justo para los vecinos que se han quedado sin su jardín.

—Oh no, todos, incluso James, aseguran que han salvado lo suficiente para aportar al menos una flor. ¿Y tú qué, Agatha? ¿Qué vas a presentar?

—Eso no me preocupa —contestó Agatha con sensación de culpabilidad al pensar en su jardín desierto.

Se había planteado ir a comprar algo y presentarlo como si fuera suyo, pero el recuerdo de la decepción de Bill seguía afligiéndola.

Justo antes del certamen se cometió un último delito que superaba con creces los anteriores. Las carpas doradas del señor Bernard Spott, aquel caballero mayor y erudito que ejercía como presidente de la sociedad de horticultura, fueron envenenadas. Las encontraron flotando panza arriba en el estanque del jardín, más tías que la mojama.

La acritud del pueblo aumentó a medida que la fecha de la feria se acercaba, y sólo se mitigó en parte tras el anuncio de que la señora Bloxby sería la jueza y entregaría el primer premio. La honradez de la señora Bloxby estaba fuera de toda duda.

Agatha invitó a Roy Silver a pasar el fin de semana en su casa. No quería acudir a la feria sin ningún apoyo. James hablaba con ella a menudo e incluso se pasaba de vez en cuando para tomar un café, pero siempre parecía preocupado y en cierto modo distante, y no había vuelto a mencionar la cena pendiente.

A pesar de sus buenas intenciones, Agatha sucumbió a la tentación y condujo hasta un vivero de Oxfordshire para comprar un rosal espléndido de rosas casi azules, llamado Blue Moon. Ni siquiera tuvo que sacarlo de la maceta, pues algunos de los participantes habían plantado sus ejemplares en tiestos.

—O bien estás aprendiendo, o bien has recuperado tu antigua picardía —dijo Roy

—. Me encanta, de verdad que me encanta. Serás toda una garantía para Pedmans.

El comentario hizo que de repente Agatha deseara no haber hecho trampas. Pero resulta difícil renunciar a las viejas costumbres, y en cuanto se dirigió a la feria en compañía de Roy se olvidó de su sentimiento de culpabilidad. El día era soleado y cálido.

—¿Sabes? —dijo Agatha—. Creo que el autor de estas desagradables gamberradas lo ha hecho sólo para dejar fuera de juego a otras personas. Tengo la sensación de que, en cuanto termine la feria, el pueblo recuperará su calma habitual.

Agatha le había hablado a Roy de los ataques que habían sufrido los jardines.

La banda estaba tocando, los vecinos llenaban el salón y el aire estaba impregnado de la fragancia de las flores. Había puestos de pasteles y mermelada caseros, y la zona para el té dispuesta a un lado de la sala bullía de actividad. Las rosas de todo tipo y variedad parecían ser la flor favorita de los participantes. Con gran placer, Agatha descubrió que el premio era una copa plateada. Quedaría estupendamente en la repisa de su chimenea.

La señora Bloxby comenzó a evaluar las flores. Paseó de ejemplar en ejemplar examinándolas a través de unas gafas con montura de carey que llevaba apoyadas en la punta de la nariz. Se detuvo delante de Agatha y, por un momento, se quedó allí de pie, en silencio. Luego clavó en ella su mirada tranquila e inquisitiva. Con horror, Agatha notó que se ponía roja como un tomate. El rubor comenzó en los dedos de los pies y se extendió por todo su cuerpo hasta teñirle la cara de rojo.

De repente, Roy murmuró algo por lo bajo mientras la señora Bloxby se alejaba, se inclinó junto a Agatha y arrancó algo de la maceta.

—¿Qué estás haciendo? —susurró Agatha.

—Había una etiqueta con el nombre del vivero —siseó Roy.

—Ay, Dios. ¿Crees que la señora Bloxby la ha visto?

—Es probable que no. Pero estás perdiendo facultades, cielo. La antigua y astuta Agatha nunca habría cometido un error tan estúpido.

—Vamos a tomar un té —propuso Agatha—. Esperar aquí a que tomen una decisión me parece demasiado angustioso.

James y Mary estaban sentados juntos en el salón de té. Cuando vieron a Roy y a Agatha, les hicieron señas para que se unieran a ellos.

—Al menos no ha ocurrido nada desagradable —comentó Agatha mientras tomaba asiento y Roy se acercaba al mostrador a pedir un té para cada uno—. Casi esperaba que apareciera un maníaco con un lanzallamas.

—Ese amigo tuyo amarillo ha estado husmeando en los jardines de todo el mundo —observó Mary en tono lánguido.

Agatha la fulminó con la mirada.

—A veces no te sigo, Mary —dijo—. Te muestras de lo más amable y, de repente, sueltas un comentario repugnante. Mi amigo, Bill Wong, es medio chino. Su madre nació en Evesham. No me gusta que nadie lo llame amarillo.

Mary se rio.

—Creo que estás enamorada de él, Agatha. Diría que he encontrado la grieta de tu armadura.

Después desvió la mirada hacia Roy.

—Te gustan los jovencitos, ¿eh? —añadió.

—No me fastidies, Mary —replicó Agatha con los ojos entornados—. Me ha fastidiado gente mucho más experta que tú.

Roy dejó las tazas en la mesa en mitad de un gélido silencio, y paseó la mirada de uno a otro.

—Vaya, somos la alegría de la fiesta —comentó—. ¿Quién creéis que va a ganar?

—Estoy harto de todo esto —estalló James Lacey, repentinamente irritado—. Antes éste era uno de los mejores pueblos de Gloucestershire, el más acogedor. ¡Y ahora todo se ha echado a perder!

Se marchó bruscamente dando un portazo a su espalda.

—¿Qué mosca le ha picado? —preguntó Mary con sus ojos azules abiertos de par en par.

—Digamos que tus comentarios no han ayudado mucho a dulcificar la atmósfera general —contestó Agatha.

De repente, Mary sonrió con gesto amistoso.

—Lo lamento, Agatha, tienes razón. He sido muy desagradable. Toda esa hostilidad del pueblo hacia mi persona me ha afectado. Es injusto.

—¿Por qué tú? —Quiso saber Roy.

—Soy forastera.

—Aggie también.

—Bueno, han decidido señalarme a mí como la desalmada destructora de jardines. ¡Después de todo lo que he hecho!

—Se les pasará —le aseguró Agatha.

—No creo que me quede a esperar a que eso ocurra. Será mejor que vaya a hacer las paces con James —se despidió poniéndose en pie.

—¿Es amiga tuya? —le preguntó Roy a Agatha cuando Mary se hubo marchado.

—Sí, supongo que sí. Mientras traías el té ha hecho un comentario muy desafortunado, pero supongo que la presión le está afectando.

—A mí me parece una zorra de campeonato —dijo Roy—. Estás perdiendo facultades, Aggie. En Londres, la habrías mandado a tomar viento.

«Pero en Londres —pensó Agatha—, en todos los años que pasé en Londres, nunca supe cómo hacer amigos. Mi trabajo era mi amigo. Así que ahora intento sacar lo mejor de la gente.»

—En los pueblos es distinto —comentó—. No es como en Londres, donde ni siquiera conoces a tus vecinos.

Un Londres, pensó de pronto, desolada, al que regresaría en breve. ¿La echaría James de menos? Lo más probable era que nadie se percatara de su ausencia.

El micrófono del salón emitió ese chirrido preliminar que siempre parece preceder a las funciones de aficionados, y seguidamente se oyó la voz de la señora Bloxby diciendo que estaba a punto de anunciar el nombre de los ganadores.

Agatha y Roy se apresuraron hacia el estrado y se reunieron con la gente que esperaba frente al micrófono.

La señora Bloxby cogió la copa plateada. «Me pregunto si grabarán mi nombre en ella —pensó Agatha—, o si tendré que encargarme de hacerlo yo misma.»

—El primer premio —declaró la señora Bloxby— es para...

«Debería haber preparado un discursito», pensó Agatha.

—... el señor Bernard Spott por sus rosas. Suba, señor Spott.

Embargada por una repentina oleada de mal humor, Agatha decidió que seguramente él mismo había envenenado a sus carpas doradas para parecer inocente. Y por si fuera poco, además debía de haber destrozado los otros jardines para dejar fuera de combate al resto.

Sin embargo, mientras el anciano señor Spott subía al estrado con el rostro sonrojado por la satisfacción, la nueva y mejor naturaleza de Agatha se adueñó de ella y empezó a aplaudir, seguida por el resto de los allí congregados.

El señor Spott se sacó un papel doblado del bolsillo y se acercó al micrófono.

—Amigos —empezó, y luego se dedicó a irse por las ramas para expresar lo agradecido que estaba.

—El viejo cabrón se había preparado un discurso —se maravilló Roy.

El señor Spott habló durante un cuarto de hora, hasta que la señora Bloxby tosió y señaló su reloj.

—Y el segundo premio —anunció— es para el señor James Lacey por sus delfinios.

—Creía que alguien había seguido la política de tierra quemada en su jardín —observó Roy—. Tal vez haya comprado las flores, sólo que él se ha acordado de arrancar el nombre del vivero de la maceta.

—¡Shhh! —lo reprendió Agatha.

Seguro que ganaba el tercer premio.

—Y el tercer premio es para la señorita Simms, por sus alegrías del hogar.

—¡Caramba! —Soltó Agatha.

Al menos, James y la señorita Simms no se habían sentido obligados a leer un discurso.

—Se acabó lo que se daba —dijo Roy—. Fin de la diversión. Vamos a almorzar a algún sitio.

—A lo mejor a James le apetece acompañarnos —sugirió Agatha.

—Abre los ojos, Agatha —replicó Roy despiadadamente—. Ese hombre no está interesado en ti.

Mientras seguía a Roy fuera del salón de actos, Agatha se sintió vieja y deprimida. La vida se extendía ante ella como un largo y polvoriento camino que la

llevaba hasta la tumba. Nunca volvería a sucederle nada que la hiciera feliz o la emocionara o le interesara siquiera. Se volvió a mirar a los lugareños y se sintió como una intrusa, una forastera que no pertenecía a ningún lugar, salvo tal vez al suburbio de Birmingham del que procedía. Y entonces la señorita Simms, ruborizada y emocionada, se acercó a ella.

—Hay una mención especial en sus rosas, señora Raisin.

Sorprendida, Agatha regresó al salón. Delante de su rosal había una tarjetita roja. Entusiasmada, se agachó y la leyó: «Señora Agatha Raisin, mención especial a la ingenuidad».

Roy la leyó al mismo tiempo que ella.

—Vaya, qué retorcida es la señora Bloxby, Aggie. Vámonos. Un plato de pastel de carne y riñones te hará sentir mucho mejor.

—¿Sabes, Roy? —comentó Agatha mientras conducía en dirección a Oxford para que tomara el tren el domingo a última hora—. Creo que deberías olvidarte de todo ese chanchullo de las plantas. Hazme un favor y pide a los operarios que vuelvan para retirar la parte superior de la valla. Compraré algunas plantas en un vivero, dejaré que todo el mundo me vea plantándolas y no abriré mi jardín al público.

—Oh, vamos. Que hayas sido lo bastante tonta como para dejar la etiqueta del vivero en la maceta no significa que vaya a salir mal. Yo mismo vendré con la furgoneta a las dos de la madrugada y ¡bingo! Un jardín instantáneo. Sabes muy bien que en Carsely no hay ni un alma en la calle a esas horas. Además, tengo buenas noticias para ti: Pedmans va a correr con todos los gastos.

—¿Y eso?

—En lugar de ofrecerte una prima de bienvenida.

—¿Quieres decir que ese hurón de Wilson sabe que voy a hacer trampas?

—Claro que no. Por lo que a él respecta, lo único que quieres es tener un precioso jardín. Se muere de ganas de que trabajes para él, Agatha. Y las plantas van a ser espléndidas.

Agatha flaqueó. Nada podía salir mal, y así la señora Bloxby se vería obligada a admitir que había cometido un error. Agatha no quería perder el respeto de la señora Bloxby.

—Oh, de acuerdo —accedió—. Pero será mejor que estés ahí para ayudarme cuando llegue el gran día.

La noche siguiente sorprendió a Agatha en medio de la multitud que abarrotaba el Red Lion. Era el cumpleaños del dueño, John Fletcher, y éste servía bebidas gratis para todos. A Agatha le dio un vuelco el corazón al ver a James, y se acercó a él.

—No sabía que era el aniversario de John —comentó con un sentimiento de culpa al advertir el montón de regalos apilados en la barra—. ¿Por qué no me lo dijo nadie?

—Probablemente creerían que ya lo sabías. Al fin y al cabo, estuviste aquí el año pasado.

—Quizá debería ir a casa y ver si tengo algo que pueda regalarle —observó Agatha, aunque no quería separarse de James.

Apenas podía creer que Mary no estuviera allí para monopolizar la atención de James, algo que se le daba muy bien.

—Felicidades por el premio —añadió—. Después del incendio, pensaba que no te quedaría nada en el jardín.

—Bueno, ahora apenas puedes verlo —señaló él—. No con esa valla que has instalado. ¿Por qué tan alta?

—Para proteger las plantas.

Él pareció desconcertado.

—Ni siquiera sé cómo te las has apañado para cultivar esas rosas. Supongo que a eso se refería la señora Bloxby con lo de la ingenuidad.

Por lo general a Agatha no le gustaba que interrumpieran sus conversaciones con James, pero en esta ocasión alzó la vista con alivio cuando el señor Galloway, un escocés corpulento que regentaba un garaje en un pueblo cercano, se inclinó hacia ellos y dijo:

—Estaba hablando con Fred Giggs y me ha comentado que todavía no tienen ninguna pista acerca de quién destrozó los jardines. Creía que a estas alturas ya habría encontrado usted al culpable, señora Raisin.

—A lo mejor me pongo manos a la obra —se pavoneó Agatha—. Según parece, la policía no está haciendo precisamente un gran trabajo.

—¿Dónde está Mary? —preguntó James.

El señor Galloway se rascó su mata de pelo.

—Ni idea —dijo—. Tal vez se esté acicalando para hacer una aparición estelar.

—De todas formas, me parece raro —insistió James, para disgusto de Agatha—. Me desagrada toda esta estúpida animadversión hacia Mary. Es una locura pensar que haya tenido algo que ver con los destrozos en los jardines.

—Sería distinto si hubiese ganado algún premio —comentó Agatha con malicia.

—Eso me extrañó —observó el señor Galloway—. Todos pensábamos que se llevaría el primer premio con esas dalias tuyas.

—Creo que nadie quería que ganara —señaló James.

—Ya, pero la jueza era la señora Bloxby, y no es de las que dejan que los chismes influyan en sus decisiones.

—¿Otra copa, James? ¿Señor Galloway?

En opinión de Agatha, ya habían hablado bastante de Mary.

—Qué detalle —empezó a decir el señor Galloway, pero en ese momento James se levantó.

—Creo que me acercaré a casa de Mary para ver si viene.

Agatha también se levantó.

—Te acompañaré. Le invitaré a una copa cuando vuelva, señor Galloway.

Mientras caminaban juntos en la templada y tranquila noche veraniega, Agatha no pudo evitar desear que hubieran salido a dar un paseo y no a visitar a una rubia. El chisme que corría por el pueblo y que Doris Simpson le había transmitido era que Mary y James compartían tan sólo una amistad casual y que él ya no iba a verla a su casa ni la invitaba a cenar. Agatha empezó a preguntarse qué sabía de Mary en realidad. Los celos habían influido en su apreciación y le habían nublado el juicio. Así pues, había decidido juzgar a Mary con objetividad. Si prescindía de los celos, Agatha tenía que admitir que Mary era una mujer muy atractiva con cierta simpatía y encanto. Y, sin embargo, a través de esa simpatía y ese encanto algunas veces destellaban pequeños dardos de... ¿malicia? Comentarios mordaces. El que había hecho sobre Bill había sido claramente insidioso, y no solía meter tanto la pata.

James le dirigió una mirada socarrona.

—No te pega estar tan callada.

—Pensaba en Mary —explicó Agatha—. En realidad no la conozco muy bien.

—Me sorprende. Creía que vosotras dos erais uña y carne.

—Bueno...

Agatha advirtió con asombro que había aceptado la amistad de Mary sólo para encontrar el modo de asegurarse de que la frialdad que había entre James y ella se mantenía.

—¿Qué sabes tú de ella? —preguntó.

—La verdad es que no mucho. Sé que estuvo casada porque tiene una hija que estudia en la Universidad de Oxford. En Saint Crispin, creo.

—Yo no he visto nunca a su hija, y Mary nunca habla de ella.

—Nunca viene a verla, ni siquiera en vacaciones. Lo atribuí a alguna desavenencia familiar, así que no quise entrometerme. También supuse que lo que veía era lo que había: una cocinera perfecta, una jardinera perfecta, la perfección hecha persona. Además es encantadora, y el encanto siempre te impide ver a la persona que hay debajo.

«No como yo —pensó Agatha—. Definitivamente, conmigo lo que ves es lo que hay.» Y deseó tener encanto o dobleces misteriosas.

Se acercaban a casa de Mary.

—No hay luz —constató James—. Tal vez haya ido a Oxford o a algún otro sitio.

—Me sorprendería —observó Agatha—. Nunca sale del pueblo, salvo cuando va a cenar contigo.

—Entonces, veamos si está en casa.

En lugar de rodear la vivienda hasta la parte de atrás, como era costumbre en el pueblo excepto en casas como la de Agatha, subieron por el jardín delantero, donde las flores, blanqueadas por la luz de la luna, abarrotaban los bordes a ambos lados del césped. En el aire flotaba un intenso aroma floral. Entraron en el porche y James llamó al timbre, que resonó en la oscura quietud de la casa.

Por la calle, detrás de ellos, una pareja se dirigía a casa. La chica se rio, con una risita chillona y estridente. Sus pasos y sus voces se desvanecieron, dejando tras de sí el silencio nocturno.

—Supongo que eso es todo —dijo Agatha en tono alegre—. Ya hemos hecho nuestra aportación a la comunidad. Ahora volvamos al pub.

Con suerte, pensó, la multitud se habría dispersado y podría disfrutar de James para ella sola.

Él vaciló. Trató de girar el pomo, que cedió con facilidad, y la puerta se abrió de par en par.

—Quizá esté enferma.

James entró en la casa y Agatha lo siguió a regañadientes. En el vestíbulo, él tanteó la pared en busca del interruptor. El pequeño recibidor se inundó de luz con un leve clic, lo cual intensificó la extraña sensación de vacío, de soledad, que reinaba en la casa. Fueron de habitación en habitación encendiendo las luces. No había nadie en la sala, en el comedor ni en la cocina.

James corrió escaleras arriba mientras gritaba:

—¡Mary! ¡Mary!

Agatha se quedó esperando en el recibidor, inquieta. Nunca se había considerado clarividente, ni siquiera una persona sensible, pero mientras estaba allí de pie empezó a experimentar un creciente desasosiego.

—No está en casa —dijo James al bajar por la estrecha escalera.

—En la parte de atrás está el invernadero —observó Agatha—. Ya que estamos aquí, podríamos echar un vistazo.

Más tarde, Agatha se preguntaría por aquella repentina insistencia, cuando lo único que deseaba un momento antes era olvidarse de todo y regresar al pub con James. Tras un breve y brusco enfrentamiento con las autoridades urbanísticas, a Mary le habían concedido el permiso para levantar un pequeño invernadero adyacente a la parte de atrás de la casa. Atravesaron la cocina, y James abrió la puerta del invernadero y encendió la luz. Los recibió una vaharada de aire húmedo. Avanzaron hacia el centro y se detuvieron, hombro con hombro. Todo estaba en calma.

—Vámonos —dijo James.

Entonces Agatha exclamó con voz entrecortada:

—¡Mira! ¡Mira allí!

Y James miró.

Alguien había plantado a Mary Fortune.

Tenía la cabeza oculta bajo la tierra. Alguien la había colgado por los tobillos y había enterrado su cabeza en una gran maceta de barro. Le habían atado los tobillos con una cuerda y la habían colgado de uno de los ganchos para tiestos que había en las vigas del techo. Iba vestida con su inevitable verde: sandalias verdes, blusa verde y *shorts* verdes.

—¡Corta la cuerda!

El horror confería a la voz de Agatha un tono chillón.

Pero James se había inclinado sobre Mary y buscaba señales de vida en el pulso de su cuello y su muñeca.

Se incorporó.

—Deja todo tal como está para cuando llegue la policía. La han asesinado y está tesa.

—¡Un asesinato!

—Cálmate, Agatha —le pidió él con brusquedad—. No se ha plantado ella sola. Voy a llamar de inmediato.

James salió del el invernadero. Agatha dedicó una última mirada horrorizada al cuerpo y lo siguió con piernas temblorosas.

James estaba en el salón. Llamó a Fred Griggs y luego se dejó caer en el sofá, agarrándose el abundante cabello con ambas manos.

—Es espantoso... espantoso —dijo—. Me acosté con ella, ¿sabes?

Agatha, superada por la situación, se sentó y se echó a llorar débilmente.

—No llores —le dijo él con aspereza—. Ella ya no puede sentir nada.

Pero las lágrimas de Agatha eran una mezcla de sorpresa y vergüenza. Sus sentimientos hacia James le parecían ahora una especie de deplorable encaprichamiento adolescente. Siempre había creído que él llevaba una vida monacal, alejada de las mujeres, de soltero impenitente, y dado que ella misma llevaba bastante tiempo sin permitirse una aventura, le había resultado más sencillo soñar con él de una forma románticamente pueril. Había sentido celos de su amistad con Mary, pero la consideraba sólo eso, una amistad, con algún que otro coqueteo, sí, pero nada más. Sin embargo, él había yacido en la cama de Mary y entre los brazos de Mary. La mente de Agatha se retorció bajo el peso de sus miserables pensamientos.

Fred Griggs irrumpió en la habitación. Tenía el aspecto de un policía de pueblo, impasible y con la cara roja. Uno casi esperaba que dijera: «Hola, hola, hola, ¿qué tenemos aquí?». Pero a su manera lenta, era un hombre astuto e inteligente.

—¿Dónde está el cadáver? —preguntó.

James despegó su largo cuerpo del sofá.

—Se lo mostraré.

Agatha miró con anhelo el carro de las bebidas que había en la esquina. Tenía la sensación de que un coñac bien cargado tal vez la ayudara a recomponerse. Mientras se preguntaba si podía arriesgarse a servirse uno envolviendo la botella en un pañuelo, llegó la unidad de investigación criminal. El sargento Bill Wong formaba parte del grupo. Detrás de ellos venían más coches. El patólogo, el médico, el equipo forense, el cámara de la policía y los reporteros del periódico local, cuyo emprendedor director escuchaba siempre la radio policial.

Bill Wong contempló el rostro manchado por las lágrimas de Agatha y, creyendo que se debían a Mary, le dijo rápidamente en tono compasivo:

—Vete a casa, Agatha. Más tarde pasaremos a tomarte declaración. ¿Has encontrado tú el cadáver?

—Sí, James Lacey y yo.

—¿Él está aquí?

—Sí, con el cuerpo.

—Bien. Por ahora basta con eso. Le pediré a uno de mis hombres que te lleve a casa.

Y Agatha se hallaba en tal estado de postración que dejó que un policía la rodeara con un fuerte brazo y la acompañara a la calle.

CINCO



Agatha estaba sentada con una copa de coñac en una mano y un cigarrillo encendido en la otra. Adormecida, advirtió con cierto interés clínico que le temblaban levemente las manos. Ahora deseaba haberse quedado en casa de Mary. La suya estaba muy silenciosa bajo su pesado tejado de paja, inusualmente silenciosa. Por lo general, la vieja casa crujía confortablemente mientras se acomodaba para la noche.

¿Quién podía haber hecho algo así? ¿Qué sabía ella de Mary? ¿Qué sabía ella de James, en realidad? Era un hombre inteligente, atractivo, que mediaba la cincuentena, un coronel retirado que se había establecido en el campo para escribir sobre historia militar. Ambos habían investigado juntos un asesinato. Agatha sabía que, en circunstancias difíciles, él podía mostrarse expeditivo e implacable. En aquel periodo de sus vidas habían mantenido largas conversaciones sobre libros y obras de teatro, sobre el crimen, sobre la gente del pueblo. Pero ¿cuál era su verdadera personalidad? ¿Sería capaz de cometer un asesinato?

Sin embargo, el autor del crimen era probablemente el mismo que había destrozado los jardines, y no podía creer ni por un segundo que James fuera capaz de algo tan mezquino y ruin. Todo aquello giraba en torno a la jardinería, de eso estaba segura. Así pues, siguió su razonamiento: quien había destrozado los jardines y envenenado a los peces del señor Spott y luego asesinado a Mary estaba loco, y además actuaba de una forma brutal. No le había bastado con acuchillar o estrangular a Mary. Alguien había sido lo bastante malvado para desear humillarla en su muerte. Rogó a Dios que fuera alguien de su pasado.

El sonido de un coche que se detenía en la calle interrumpió sus pensamientos. Aplastó el cigarrillo y dejó con cuidado el vaso de coñac sobre una mesita auxiliar, al tiempo que se percataba con una extraña especie de orgullo de que habían dejado de temblarle las manos. Bill Wong estaba al otro lado de la puerta acompañado por una agente.

—Voy a tomarte una declaración inicial, Agatha —la informó—, y luego me gustaría que mañana acudieras a la comisaría de Mircester para repasarlo todo. También le he pedido al señor Lacey que vaya, así que tal vez podáis hacer el trayecto juntos.

Agatha condujo a Bill y a la agente hasta el salón.

—¿Un café?

La agente se sentó recatadamente en una silla en una esquina de la habitación y abrió su bloc.

—Esta vez no —contestó Bill.

—¿No vais a usar una grabadora?

—Mañana grabaremos tu declaración, la transcribiremos y te la leeremos. Así que empieza por el principio.

Agatha le habló de cómo había empezado la noche y de la inquietud de James al ver que Mary no aparecía. Describió cómo habían llamado a la puerta de su casa y, al descubrir que no estaba cerrada con llave, habían entrado, buscado a Mary y luego encontrado su cuerpo en el pequeño invernadero.

—Se requiere una fuerza considerable para levantar un cuerpo de ese modo —aventuró Agatha.

—Tal vez —contestó Bill—. Los agentes del equipo forense se han llevado la cuerda, junto con cada mota de polvo de la casa. Es sorprendente lo que pueden averiguar hoy en día. Bien, ¿quién más había en el pub cuando te marchaste con el señor Lacey?

Agatha frunció el ceño.

—Déjame pensar. James y yo estábamos hablando con el señor Galloway. La señorita Simms se hallaba junto a la barra con el anciano señor Spott. La señora Mason y su marido también estaban en la barra, y esos pelmas de los Boggle se encontraban en un rincón quejándose de que la cerveza era muy fuerte. Delante de la chimenea estaba mi asistenta, Doris Simpson, con su marido.

Agatha entornó los ojos y siguió enumerando a los vecinos.

—Ah, y había también un desconocido, solo, en el extremo izquierdo de la barra.

—¿Qué aspecto tenía?

—Veintipocos años, chándal holgado, barba de tres días, abundante pelo rubio recogido en una coleta, cara anodina. Ya sabes, dos ojos, una nariz, una boca. Sólo reparé en él porque era el único forastero. Parecía estar esperando a alguien, pero es tan sólo una vaga impresión; yo estaba hablando con James.

—Sí, ya veo lo que quieres decir —comentó Bill con un leve parpadeo—. Bien, cuando os acercabais a casa de la señora Fortune, ¿os cruzasteis con alguien?

—Creo que no. En este pueblo todo el mundo saluda al cruzarse. De hecho, yo iba pensando en Mary.

—¿La señora Fortune? ¿Y qué pensabas?

—Que, aunque éramos amigas, sabía muy poco sobre ella. No sé, era encantadora y afable, y de repente soltaba un comentario malintencionado.

—¿Como por ejemplo?

—Te llamó amarillo.

—Nada comparado con lo que me dicen en comisaría. Es probable que fuera la clase de comentario que hacía habitualmente.

—No, nunca era desagradable. Me sorprendió que fuera tan abiertamente insidiosa. No sé, a menudo dejaba entrever algo que no podría definir.

—Lacey debía de conocerla mejor que nadie.

—¿Por qué? —preguntó Agatha a la defensiva.

—En el pueblo es bien sabido que mantenía un romance con ella.

—Nada de eso.

El corazón de Agatha comenzó a martillearle contra las costillas.

—Él la invitó a cenar unas cuantas veces y luego terminó. Eran sólo amigos.

Bill observó la expresión consternada de Agatha. Lacey había hablado abiertamente del hecho de que la señora Fortune y él habían sido amantes a principios de aquel mismo año, pero de repente Bill se sintió incapaz de contárselo a Agatha.

Sonó el timbre.

—Iré yo —se ofreció Bill.

Abrió la puerta y regresó seguido de la señora Bloxby, que llevaba una pequeña bolsa de viaje.

—He pensado que se sentiría mejor si alguien se quedaba a pasar la noche con usted, señora Raisin.

A Agatha volvieron a llenársele los ojos de lágrimas y parpadeó para contenerlas.

—Eso es todo por ahora —concluyó Bill—. Ven a comisaría mañana a las diez. Procura dormir. Llamaré a Lacey y le pediré que te recoja.

Agatha acompañó a Bill y a la agente a la puerta. Bill le dedicó una sonrisa.

—Esto no es como Londres, ¿eh?

—En Londres se cometen un montón de asesinatos.

—No me refería a eso. Me refería a que en Londres no habría una señora Bloxby que pensara en pasar la noche contigo.

—Ah, eso. Nos vemos mañana.

Agatha se reunió con la señora Bloxby.

—Venga a la cocina y le prepararé un té.

—Sí, pero seré yo quien lo prepare. Y luego será mejor que se acueste. Qué experiencia tan terrible. Aquí las noticias vuelan, pero me cuesta creerlo. La señora Griggs, la esposa de Fred, me ha llamado para decirme que alguien había *plantado* a la señora Fortune.

—Sí, ha sido espantoso —confirmó Agatha—. Estaba colgada por los tobillos y le habían enterrado la cabeza en un tiesto. E iba vestida de ese maldito color verde, como siempre. Al principio no la hemos visto entre tanto verde, porque...

Agatha se echó a temblar.

—Tranquila, tranquila... Voy a poner el calentador de agua. Yo también estoy muy afligida, aunque no he tenido que vivir una experiencia tan espantosa como la suya, señora Raisin.

Agatha sonrió débilmente.

—Creo que ya es hora de que nos dejemos de formalidades. Deberías llamarme Agatha y yo te llamaré...

—Margaret.

—¿Estabas muy unida a Mary?

—No es eso.

Las delgadas manos de la señora Bloxby se ocuparon de echar el té en la tetera y llenarla de agua hirviendo.

—Dejé que mis sentimientos influyeran en mi decisión como jurado en la feria de

horticultura, y eso es algo que nunca me había ocurrido.

Agatha parpadeó.

—Me cuesta creerlo. ¿Por qué?

La mujer del vicario llenó dos tazas con té caliente, sacó la leche de la nevera y esperó a que estuvieran sentadas a la mesa. Se echó azúcar al té y entonces dijo lentamente:

—Al principio, me contaba entre las admiradoras de la señora Fortune. Es tan agradable cuando un recién llegado se involucra en las actividades del pueblo y ayuda en la iglesia... Pasaba a menudo por la vicaría. Y solía coquetear con Alf.

No por primera vez, Agatha pensó que Alf era un nombre poco apropiado para un vicario.

—A mí no me importaba porque la señora Fortune es... era... una mujer cosmopolita y hermosa, de esas que, pensaba, coquetean sin pretenderlo. Luego quiso confesarse con Alf. Nuestra iglesia es humilde y Alf no tiene confesonario, pero siempre escucha a cualquier feligrés que esté en problemas. Así que accedió a hablar con ella en su despacho. No sé lo que pasó, pero más tarde me contó que no la consideraba una mujer demasiado amable y que le parecía algo inestable. A partir de entonces, cada vez que ella venía, mi marido encontraba siempre una excusa para salir.

»La señora Fortune empezó a hacerme comentarios, pequeños comentarios despectivos. Que era una lástima. Que me había abandonado. Que podía recomendarme una buena peluquería. Cosas así. Yo tengo varices, y aunque siempre visto faldas lo bastante largas para que por lo general nadie se dé cuenta, la señora Fortune lo hizo. Y entonces, la siguiente vez que la veía, era toda dulzura y amistad y delicadeza, pero el veneno empezó a penetrar y yo comencé a sentirme poca cosa, anticuada. Para sorpresa mía, descubrí que empezaba a caerme mal, y eso es algo que no me suele ocurrir. Sé que no te puede gustar todo el mundo y hay ocasiones en que los Boggle me resultan, digamos, un pelín desagradables, pero había algo en la señora Fortune que me ponía los nervios de punta.

»Me sonreía lentamente y con lástima. Me preguntaba a cuántos países había viajado, cuando Alf y yo hace años que no salimos al extranjero.

Agatha empezaba a sentirse mejor. En cierto modo, era un alivio que la señora Bloxby, a quien hasta el momento había considerado una santa, fuera capaz de experimentar sentimientos humanos corrientes.

Se le ocurrió una idea y se inclinó hacia delante con avidez.

—Debe de ser como cuando te chantajea o te estafan. Eso es. Como cuando te estafan.

—¿Qué quieres decir?

—Recuerdo que una vez leí en los periódicos acerca de un caso en el que un tipo había estafado los ahorros a varias personas de un pueblo haciéndose pasar por agente de bolsa. No se le daba muy bien, y la primera pareja a la que timó no tardó en

descubrirlo. Pero no lo denunciaron. Estaban demasiado avergonzados de que los hubieran engañado, ¿lo entiendes? De esa forma, él pudo seguir con sus malas artes, estafando durante un tiempo a otras personas.

»El caso es que, cuando la gente te hablaba de Mary, estoy segura de que tú murmurabas algo agradable, porque si confesabas que no te gustaba habrías tenido que dar un motivo, y la propia explicación te habría hecho sentir aún peor. Apuesto a que te sacaba de quicio. ¿Por qué me lo has contado precisamente a mí?

La señora Bloxby le dedicó una mirada de leve sorpresa.

—Tú nunca juzgas ni condenas, Agatha. Supongo que por eso.

«Sólo en mi cabeza, y sin descanso», pensó Agatha con remordimientos.

Y entonces, de pronto, le resultó fácil decir:

—James tenía una aventura con Mary.

—Eso he oído.

—¡Pues a mí nadie me había dicho nada! Me lo ha contado James esta noche.

—Todo el mundo sabe que tú eres su amiga —explicó la señora Bloxby con tacto—. La gente debía de suponer que ya lo sabías.

Sin embargo, la esposa del vicario sabía que la verdadera razón era que no querían herir a Agatha.

—Pero hay algo más —añadió la señora Bloxby—. Aunque al dejarlo quedaron como amigos, lo cierto es que cuando tú volviste él enfrió la relación con Mary. Tal vez valdría la pena averiguar por qué. Tengo la sensación de que, si todos conociéramos mejor a Mary Fortune, podríamos averiguar quién la mató y por qué. Tú lo descubrirás, ¿verdad? No es sólo el asesinato lo que destruye y desgarrar la tranquilidad del pueblo, sino también la invasión de la prensa. Este asesinato es tan pintoresco... La prensa ya ha empezado a llegar en manada. Tarde o temprano, alguien revisará la hemeroteca y encontrará las noticias que se publicaron sobre ti y tu anterior investigación, y tu teléfono y tu timbre empezarán a sonar.

Como en respuesta a sus últimas palabras, el timbre emitió su aguda nota.

—Yo me encargo —dijo la señora Bloxby.

Agatha oyó a la mujer del vicario abrir la puerta, un murmullo de voces y luego a la señora Bloxby decir con firmeza:

—La señora Raisin ha sufrido una terrible conmoción. No se la puede molestar.

Y acto seguido cerró de un portazo.

—Gracias —dijo Agatha cuando la señora Bloxby volvió a la cocina, aunque la vanidad la estaba matando.

Si hubiera estado sola, probablemente habría invitado a entrar a la prensa.

Entonces sonó el teléfono. Sin pedirle permiso, la señora Bloxby contestó, repitió que la señora Raisin no se encontraba bien y luego regresó.

—He desconectado el teléfono. No volverán a molestarte. Subiré y desconectaré también el supletorio.

Agatha se puso en pie y abrió la boca para decir que se veía capaz de enfrentarse

a la prensa, pero le temblaban las rodillas y se sentía débil e inestable.

—¿Sabes? —dijo—. Creo que iré a acostarme.

Media hora después, al cerrar los ojos, por su mente empezaron a desfilar visiones de James en brazos de Mary Fortune. No sin esfuerzo, Agatha se obligó a dormirse para hacer desaparecer aquellas desagradables imágenes.

James pasó a buscarla el día siguiente a las nueve. Por alguna extraña razón, Agatha se alegró de que el antiguo entusiasmo ante la perspectiva de estar con él se hubiera desvanecido. Se sentía como una estúpida mujer de mediana edad. Cuando iba a la escuela se había encaprichado de un chico mayor que ella, y con James Lacey se había comportado del mismo modo. Su consternación al enterarse de su aventura con Mary había desaparecido, sustituida por una extraña especie de alivio al verse liberada de lo que se había ido convirtiendo gradualmente en una obsesión. Se había maquillado lo imprescindible y llevaba una sencilla blusa blanca, una falda hecha a medida y zapatos de tacón bajo.

—Iremos en mi coche —propuso James—. Es una tontería que cada uno coja el suyo.

Mientras conducía, ambos permanecieron en silencio hasta llegar a la A-44, cuando James preguntó:

—¿Has pensado en ello?

—¿En el asesinato? Claro. No he pensado en otra cosa.

—Tal vez después de declarar, deberíamos comer juntos y hablar del tema.

James la miró por el rabillo del ojo, sorprendido por el inusual silencio que obtuvo como respuesta.

—Si quieres —añadió al final.

—Sí, de acuerdo —accedió Agatha.

Su reticencia nacía de un nuevo deseo de liberarse de cualquier vínculo emocional, es decir, de su vínculo emocional con James. Ahora ya no podía creer que él hubiera sentido nunca por ella nada que fuera más allá de la amistad.

—Bueno, entonces dejaremos la conversación para más tarde.

En la jefatura de policía de Mircester, James y Agatha fueron interrogados juntos y luego por separado. Esta vez no fue Bill quien entrevistó a Agatha. Al preguntar por él le dijeron que estaba en Carsely, con el resto de detectives que investigaban el caso.

Al final le leyeron su declaración y ella la firmó. Le habían preguntado si había habido algún hombre en la vida de Mary y Agatha había contestado con una firme negativa. Que se lo contara James si quería.

Esperó a James en el vestíbulo de la jefatura. Estaba empezando a preguntarse si lo habían detenido en calidad de sospechoso cuando apareció su alargada figura.

—Y bien, ¿qué te apetece comer? —preguntó él.

—Algo ligero —contestó Agatha—. Todavía estoy a régimen.

Él le echó un vistazo.

—Se nota. Han abierto un sitio nuevo en la plaza. Preparan buenas ensaladas y cosas así, y además las mesas están muy separadas, de modo que no tendremos que preocuparnos por si alguien nos oye.

Cruzaron juntos la plaza. El soleado día se había nublado y una brisa irritante y juguetona revolvió el pelo de Agatha, al tiempo que levantaba remolinos de polvo a sus pies. El verano había sido inusualmente seco y los jardineros se habían quejado de la necesidad de regar constantemente las plantas.

En el restaurante había poco movimiento y les dieron una mesa junto a la ventana. Agatha pidió una ensalada César como plato principal y James, un filete a la brasa con patatas fritas y aros de cebolla.

—Bueno —empezó él—, ¿se te ha ocurrido algo?

Agatha vaciló. En un tiempo no muy lejano habría repetido alegremente todo lo que le había contado la señora Bloxby, sacrificando las confidencias de la esposa del vicario en el altar del deseo, pero en esta ocasión un extraño sentimiento de lealtad se lo impidió.

—Creo que Mary no era tan popular como yo pensaba —dijo en cambio.

—¿Qué quieres decir?

—Por lo general no decía nada directamente desagradable, pero hacía que la gente se sintiera tonta y provinciana.

—Es posible. Pero eso no es motivo suficiente para provocar su asesinato. Estoy seguro de que tiene que ver con los jardines. Todo está relacionado de alguna forma con los destrozos en los jardines.

Agatha volvió a pensar en la señora Bloxby y deseó poder compartir con él su relato.

—Quien cometió el asesinato tiene que estar mentalmente desequilibrado —dijo en cambio—. Fue un asesinato planeado y meditado, cocido al fuego lento de un odio ardiente. Veamos. Dijiste que ella tenía una hija. Mary aparentaba ser una mujer muy rica. El móvil podría ser económico, y los destrozos en los jardines y la elaborada disposición del cuerpo, una especie de cortina de humo para que parezca que fue obra de un chalado del pueblo. La hija, según dijiste, estudia en la Universidad de Oxford. Podría haberse marchado de vacaciones al extranjero, pero si no es así, hoy estará en Carsely. Me pregunto si heredará, y cuánto. Supongo que la prensa rondará cerca.

—Incluso tratándose de un asesinato como éste, dentro de unos días dejarán el asunto en manos de los periodistas locales. Podríamos pasarnos por casa de Mary esta tarde para dar el pésame y ver si su hija está ahí.

—Habrà prensa en la cancela y un poli en la puerta —señaló Agatha—. Creo que será mejor que no vayamos. En cambio, me gustaría preguntar a algunas personas que conocían a Mary qué pensaban en realidad de ella.

—Su muerte es demasiado reciente. No creo que por ahora vaya a aparecer nadie

y decir que no le caía bien.

Agatha pensó en la señora Bloxby. Precisamente la señora Bloxby, a la que Mary había conseguido sacar de quicio.

—Yo no estaría tan segura de ello —repuso con cautela, y lo miró, incómoda—. En tu situación, seguro que tú la conocías mejor que nadie.

—De hecho no. Fue un amorío corto.

—¿Y por qué se acabó ese «amorío corto», como tú lo llamas?

Ambos permanecieron en silencio mientras les servían la comida. Una vez la camarera se marchó, James contestó:

—Me tiró los tejos con mucha perseverancia y daba la impresión de estar acostumbrada a las aventuras y de que sólo quería pasar un buen rato. Era simpática y podía ser también muy divertida.

Se removió en la silla, incómodo, y recordó que el humor de Mary a menudo consistía en divertirse a costa de los vecinos. Y de repente Agatha Raisin había regresado, la franca y fornida Agatha, que de alguna forma parecía haberse integrado en la vida del pueblo. Pero no fue sólo ese contraste lo que había provocado el fin de su aventura.

—Creo —dijo lentamente— que Mary había empezado a fantasear con que nos casáramos. Se volvió muy posesiva.

Entonces él pensó que el sexo era satisfactorio y placentero, pero desprovisto de ternura o calidez, y que se había apoderado de él una sensación de repulsión, de vergüenza.

—No te estás comiendo el filete —observó Agatha mirándolo con deseo.

—No me das oportunidad.

Ella esperó a que diera varios bocados y luego le preguntó:

—Debiste de decirle algo para que ella cortara.

—Sí, claro. Al principio hice eso tan cobarde que hacen los hombres y me mantuve alejado. Pero entonces ella vino a mi casa y me preguntó sin rodeos a qué estaba jugando. Yo le dije que se había terminado. Por un terrible momento, pensé que iba a golpearme. Sus ojos refulgían de puro odio. Pero al momento siguiente se rio y dijo: «Bueno, tienes razón. No eres exactamente un regalo del cielo en la cama» y... y... otras cosas que no me apetece repetir, pero todo en un tono divertido. No me enfadé porque pensaba que me lo merecía, y acordamos seguir siendo amigos. Y luego, cuando se volvió tan impopular en el pueblo, empecé a verla más a menudo otra vez. Me parecía cruel. Ella no se refirió en ningún momento a nuestra aventura.

—¿La policía sospecha de ti?

—¿Un crimen pasional? Es posible. Sin duda registraron mi casa a fondo en plena noche buscando cabos de cuerda, y examinaron mi ropa y mis uñas por si había restos de tierra.

—Entonces ¿les contaste lo de vuestra aventura?

—Por supuesto.

Así que Bill Wong lo sabía, pensó Agatha, sintiéndose miserable.

—Ese amigo tuyo, Bill Wong, me llevó a un aparte y me pidió que me asegurara de que tú no interfirieras en la investigación —añadió James.

—Teniendo en cuenta el éxito que tuve en el pasado... que tuvimos en el pasado —rectificó Agatha en un arranque de benevolencia—, me parece una impertinencia.

—Es sólo que te tiene cariño y no quiere que te enfrentes tú sola a un asesino maniaco.

Agatha pensó en su jardín y se sintió culpable. Rezó para que la unidad de investigación criminal no decidiera presentarse en su casa. La visión del jardín desnudo y de la altísima valla podía hacerles creer que *ella* era mentalmente inestable.

—Bueno —dijo—, por lo visto, tendremos que dejar que las cosas se calmen antes de empezar a hacer preguntas.

Hablaron de los jardines arruinados y le dieron vueltas y más a vueltas a qué vecino podría haber hecho algo semejante.

Después del almuerzo, James la llevó de vuelta a Carsely. Por primera vez no le apetecía quedarse solo, como si acabara de asumir todo el horror de la muerte de Mary. Agatha era una mujer agradable y sensata, y hacía muchísimo tiempo que no manifestaba ninguno de sus extraños comportamientos.

—¿Por qué no vienes a casa? —propuso—. Encenderé el procesador de textos y empezaremos a anotar algunas ideas.

«Cuánto habría disfrutado de esto hace tan sólo unos días —pensó Agatha después de aceptar y seguirlo hasta el salón repleto de libros—, antes de que su aventura con Mary acabara con mis estúpidas ilusiones.»

James preparó dos tazas de café y abrió el procesador de textos, cargó el programa y luego introdujo un disco nuevo.

—Veamos —dijo—. Empecemos por los ataques a los jardines y hagamos una lista de todos los vecinos damnificados. Tú te libraste.

—Así es. La cancela de atrás, la que da a tu casa, está cerrada con un candado.

—Muy bien.

James empezó a teclear.

—Tenemos a los Boggle, a la señorita Simms, a la señora Mason... ¿Qué ocurre? Agatha le había puesto una mano en el brazo.

—¿Y si fue obra de Mary? ¿Y si un jardinero enloquecido se vengó de ella?

Ambos se miraron, imaginándose a la zalamera, serena y superficial Mary escurriéndose en los jardines de Carsely.

—No, supongo que no —concluyó Agatha.

—Me temo que vamos a tener que aceptar tu idea y empezar a preguntar por ahí. Pero no podremos hacer mucho hasta que la prensa desaparezca.

—Podríamos ir al pub esta noche —sugirió Agatha, esperanzada—. A lo mejor, después de una o dos copas, a los vecinos se les suelta la lengua. En fin, no creo que

vayan a hablar de otra cosa.

—Buena idea.

James apagó el procesador de textos y dedicó una sonrisa a Agatha.

—Será mejor que lo dejemos por ahora.

Para su propia sorpresa, Agatha dijo:

—Sí, mejor. Nos vemos después.

Cogió su bolso y se marchó. Tiempo atrás, Agatha se habría quedado tanto rato como le hubiera sido posible, ignorando las indirectas de que era hora de marcharse.

Agatha volvió a su casa con la sensación de haber conseguido una victoria sobre sus pueriles emociones. Pero su júbilo fue efímero: en la entrada la esperaban Bill Wong y un grupo de hombres.

—Lo lamento mucho, señora Raisin —dijo él en tono formal—, pero estamos registrando las casas de todos los que conocían a Mary Fortune, y me temo que no podemos excluirla.

—¿Tiene una orden de registro? —preguntó ella, lánguidamente.

—Vamos, sabe que podemos conseguir una. ¿Qué tiene que ocultar?

—Era broma —repuso Agatha, sintiéndose miserable.

Lo que le preocupaba no era el registro de la casa, sino el espantoso momento en que salieron al jardín. El reducido grupo de hombres examinó el terreno impoluto bordeado por parterres vacíos cubiertos de malas hierbas. Uno de los agentes se rascó la cabeza y dijo:

—Es usted de las mías, señora Raisin. Yo tampoco soporto la jardinería. Pero ¿por qué ha puesto esa valla tan alta? Veo que tiene una sección superior que puede desmontarse para que entre algo de sol.

—Detesto a los vecinos entrometidos —dijo Agatha en tono desafiante.

—Pero la única persona que podría ver su jardín es el señor Lacey, su vecino de al lado —señaló otro—. Y no me parece que sea del tipo fisgón.

—Limítense a hacer lo que tengan que hacer —les espetó Agatha, que giró sobre sus talones y entró de nuevo en la cocina.

No había otra opción: debía resolver el caso antes del día de puertas abiertas; de lo contrario, esos polis seguirían hasta entonces en el pueblo y sabrían que había creado un jardín instantáneo. Es decir, que había hecho trampas.

El registro terminó por fin. Bill Wong se quedó atrás.

—¿Ha llegado ya la hija? —preguntó Agatha mientras le servía una taza de café.

—Sí. Se llama Beth Fortune y estudia Historia en Oxford. Ha venido con un novio que ha resultado ser el forastero que viste en el pub el día en que mataron a Mary.

A Agatha le brillaron los ojos.

—Ahí tienes el móvil. Beth lo hereda todo y obliga al novio a hacer el trabajo

sucio. ¿Ha explicado él qué hacía en el pueblo?

—Se llama John Derry. Dice que había ido a visitar a unos amigos en Warwick y que de regreso a casa decidió pasarse por Carsely. Según él, Beth le había mencionado el pueblo y sentía curiosidad por saber cómo era. No quiso pasarse por casa de Mary porque, una vez que Beth y él habían quedado con ella para comer en Oxford, Mary le había mostrado claramente su antipatía. Hemos hablado con sus amigos de Warwick y han jurado que estuvo allí hasta las siete de la tarde.

—Y ¿cuándo mataron a Mary?

—Aún estamos investigando cuándo y cómo.

—¿Me lo contarás?

—Agatha, la persona que mató a Mary es un ser perturbado y peligroso. Déjalo correr.

—De acuerdo —dijo Agatha en un tono dócil, y Bill le dedicó una mirada suspicaz.

SEIS



Había pasado una semana desde el asesinato y la prensa nacional había agotado todas las perspectivas. Justo cuando parecía que el interés decaía, un reportero avisado averiguó que la señora Josephs, la bibliotecaria, había sido asesinada en el mismo *cottage*. Eso llevó a los redactores de los tabloides más escandalosos a apodarlo «la casa de la muerte», mientras que los más respetables mantuvieron la llama encendida burlándose de los tabloides de Grub Street y reproduciendo párrafos de los artículos sobre la casa del horror para justificar su desprecio. Era su manera de fingir que evitaban el sensacionalismo al tiempo que lo alimentaban.

Pero una semana es una eternidad en periodismo, así que dejaron que los periódicos locales y las agencias de noticias hicieran el seguimiento de la historia mientras las televisiones recogían sus cámaras, sus equipos de sonido y sus antenas parabólicas, y regresaban a la ciudad.

La noche de Agatha y James en el Red Lion había sido poco productiva, de modo que decidieron esperar a que las aguas se calmaran antes de empezar sus pesquisas. Fue James quien informó finalmente a Agatha de que la hija, Beth, y su novio se habían instalado en el *cottage* de Mary, de que la prensa había abandonado su puesto de guardia en la cancela y de que la policía ya no custodiaba la puerta. Era hora de ponerse en movimiento.

No iban a enterrar el cuerpo de Mary en el cementerio de Carsely. Cuando el patólogo concluyera la autopsia, el cadáver sería incinerado en Oxford y las cenizas esparcidas en el mar. Eso, dijo James sentado en la cocina de Agatha, era todo lo que había conseguido sonsacarle a la señora Bloxby. A la pregunta de si se oficiaría un funeral en la iglesia, la esposa del vicario se había mostrado extrañamente fría y había contestado que era un asunto que debía decidirse entre los familiares de la señora Fortune y los vecinos del pueblo.

—Según parece —observó Agatha—, la gente no hablará de lo que pensaba realmente de Mary hasta que haya pasado un tiempo, y creo que lo mismo podría decirse de ti. Mary fue desagradable conmigo en varias ocasiones, así que también debió de serlo con otras personas. Por lo que has dicho, o más bien por lo que no has dicho, deduzco que fue especialmente malévola contigo cuando pusiste fin a vuestra aventura, que te hirió en lo más íntimo, y aun así seguiste viéndote con ella en términos amistosos. ¿Por qué?

James clavó la mirada en su taza de café y vaciló un largo rato, como si buscara inspiración. Luego alzó la vista con una sonrisa irónica.

—Vergüenza y culpa —explicó—. Culpa porque sentía que le había hecho daño. Vergüenza porque sentía que nunca debería haber comenzado una aventura con alguien como Mary. Y arrogancia, también. Quería convencerme a mí mismo de que ella era en el fondo una buena persona y de que podíamos ser amigos. Como si una

relación amorosa pudiera transformarse en amistad...

«Muy cierto», pensó Agatha con tristeza, y se preguntó si alguna vez lograría superar la sensación de melancolía que la invadía cuando lo miraba.

—Había algo más —continuó él en voz baja—, algo de lo que me he dado cuenta ahora. Creo que Mary albergaba una pulsión violenta.

—Interesante apreciación, pero eso no nos lleva a ninguna parte —señaló Agatha—. Porque alguien actuó con violencia *contra* ella.

—Pero ¿no lo ves? —replicó él con impaciencia—. La violencia engendra violencia. Y, por lo general, suele ocurrir dentro de la familia. Tenemos que intentar averiguar dónde está su exmarido y si vive en el país. Según tengo oído se casaron en América, en Los Ángeles.

—¡Ella me dijo que vivió en Nueva York!

—Bueno, es posible que se trasladara allí tras el divorcio.

Agatha se puso en pie.

—Creo que deberíamos empezar por hacerle una visita a su hija. ¿Sabe ella que te acostabas con su madre?

James se ruborizó levemente.

—No lo sé. Creo que no. Me dio la impresión de que madre e hija apenas se hablaban.

—Bueno, vayamos de todos modos. ¿Deberíamos llevar algo? ¿Es eso lo que suele hacerse?

—¿Flores o café? No, diría que no. Lo que está a la orden del día son los pésames pronunciados en susurros.

Agatha abandonó la sala, cerró cuidadosamente la puerta a su espalda y dejó salir los gatos al jardín trasero. Esbozó una mueca al verlos dirigirse hacia una pequeña clapa de luz solar que había conseguido abrirse paso por encima de la alta valla.

Fueron a casa de Mary, pensando los dos en la última vez que habían recorrido ese camino juntos. Subieron por el jardín delantero hacia el porche acristalado que Mary había mandado construir, además del invernadero de la parte de atrás. En realidad, había alterado tanto el diseño del antiguo *cottage* que resultaba difícil recordar lo diminuta que había sido la casa cuando la señora Josephs vivía en ella.

Después de que James llamara al timbre, Agatha casi esperó, por unos instantes, que la propia Mary abriera la puerta. De repente le parecía increíble que estuviera muerta, que la hubieran asesinado de una forma tan macabra.

Pero quien abrió la puerta fue una chica de poco más de veinte años que no se parecía en nada a Mary. Tenía los ojos marrones, la piel cetrina, una nariz larga y afilada y una espesa mata de pelo negro y lustroso. Llevaba una amplia camisa escocesa masculina sobre unos pantalones muy cortos. Sus piernas eran muy largas, muy blancas y bastante velludas.

—¿Señorita Fortune? —preguntó James.

—¿Sí?

La chica lo observó con curiosidad y luego dirigió la mirada hacia Agatha.

—Ésta es la señora Agatha Raisin, una amiga de su madre. Yo soy James Lacey, otro amigo. Hemos venido a darle el pésame.

La hija de Mary se apartó para dejarlos pasar.

—Será mejor que entren.

En el salón, su novio, John Derry, estaba despatarrado en un sillón. Según las costumbres de la juventud moderna, Beth no se molestó en presentarlos.

—¿Café o té? —preguntó.

—Nada —contestó Agatha con rapidez, pues no quería perder ni un momento dejando que Beth desapareciera en la cocina—. ¿Ha averiguado la policía cómo murió su madre?

—Alguien la envenenó con herbicida y luego la colgó —explicó.

Tenía los ojos secos y hablaba en un tono de voz duro y más bien impaciente, con un leve acento estadounidense.

—No se preocupe —dijo James—. La policía no tardará en averiguar quién lo hizo.

—¿Cómo? —intervino John Derry por primera vez.

—Debe de haber un montón de pistas —observó James—. Está la cuerda con que la ataron, el herbicida... muchas cosas, seguro.

—La cuerda era un modelo antiguo de Woolworths para tender la ropa —explicó Beth—; probablemente la compraron hace mucho tiempo, porque ahora sólo las hay de plástico. Tampoco hallaron huellas dactilares, aparte de las de las dos personas que encontraron el cuerpo.

Sus ojos se abrieron un poco y añadió:

—Ah, fueron ustedes, ¿verdad?

Agatha asintió. Había algo casi intimidante en la entereza de Beth.

—¿Asistirá su padre al funeral? —preguntó.

—No lo creo. Odiaba a mamá.

—Entonces ¿sigue viviendo en Estados Unidos?

—Sí, en Los Ángeles.

—¿Ha sabido algo de él?

—Me llamó por teléfono hace unos días y me preguntó si necesitaba ayuda... financiera. Pero mi madre me ha dejado bien cubierta.

—¿Cómo se gana la vida su padre?

Beth entornó los ojos.

—Es... Miren, han sido muy amables al venir, pero estoy harta de los periodistas y de sus preguntas indiscretas, así que no tengo por qué aguantar que me interroguen en mi propia casa.

—Discúlpeme —murmuró Agatha.

James continuó hablando en tono conciliador sobre la labor de Mary en la sociedad de horticultura y de lo bien que se llevaba con los vecinos del pueblo.

Agatha echó un vistazo furtivo a su alrededor. La sala de Mary ya había sufrido algunos cambios. Habían pintado el papel verde de las paredes, que ahora lucían un uniforme color blanco. Muchos de los ornamentos de porcelana que Mary tenía en la repisa de la chimenea y las mesitas auxiliares habían desaparecido, y habían cubierto la moqueta verde con alfombras persas desvaídas y raídas. También se habían deshecho de las cortinas verdes para sustituirlas por estores venecianos. Beth o bien John Derry habían tratado de hacer desaparecer de la estancia tanto verde como fuera posible.

—¿A usted también le gusta la jardinería, señorita Fortune? —Oyó Agatha que preguntaba James.

—No, no me interesa lo más mínimo. Saqué todas las plantas del invernadero y se las regalé a un amigo de Oxford al que le encanta toda esa porquería tropical. También he apagado el sistema de calefacción. El invernadero es el lugar perfecto para poner un estudio.

—¿Así que tiene pensado quedarse? —Quiso saber Agatha.

Beth le dirigió una mirada afilada.

—¿Y por qué no?

—Suponía que ya tendría una residencia en Oxford —repuso Agatha con escasa convicción.

—Claro. Pero estamos en vacaciones, ¿o se le ha olvidado?

De repente, Beth se volvió hacia James.

—Espere un momento. ¿Ha dicho que se llama James Lacey?

—Sí.

—Me gustaría hablar un momento con usted en privado. John, acompaña a la señora Raisin a la puerta.

Agatha no podía hacer más que levantarse y marcharse. Una vez en el porche, John la miró.

—He oído hablar de usted —dijo—. Es la metomentodo del pueblo. No vuelva por aquí.

Agatha se alejó tan tiesa como un gato encolerizado.

Al llegar a su casa, Doris Simpson, la asistente, estaba allí.

—Mira, esta mañana los periódicos han publicado algo sobre el marido de la señora Fortune.

—¡Vaya!

Agatha cogió los periódicos, se sentó a la mesa de la cocina y los hojeó. El corresponsal en Estados Unidos del *Daily Mail* había entrevistado a Barry Fortune, el ex de Mary. Según sus propias palabras, se había entristecido mucho al enterarse del espantoso asesinato. Mary y él se habían separado amistosamente quince años atrás y él se había vuelto a casar. Era el propietario de una cadena de videoclubs. «Si hubiera echado un vistazo a los periódicos antes de salir esta mañana —pensó Agatha—, me habría ahorrado unas cuantas preguntas innecesarias.»

—Y aquí tienes el correo —dijo Doris mientras dejaba sobre la mesa una pequeña pila de sobres para que Agatha los revisara.

Había una carta de un despacho de abogados de Mircester, con el nombre de la firma estampado en elegantes letras negras: Carter, Bung y Desmond. Agatha abrió el sobre y arqueó las cejas en un gesto de sorpresa: el contenido hacía referencia al testamento de la difunta señora Mary Fortune. Si podía llamar a sus oficinas, la informarían de algo muy ventajoso para ella.

—Doris, ven —la llamó.

La mujer regresó a la cocina.

—Esos gatitos me dan mucha pena, Agatha —comentó—. No creo que lo pasen muy bien jugando en ese gulag que tienes ahí atrás.

—Falta poco para el día de puertas abiertas —repuso Agatha—. Después bajaré la valla. No se lo habrás contado a nadie, ¿no?

—¡Claro que no! ¿Qué querías enseñarme?

—Esto.

Agatha le alargó la carta y Doris la leyó sin prisas.

—Menuda sorpresa.

—A mí tampoco se me había pasado por la cabeza que pudiera dejarme nada.

—No es eso lo que me sorprende.

—¿Entonces?

—No hacía mucho que la conocías, y seguramente ya había hecho testamento. ¿Por qué cambiarlo para dejarte algo? Quiero decir, ¿acaso sabía que iba a morir?

—No había pensado en ello.

En ese momento sonó el timbre de la entrada.

—Debe de ser James —dijo Agatha sin apartar la mirada de la carta—. ¿Puedes abrir, Doris?

La mujer le dedicó una mirada de incredulidad. Por lo general, Agatha habría corrido escaleras arriba para maquillarse o cambiarse de ropa.

En cuanto James entró en la cocina, Agatha le tendió la carta.

—Ah, eso —dijo él mientras se sentaba a su lado—. A mí me ha llegado una igual esta mañana.

—Deberías habérmelo contado.

—Dadas las circunstancias, me resultaba violento.

—Da igual. ¿De qué quería hablarte Beth?

Él se levantó, cerró la puerta de la cocina y luego regresó a la mesa y volvió a sentarse.

—A principios de año, Mary telefoneó a Beth y le contó que iba a casarse de nuevo... conmigo.

—¡Vaya!

—Sí, eso es: vaya. Tengo la sensación de que Beth me considera el principal sospechoso. Salgamos del pueblo y vayamos a ver a los abogados. Por cierto, ¿por

qué tienes la luz de la cocina encendida y la persiana bajada? Hace un día espléndido.

—No importa —repuso Agatha apresuradamente—. Vamos.

«Aquí estoy otra vez —pensó con remordimientos—, correteando por la campiña con James, sólo que esta vez todo parece bastante... normal.» Y se felicitó a sí misma por su recién descubierto desapego.

El despacho de abogados estaba al final de una calle lateral adoquinada que nacía de la plaza principal y en la que los viejos edificios se inclinaban unos sobre otros, ocultando la luz del sol. En la recepción había una secretaria marchita detrás de una vieja máquina de escribir. Le dieron sus nombres y ella les pidió que tomaran asiento y esperaran, antes de retirarse a un despacho interior. Las motas de polvo flotaban en los rayos de sol que entraban a raudales por la ventana que había tras la mesa. Agatha y James se sentaron uno al lado del otro en un sofá de piel de caballo, una reliquia de la época victoriana, como el resto del mobiliario del anticuado despacho.

Tras esperar diez minutos, los hicieron pasar. El hecho de que el abogado que se levantó para recibirlos fuera tan joven en comparación con el entorno constituyó toda una sorpresa. Agatha había empezado a pensar que se encontraría a un anciano con quevedos y patillas.

—Jonathan Carter —se presentó—. Por favor, siéntense. Ambos son beneficiarios del testamento de la difunta señora Mary Fortune. Es muy sencillo y claro. No les robaré mucho tiempo.

El abogado cogió varias hojas de papel rígido y las fue pasando.

—Sólo les leeré la parte en que se hace referencia a ustedes. Creo que no les sorprenderá saber que, a excepción de unos pocos legados, la mayoría de sus posesiones pasan a manos de su hija.

Agatha sintió un aguijonazo de culpa. «Pobre Mary. En verdad le caía bien, y su pérdida ni siquiera me ha apenado. Después de encontrarla muerta de esa forma tan terrible, lo único que he hecho ha sido lamentarme porque James confesó haber tenido una aventura con ella.»

—Señor Lacey —dijo el abogado—, debe entender que lo que voy a leer son las palabras textuales de la señora Fortune: «Al señor James Lacey, de Lilac Lane 8, Carsely, Gloucestershire, le dejo la suma de cinco mil libras en pago por sus servicios, aunque en realidad dichos servicios no valían gran cosa».

—Gracias —dijo James con voz ahogada.

—«A la señora Agatha Raisin, de Lilac Lane 10, Carsely, Gloucestershire, le dejo la suma de cinco mil libras para que pueda pasar unos días en un buen balneario y reducir su corpulencia de mediana edad.»

—Bruja... —se limitó a decir Agatha.

—Ambos recibirán el dinero a su debido tiempo —declaró el abogado.

—Yo no lo quiero.

El tono de James era severo.

—Tómese su tiempo —dijo el abogado—. He de admitir que se trata de un legado

bastante malintencionado, pero no debería rechazarlo sin más. A todos nos viene bien el dinero.

—¿Piensas aceptar el tuyo? —le preguntó James a Agatha mientras caminaban hacia la plaza.

—Pues sí. Ella está muerta, ¿no? Y el dinero es dinero. ¿Sabes una cosa, James? Si realmente tenía tan mala leche como parece, no me sorprende que alguien se la cargara.

—El mundo está lleno de malas personas —repuso James, alargando sus zancadas de modo que Agatha tuvo que apresurarse para mantener su ritmo—. Pero nadie va por ahí asesinándolas.

—Acerquémonos a ver a Bill Wong —jadeó Agatha—. Y frena un poco.

James se detuvo de manera tan repentina que Agatha casi chocó con él.

—¿Por qué a Bill Wong? Ha dicho que no te metas en este asunto.

—Pero si le contamos lo del testamento de Mary, a lo mejor le sonsacamos algo de información.

—No quiero hablarle del testamento.

—¿No te das cuenta de que la policía ya debe de conocer su contenido? Yo le contaré mi parte. Tú no tienes que acompañarme si no quieres.

Él se quedó un momento con las manos metidas en los bolsillos, balanceándose sobre los talones y mirándose los pies.

—De acuerdo —accedió con brusquedad.

Se dirigieron a la jefatura de policía y preguntaron por Bill Wong en recepción. Al cabo de una corta espera bajó por las escaleras con una sonrisa de bienvenida en el rostro.

—Justo a la hora del almuerzo —dijo en tono alegre.

—Si tienes tiempo, yo invito —se ofreció Agatha—. Hemos venido a contarte algo.

—Espero que no te hayas dedicado a enredar las cosas haciendo de detective aficionada —comentó Bill.

—No, no. ¿Quieres oír nuestras novedades o no?

—Lo que quiero es comer —repuso Bill con una sonrisa.

—Iremos al restaurante al que me llevó James el otro día —decidió Agatha rápidamente.

Una vez sentada a la mesa, pidió un solomillo con patatas salteadas, tomates a la brasa y guisantes.

—¿Qué ha pasado con tu régimen? —preguntó James.

—Que le den al régimen —replicó Agatha.

Para sus adentros, pensó que no tenía ninguna necesidad de seguir sufriendo. Ya no había nadie con quien competir ni sentía ningún interés romántico por James

Lacey. Por supuesto, había leído incontables artículos en las revistas femeninas que afirmaban que una mujer debía adelgazar por una misma, para sentirse bien. Pero, para Agatha, las cosas nunca habían funcionado de ese modo y dudaba que lo hicieran nunca.

—Y bien, ¿qué queráis contarme? —preguntó Bill una vez les hubieron servido.

—Soy beneficiaria del testamento de Mary —le explicó Agatha.

—Ya lo sé —repuso Bill—. Igual que el señor Lacey, aquí presente.

—James —lo corrigió él—. Un legado bastante grosero, de hecho.

—Si lo piensas bien, Mary debía de odiarnos —observó Agatha—. Y ¿por qué redactar un nuevo testamento? Debía de imaginarse que viviría mucho tiempo.

—No necesariamente —dijo Bill.

—¿Por qué?

—No quiero que te involucres.

Agatha alargó el brazo.

—Si no te explicas ahora mismo, Bill Wong, voy a quitarte ese plato de pastel de carne y riñones.

—Eh, eh, aparta. Estoy hambriento. Bah, supongo que la prensa acabará por revelarlo. Cuando su marido le pidió el divorcio, Mary intentó suicidarse.

—Chantaje emocional —dijo James—. Lo más probable es que no quisiera matarse de verdad.

—Lo habría conseguido. Se tomó un frasco entero de barbitúricos y se bebió una botella de vodka, pero, milagrosamente, un vecino que veía su casa desde la ventana se había pasado el día espiándola a través de unos prismáticos, aunque después aseguró a la policía que lo que hacía era observar pájaros. El caso es que vio a Mary tomándose las pastillas y bebiendo vodka y tomando más pastillas hasta que se desplomó sobre la mesa, y entonces él llamó a una ambulancia y a la policía. La trasladaron rápidamente al hospital y le hicieron un lavado de estómago. Con posterioridad la trataron varias veces por depresión, la última cuando vivía en Nueva York. Después del divorcio se mudó a un piso en Washington Square, en el Village.

—Mi asistenta, Doris Simpson, era prácticamente la única persona a la que Mary no le caía bien, mientras que el resto parecían encantados —observó Agatha—. Recuerdo que me dijo algo así como: «No veo ninguna calidez en ella. Es como si estuviera actuando». ¿Tú también lo crees? ¿Por qué vino a los Cotswolds?

—Era inglesa —señaló Bill.

—¿De dónde?

—Nació en Newcastle. Sus padres murieron. Muchos forasteros se mudan a los Cotswolds. Como vosotros, sin ir más lejos.

—Pero ¿no lo ves? —insistió Agatha—. Se comportaba como la vecina perfecta: horneaba pasteles, cuidaba de su jardín... Si siguiera viva, es posible que se hubiera cansado de actuar, se hubiera mudado a otra parte y hubiera adoptado otro papel.

—Eso son sólo meras especulaciones —repuso Bill, meneando la cabeza—. Lo

que necesito son hechos. Aunque, ya que estáis aquí, tal vez me sirva de algo. Empecemos por los vecinos cuyos jardines arruinaron. La señora Bloxby. ¿Quién podría guardarle rencor precisamente a la señora Bloxby?

«Mary», pensó Agatha de repente, pero no podía revelar sus sospechas sin traicionar la confianza de la esposa del vicario.

Sin embargo, en ese momento la asaltó otra idea.

—James —dijo—, ¿te acuerdas del día en que se suponía que ibas a llevarme a cenar a Evesham?

—Muy bien, de hecho. Fue el día en que sufrí una intoxicación alimentaria.

—¡Y el día en que también fuiste a ver a Mary!

—¿Adónde quieres llegar, Agatha? No cené con ella.

—Pero seguro que comiste algo.

—Vamos a ver; si mal no recuerdo, tomé café y tarta casera.

A Agatha se le iluminaron los ojos.

—Y después te encontraste tan mal que no pudiste llevarme a cenar. Yo le había contado que íbamos a cenar juntos.

—Espera un momento —la interrumpió Bill—. No sigas. ¿Estás insinuando que Mary echó algo en la tarta para que James enfermara y no pudiera salir contigo?

Agatha asintió.

—Es ridículo —intervino James.

—¿Ella también comió tarta?

—No —contestó James lentamente—. Dijo que estaba a dieta.

En realidad, lo que había dicho era que no tenía ninguna intención de dejar de cuidar la línea y convertirse en un espantajo como Agatha Raisin.

La mirada de Bill se había vuelto sagaz.

—Creo que también estás insinuando la posibilidad de que fuera Mary Fortune quien destrozó los jardines. ¿Acaso sabes algo sobre la señora Bloxby que no nos estás contando, Agatha?

—No —murmuró ésta.

Bill la miró un buen rato y luego añadió:

—De acuerdo. Ahora tú, James. La idea era que la persona que arruinó los jardines pretendía librarse de sus competidores. Probemos entonces con la teoría de Agatha. ¿Hiciste algo que pudiera molestar a Mary antes de que alguien pegara fuego a tu jardín?

—De hecho, ocurrió poco después de que cortara la relación con ella.

—Bueno, sigamos con el resto. ¿El señor y la señora Boggle?

—Olvídate de ellos —contestó Agatha—. Incordian a todo el mundo.

—Muy bien. Es el turno de la señorita Simms, la secretaria de la Carsely Ladies' Society.

—Tendremos que preguntárselo —observó Agatha—. No es la clase de persona que irritaría a alguien.

—¿Y la señora Mason?

—Lo mismo —contestó Agatha con pesadumbre—. Tendremos que preguntarle.

—¿El señor Spott, el de los peces envenenados? Quiero decir que, si por una disparatada casualidad lo que pretendía Mary era vengarse con saña, no se habría limitado a las plantas.

—Bernard Spott adoraba a Mary —repuso James—. Nunca habría dicho nada que pudiera molestarla.

—No estamos llegando a ninguna parte —suspiró Bill—. Creo que tu argumento no se sostiene, Agatha. Digamos que uno de esos enfurecidos jardineros decidió vengarse de Mary, ¿a quién consideráis capaz de hacerlo? ¿La señora Bloxby, la señorita Simms, James, aquí presente, la señora Mason, los Boggle o el anciano señor Spott?

—Tiene que ser alguien de su familia o de su pasado —decidió Agatha—. ¿El marido no ha viajado fuera de Estados Unidos?

—No.

—Pero tuvo que ser alguien a quien ella conociera —intervino James de repente.

—¿Por qué?

—La entrada no estaba forzada. Quienquiera que fuera, ella le abrió la puerta. Alguien la envenenó; le echó herbicida en la bebida. ¿Qué tomó? —preguntó mirando a Bill.

—Es difícil de decir, pero, según el análisis del contenido de su estómago, creo que fue coñac. La cantidad de herbicida era considerable.

—Y ¿habéis comprobado todos los proveedores de herbicida?

Bill soltó un gemido.

—¿Sabes en cuántos sitios de los Cotswolds se vende herbicida? Incontables. Pero sí, los estamos comprobando uno a uno.

Agatha le había pedido una carta a la camarera y la estaba estudiando.

—No me lo digas, Agatha, ¿vas a pedir pudin? —preguntó Bill.

—Un pudin bien pringoso —confirmó Agatha—. ¿Alguien más quiere?

Los tres pidieron el bizcocho bañado en tofe y caramelo. ¿Cómo era posible, pensó Agatha con tristeza tras comerse hasta la última miga del pudin, que esa clase de postres, que en el pasado podía engullir sin consecuencias, ahora hicieran que la cinturilla de la falda le apretara de inmediato como si fuera un corsé?

—Creo que la hija es la opción más plausible —señaló mientras tomaban el café—. Seguro que es así de sencillo. Es la heredera, así que tuvieron que hacerlo ella misma o su novio.

—¿A su propia madre? —protestó James.

—Quizá pretendía que pareciera obra de un maníaco —repuso Agatha.

—Dejadme decir una cosa —intervino Bill—, si fue un maníaco, podría ser cualquier tipo que llamó a su puerta.

—¿Y ella lo dejó pasar y le ofreció un coñac? No me parece muy probable —

observó Agatha con firmeza.

Bill dejó escapar un suspiro.

—Gracias por el almuerzo, pero tengo que volver. Es posible que el responsable sea alguien de su pasado y que nunca lo descubramos.

—Dan ganas de olvidarse de todo el asunto —comentó James después de que Bill se marchara.

—Creo que la gente no tardará en comenzar a hablar —repuso Agatha—. Podríamos empezar yendo a visitar a la señora Mason. Es una mujer muy sensata. Lo único que nos queda es seguir haciendo preguntas hasta que demos con una pista.

SIETE



En un principio, sentados en el saloncito de la señora Mason tomando té y bollos, tuvieron la impresión de que esa tarde no iban a llegar muy lejos. La señora Mason no dejaba de hablar a media voz de la «pobre Mary». Tanto Agatha como James se devanaron los sesos tratando de encontrar la forma de averiguar lo que la presidenta de la Carsely Ladies' Society pensaba en realidad de la querida difunta.

Fue James, espoleado a defenderse después de que la señora Mason murmurara: «Usted más que nadie debe de estar desconsolado, señora Lacey», quien encontró un resquicio.

—Lamento decirle, señora Mason —empezó al tiempo que se apoyaba en el respaldo de uno de los sillones de pana y estiraba las piernas—, que, aunque estoy sorprendido y apenado por el asesinato, no estoy desconsolado. Lo cierto es que no conocía demasiado bien a Mary.

La señora Mason se extrañó.

—Pero yo creía...

—Tuve una aventura con Mary Fortune. Al parecer, todos los vecinos del pueblo lo sabían. Terminó hace unos meses. Pero, a pesar de eso, le repito que no la conocía bien; de hecho, estoy empezando a creer que tenía la habilidad de sacar de quicio a la gente.

—Yo diría —intervino Agatha con rapidez, recordando lo que le había contado la señora Bloxby— que conseguía que la gente se avergonzara de sí misma, y así nadie le confesaba a los demás lo que ella decía o hacía.

James le dirigió una mirada afilada.

—Bueno, claro, dicho así...

La señora Mason se ajustó las gafas, miró a Agatha y añadió:

—Yo creía que estaba dándole demasiada importancia.

—¿Demasiada importancia a qué?

—Me dijo, con mucha amabilidad, eso sí, que no entendía por qué no se hacían votaciones para elegir los cargos de la Carsely Ladies' Society. «¿Qué quiere decir con eso, señora Fortune?», le pregunté yo. Ella sonrió y respondió que, según tenía entendido, yo llevaba varios años siendo la presidenta y la señorita Simms, la secretaria. Le señalé que nadie se había quejado. «Oh, no se lo dirían a usted, querida», contestó ella. «Pero ha habido ciertas murmuraciones.» Sí, eso es lo que dijo, murmuraciones. «¿Acerca de qué?», pregunté yo en un tono más cortante. Y me dice, dulce como un corderito: «Bueno, a algunas damas les gustaría ver savia nueva al mando». Entonces empecé a enfadarme. «¿Como usted?», le pregunté irritada. Y ella replicó: «¿Por qué no? ¿Acaso tendría alguna objeción?». «Yo no», le respondí, «pero es el grupo el que tiene que decidirlo.»

La señora Mason hizo una pausa para recuperar el aliento. Una ola de rubor le

subió por el cuello.

—No habría pasado nada si lo hubiera dejado ahí. Pero continuó diciendo que la Little Raddington Ladies' Society estaba dirigida por una mujer muy *presentable* que era bastante *joven*.

Trataba de imitar sin mucho éxito la forma en que Mary arrastraba las palabras.

—Me compré un conjunto de jersey y rebeca azul celeste y me lo puse con mis perlas para asistir a una de las últimas reuniones. ¿Se acuerda, señora Raisin? Me dijo que le gustaba mucho. Pues bien, la señora Fortune me miró, esbozó una sonrisita y de repente deseé no haberme gastado el dinero. Tenía una curiosa forma de sonreír, como si dijera: «No importa lo que haga, nunca parecerá una dama».

»Hablé con la señora Bloxby, quien me contó que nadie se había quejado de que yo fuera la presidenta. Más bien al contrario: había oído muchos elogios. Me aconsejó que no pensara más en ello, pero yo le dije que creía que la señora Fortune sería mejor presidenta. “No, en absoluto”, fue la respuesta de la señora Bloxby. Yo estaba tan molesta con la señora Fortune que, cuando me la encontré en la tienda del pueblo, le dije: “Le he preguntado a la señora Bloxby si alguien había puesto objeciones a que yo fuera la presidenta y me ha dicho que al contrario, ¿qué le parece?”. Y ella me mira sin inmutarse y luego murmura: “La señora Bloxby es una mujer muy *amable*”. Y claro, eso hizo que volviera a sentirme mal.

—Y ¿cuánto tiempo pasó hasta que atacaron su jardín? —preguntó Agatha con avidez.

—Espere un momento. Tendré que consultar mi diario.

La señora Mason se acercó a un aparador chapado en madera y sacó un pequeño cuaderno de cuero del fondo de un cajón para cuchillos.

—Déjeme ver. —Fue pasando las hojas—. Ah, aquí fue cuando me la encontré en el mostrador de correos de la tienda del pueblo.

Pasó más páginas.

—Ocurrió tres días después, eso es.

Agatha le dirigió una mirada triunfal a James.

—Pero ¿qué tiene que ver todo esto con el asunto de los jardines? —Quiso saber la señora Mason.

—Estamos investigando todas las pistas —contestó Agatha de forma críptica.

—Vaya, ¿ha vuelto a jugar a los detectives?

—No estoy jugando —replicó Agatha con brusquedad—. Voy muy en serio.

—Ya verá como finalmente descubre que fue uno de esos gamberros de Birmingham —dijo la señora Mason—. Nadie de este pueblo asesinaría a alguien sólo por unos cuantos comentarios desagradables. ¿Otro bollito?

—¿Y ahora los Boggle? —sugirió Agatha sin mucho entusiasmo—. Al fin y al cabo, alguien embadurnó sus rosas con pintura negra.

—¿Es necesario? —preguntó James—. Creo que en este caso serían los Boggle quienes pondrían verde a Mary y no al revés.

—Yo tampoco los soporto —convino Agatha—, pero sería interesante averiguar si atacaron sus rosas poco después de tener algún tipo de enfrentamiento con Mary.

—Creo que vas mal encaminada, Agatha. Los ataques a los jardines se sucedieron con muy pocos días de diferencia. Si hubieran sido más espaciados, habría habido más posibilidades de atrapar al responsable, pero todo ocurrió muy rápido.

—De todos modos, vayamos a ver a los Boggle. No me dejes sola, James. Necesito tu apoyo para hablar con ellos, ya los conoces.

El señor y la señora Boggle vivían en el barrio de viviendas de protección oficial a las afueras del pueblo. Habían bautizado su casa con el nombre de «Culloden» no porque ninguno de los dos sintiera un interés especial por la famosa batalla escocesa, sino porque el rótulo les había llamado la atención en el vivero local donde los vendían.

En los pueblos, la gente suele sentir cierta debilidad por las personas mayores, y el señor y la señora Boggle se aprovechaban a manos llenas de esa indulgencia. No recurrían precisamente a los chantajes sutiles: pedían que los llevaran a pasar el día fuera o que los acercaran a la ciudad como si les correspondiera por derecho.

—Y ahora recuerda —advirtió Agatha a James—: si quieren salir de excursión, di que tanto tu coche como el mío están averiados. Miente descaradamente o nos obligarán a llevarlos a Bath, a Bristol o a cualquier otra parte. Yo los llevé una vez a Bath y fue un día de pesadilla.

—Creo que esto es una pérdida de tiempo —repuso James, nervioso.

—A mí tampoco me caen bien —dijo Agatha—, pero no se muerden la lengua, así que pueden resultar más útiles que alguien más educado.

James llamó al timbre, que resonó con una vigorosa versión de «Post Horn Gallup». Desde el interior llegaron extraños ruidos de pasos que se arrastraban, como los de dos animales ancianos que se desplazaran por su madriguera.

Al cabo de lo que pareció una eternidad, se oyó el ruido de pestillos y cerraduras que se descorrían. La señora Boggle entreabrió la puerta sin sacar la cadena y los miró.

—Ah, son ustedes —dijo—. ¿Qué quieren?

—Queremos hablar con ustedes sobre Mary Fortune —explicó Agatha.

Los ojos de anciana de la señora Boggle brillaron con malicia.

—¿Por qué no le pregunta a él? —replicó mirando a James—. Seguro que la conocía mejor que nadie.

—¿Podemos pasar? —preguntó Agatha con paciencia.

—Estamos viendo la telenovela. Tendrán que esperar a que acabe.

La cadena cayó, la puerta se abrió y James y Agatha siguieron su figura rechoncha hasta una salita que olía a cerrado, donde un televisor atronaba desde una esquina. La señora Boggle se había envuelto en varias capas de ropa rematadas por

una chaqueta de lana y un delantal estampado. Su marido, vestido con una camisa vieja, un jersey, una chaqueta y un par de pantalones gruesos, no perdía detalle del argumento de una telenovela australiana. La habitación olía intensamente a Boggle viejo, un olor extraño, no a falta de higiene sino a decadencia.

Agatha y James aguardaron pacientemente hasta que el serial llegó a su almibarado final. Se trataba de uno de esos irritantes episodios en el que un personaje muy querido ha muerto, y los espectadores son premiados con un desfile interminable de primeros planos de rostros australianos empapados en lágrimas. ¿Por qué todas las mujeres eran tan menudas?, se preguntó Agatha. ¿Dónde estaban las diosas de Bondi Beach que aparecían en las películas? Tal vez en Australia sólo las mujeres bajitas se dedicaran a la interpretación.

Cuando por fin terminó, la señora Boggle apagó a regañadientes el televisor.

—¿Y bien? —preguntó.

—¿Qué pensaba usted de la señora Fortune? —Soltó Agatha a bocajarro.

—¡Golfa!

Agatha ahogó un suspiro.

—Quiero decir, ¿les molestó de alguna forma?

—¡Bruja! —murmuró el señor Boggle.

—A lo mejor pueden contarnos qué sucedió.

El tono de James era paciente.

—Le dijo a la señora Bloxby que quería prestar su ayuda a la comunidad... y será mejor que no esperen un café o un té. Tengo cosas mejores en que invertir mis ahorros.

Agatha ignoró ese último comentario.

—Continúe —le pidió—. ¿Mary le preguntó a la señora Bloxby de qué forma podía contribuir a la comunidad?

—Sí, y ella le dijo que nos llevara a pasar el día fuera. Esa libertina pintarrajeada se presentó en nuestra casa con cara de corderito, si quiere saber mi opinión. Le dije que queríamos ir a Bristol a mirar los barcos. ¿A que sí, Boggle?

—Bah —respondió él de mal humor.

—Ella dijo: «Oh, venga, está muy lejos. ¿Y si vamos a Evesham?». Y yo le contesté, ¿a que sí, Boggle?, que era su deber ayudar a los viejos. Que no todos teníamos dinero para andar por ahí con nuestros cochazos. Sí, y también le dije que su relación con el señor Lacey era una vergüenza. En mi época nos casábamos, eso fue lo que le dije. Nunca he tenido pelos en la lengua, ¿a que no, Boggle?

—No —dijo el señor Boggle, contemplando la pantalla en negro del televisor.

—Y ¿qué contestó Mary? —Quiso saber Agatha.

—Esa tal señora Fortune tuvo la desfachatez de decir que estaríamos mejor en el geriátrico que chupándole la sangre a la gente. ¿Se lo imagina? ¿Alguna vez ha oído algo semejante? Le dije que se largara, ella y sus modales de ramera.

—¿Se le ocurre quién pudo estropear sus flores?

—No lo he dudado ni un momento —respondió la señora Boggle—. Fue ella, Mary Fortune. Por inquina. Sabía que ganaríamos el primer premio.

—Pero el caso es que no ganaron ningún premio... —observó Agatha.

—Porque no nos quedaba nada que estuviera a la altura de esas rosas —replicó el señor Boggle con repentina violencia.

El hombre se inclinó hacia delante, encendió la chimenea eléctrica y una llamarada de calor abrasó la habitación, ya caliente. En el exterior, el sol brillaba implacable en un cielo sin nubes. Debían de estar a veinticinco grados. El ambiente de la sala era sofocante. Las ventanas estaban cubiertas con una gruesa mosquitera blanca, y unas cortinas que parecían de fieltro rojo bloqueaban la poca luz que conseguía atravesarlas. El mismo aire opresivo parecía estar cargado de años de ponzoña marital compartida.

—Los impíos deben ser derribados como los cedros del Líbano —recitó la señora Boggle, erróneamente pero con saña.

—¿Quiere decir que se alegra de que la señora Fortune haya muerto? —preguntó Agatha.

—Claro. Se veía venir. Atreverse a despreciar a unos pobres ancianos como nosotros... Y nunca hicimos ese viaje a Bristol.

—¡Santo cielo! ¡Qué tarde es! —Agatha se puso en pie—. James, deberíamos marcharnos. Gracias por su tiempo, señora Boggle.

Al ver que su presa escapaba, la señora Boggle también se levantó, pero para entonces Agatha y James ya se habían esfumado.

—¡Uf! —exclamó Agatha—. ¿No sería gracioso descubrir que fueron los Boggle? En el fondo de mi mente, temo que el asesino resulte ser una buena persona a quien Mary hizo enloquecer transitoriamente. Pero, aun así, ¿quién podría sentir lástima de los Boggle?

—¡Señora Raisin! —Se oyó la voz de la señora Boggle desde Culloden—. Vuelva. Boggle se ha desmayado.

James se detuvo en mitad del camino de entrada, pero Agatha lo agarró del brazo y tiró de él.

—¡Vamos a buscar al médico! —gritó, y salió a la calle seguida de James.

—¿Vamos a ir a buscar al médico? —preguntó James cuando alcanzó a Agatha.

—Sería una pérdida de tiempo. Sólo quería que volviéramos para intimidarnos y conseguir que los lleváramos a Bristol. Pero llamaré al médico cuando llegue a casa, sólo para cubrirme las espaldas. Sí, ya sé que tienen teléfono, pero bastaría con que uno de ellos muriera para que nos odieran. Ven y tómate un café mientras llamo, y luego lo intentaremos con la señorita Simms.

Aunque James aceptó la invitación, Agatha, disfrutando de su recién adquirida libertad, cayó en la cuenta de que, si la hubiera rechazado, tampoco le habría importado.

Llamó a la doctora Sturret, que era nueva en el pueblo, y la informó del

«desvanecimiento» del señor Boggle. Luego preparó café para James y para ella.

—Empiezo a preguntarme seriamente si hay alguien en el pueblo a quien Mary no haya sacado de quicio —comentó.

—Todo esto hace que me sienta un poco estúpido.

James la miró, inquieto.

—Sin duda tú no tienes que nada que reprocharte —repuso Agatha—. Piensa en Mary como en un ligue fácil.

—No tengo la costumbre de pensar en las mujeres como ligues fáciles —replicó James, airado—. ¿Podemos dejar el tema? Estoy más que harto del asunto.

—De acuerdo —aceptó Agatha a regañadientes.

La huella de su antigua obsesión por James aún era lo bastante profunda como para hacerla disfrutar poniendo verde a Mary Fortune.

—Cuando te acabes el café, iremos a casa de la señorita Simms.

—¿Por qué no vamos primero a ver a la señora Bloxby?

—¿Y eso?

—Es la esposa del vicario, y eso significa que debe de enterarse de un montón de chismes. Las mujeres del pueblo hablarán más abiertamente con ella que con cualquiera.

—Tal vez después de la señorita Simms, si nos queda tiempo —alegó Agatha.

—¿Sabes, Agatha? Tengo la impresión de que la señora Bloxby te ha contado algo y no quieres decírmelo.

—Me contó algo en confianza, James. No guarda ninguna relación con el asesinato, y no puedo explicártelo.

—Me parece bien. A por la señorita Simms, entonces. ¿No está trabajando?

—Ya no. Ahora se queda en casa y cuida de los niños. El nuevo hombre de su vida es muy generoso.

—Resulta sorprendente —observó James— que las mujeres del pueblo no sólo acepten a una madre soltera en su comunidad, sino que además la nombren secretaria de la Carsely Ladies' Society.

—Creo que se debe a que en los pueblos siempre se ha aceptado que haya una o dos madres solteras, antes de que se pusiera de moda —repuso Agatha—. Vamos.

La señorita Simms abrió la puerta. Llevaba los mismos tacones altos de siempre, ya fuera verano o invierno.

—Qué sorpresa más agradable —dijo al verlos—. Pasen al salón y pónganse cómodos. ¿Una ginebra? ¿Con tónica y mucho hielo?

—Estupendo —dijo Agatha.

Después de visitar a los Boggle, daba gusto estar en casa de la señorita Simms.

La señorita Simms era una mujer de unos treinta años, con aspecto pálido y anémico. Tenía un rostro alargado y pálido, y una larga melena de color castaño claro. Llevaba una falda de punto corta y ceñida, y una blusa barata con volantes que transparentaba un sujetador negro. La señora Bloxby le había contado a Agatha que

era una secretaria competente y trabajadora, y que hacía mucho trabajo voluntario en la comunidad. A Agatha le parecía una chica muy agradable. Había visto de pasada a su último galán, un hombre fornido, corpulento y rubicundo que iba a recogerla en su coche a última hora de la tarde.

—¿Están investigando el asesinato? —preguntó la señorita Simms después de servirles las bebidas.

Al sentarse se le había subido la falda, dejando al descubierto la puntilla de un *culotte* de lencería.

—Sólo estamos haciendo algunas preguntas —contestó Agatha dándose importancia.

—Bueno, ¿y qué quieren preguntarme?

—Hemos pensado que, si podíamos averiguar más cosas sobre Mary, también podríamos averiguar por qué la mataron y, a partir de ahí, descubrir quién lo hizo.

—Ya sé cómo funcionan esas cosas —dijo la señorita Simms—. Lo vi en un episodio de *Inspector Morse*, o en alguna otra de esas series de detectives. Bueno, veamos. Mary... no me caía bien, claro está. Lo siento, señor Lacey.

—No importa —la tranquilizó él en tono lúgubre—. Empiezo a pensar que no la conocía en absoluto, aunque nadie parece creerme.

—Yo sí —dijo la señorita Simms—. Una vez salí con un hombre de Pershore. Tuvimos varias citas y lo pasamos bien, y entonces la policía vino a verme y me dijo que se había fugado con el dinero de la empresa. Trabajaba para la papelería Padgett. Me quedé muy sorprendida, pero ¿qué podía contarles de él? Sólo que tenía una risa estridente y que se metía en la cama con calcetines, pero la policía dijo que eso no les servía de nada.

—¿Y qué hay de Mary? —insistió Agatha—. En fin, yo creía que a usted le caía bien todo el mundo.

—Por lo general, sí. Pero ella llegó a hartarme. Quería presidir la *Carsely Ladies' Society*. Yo le dije categóricamente que estábamos todas muy contentas con la señora Mason, pero que si tenía alguna duda al respecto, podía pedir que se hiciera una votación. Dijo unas cuantas cosas desagradables sobre la señora Mason y yo le dejé bien claro qué pensaba de ella. Nadie critica a una de mis amigas en mi presencia.

La señorita Simms hizo una pausa y dio un sorbito a su bebida.

—Y entonces la tomó conmigo.

—¿Qué le dijo?

La señorita Simms se ruborizó.

—Prefiero no tener que recordarlo.

—Eso quiere decir que le hizo daño.

Agatha le dedicó una mirada comprensiva y añadió:

—No es la única.

La señorita Simms la miró, sorprendida.

—Ah, ¿no? ¡Pero si todo el mundo pensaba que era un ángel!

—Porque nadie quería hablar de lo que Mary les había dicho —explicó Agatha—. Tranquila, puede contárnoslo.

—Supongo que sí. Dijo que habría que pegar un tiro a las madres solteras como yo que viven a expensas del Estado. Que si conseguía la presidencia de la Carsely Ladies' Society, lo primero que haría sería encontrar una secretaria más respetable. Yo le respondí que no recibía ni un penique del Estado. «No le hace falta», me contestó. «Se arrima a los hombres y consigue que se lo paguen todo, y eso es lo mismo que ser una prostituta.» Yo le dije que no todos tenemos dinero y que el hecho de que ella lo hiciera gratis... Lo siento, señor Lacey. En fin, le pedí que se marchara y eso fue todo. ¿Saben? La siguiente vez que la vi, se comportó con tanta amabilidad que empecé a pensar que aquello no habían sido más que imaginaciones mías.

—Es espantoso —dijo James—. No sabía que fuera tan mala persona.

—Así somos las mujeres —explicó la señorita Simms alegremente—. Siempre mostramos nuestra mejor cara a los hombres. ¿Alguna idea de quién cavó ese hoyo en mi jardín?

—No —contestó Agatha—. Y cuanto más pienso en esos ataques a los jardines, más me desconciertan. Hizo falta mucha decisión, combinada además con una gran dosis de malicia. Lo cavaron en su jardín delantero, ¿verdad? Cualquiera que pasara por delante habría visto lo que estaba pasando.

—Fred Griggs preguntó a todos los vecinos de ambos lados de la calle, y nadie vio nada —explicó la señorita Simms—. Aunque, cuando vuelvo a casa con mi amigo a primera hora de la mañana, no suele haber ni un alma por la calle.

—¿Y sus hijos?

La señorita Simms tenía un niño de cuatro años y una niña de dos.

—La señora Johns, la vecina de al lado, se queda con ellos —aclaró la señorita Simms.

—¿Y ella tampoco vio nada?

—Nada. Mi amigo nació en el norte, y dice que aquí abajo el aire está tan cargado que todo el mundo duerme como un tronco.

Agatha tuvo que aceptar la veracidad de aquella afirmación. Cada vez que regresaba a Carsely después de pasar un tiempo fuera, le costaba mantenerse despierta.

—No acudió usted a la última reunión de la Carsely Ladies' Society —observó la señorita Simms.

—Estaba ocupada —murmuró Agatha.

La verdad era que sabía que la señora Bloxby iba a pedir una voluntaria para que llevara a los Boggle a pasar el día fuera, así que no había asistido a la reunión por temor a que, de algún modo y con su mera presencia, la mujer del vicario la obligara a ofrecerse a sacar de excursión a la horrible pareja.

—Esta noche hay otra reunión —comentó la señorita Simms.

—Allí estaré.

Agatha se puso en pie.

—Creo que será mejor que nos marchemos. ¿Tienes algo que preguntar, James?

Él negó con la cabeza.

—Creo que ya he oído suficiente.

Una vez fuera, James le dijo:

—Entonces ¿no vas a ir al Red Lion esta noche?

—Me reuniré contigo cuando termine. ¿Qué te parece si redondeamos el día con una visita al señor Spott?

—De acuerdo. Pero ése no tendrá más que buenas palabras para Mary.

El *cottage* del señor Spott, como el de Agatha, tenía un tejado de paja. Los marcos de las ventanas, la puerta principal y la valla estaban pintados de un azul intenso y alegre que confería a la casa un aspecto inapropiadamente chillón, como un dibujo infantil pintado con tizas. Junto a la calle había un pequeño jardín.

—El estanque debe de estar en la parte de atrás —dedujo Agatha mientras James llamaba al timbre.

Bernard Spott acudió enseguida. Iba en mangas de camisa y llevaba unos pantalones de jardinero, pero el emparrado de su cabeza estaba tan meticulosamente engominado como siempre.

—Pasen, pasen —los invitó.

Lo siguieron hasta una agradable salita, con un techo de vigas bajo y algunos muebles antiguos.

—Estamos tratando de averiguar qué le pasó a Mary Fortune, aunque sólo seamos unos aficionados —explicó James con cordialidad—. Por extraño que resulte, Agatha y yo tenemos la sensación de que nunca llegamos a conocerla del todo y nos preguntábamos si podría echarnos una mano.

—Fue un asesinato impactante —dijo Bernard—. Muy impactante. Toda esa belleza y esa vida desgarradas de un modo tan cruel.

El anciano señor Spott cogió un pañuelo y se sonó su larga nariz con un sonido de trompeta.

—Me cuesta incluso pensar en ello.

—¿Qué opinión le merecía Mary? —Quiso saber Agatha—. Siendo presidente de la sociedad de horticultura, debía de conocerla bastante bien.

—Sí, éramos buenos amigos —confirmó Bernard—. Era una jardinera soberbia, y de vez en cuando me traía uno de sus deliciosos pasteles.

—Hemos descubierto —dijo Agatha— que, al contrario de lo que pensábamos, no era tan popular.

—Me dejan pasmado.

—Por lo visto, tenía un don para sacar de quicio a la gente. ¿A usted también le pasó?

—No —respondió desconcertado—. Conmigo siempre se mostró muy amable.

—Hablando de otra cosa —dijo James—, ¿tiene alguna idea de quién envenenó

sus carpas doradas?

—No, y nuestras fuerzas policiales son unas incompetentes, cuanto menos. Envié una queja por escrito sobre Fred Griggs al jefe de policía.

—No me parece justo —protestó James—. Fred es un buen hombre.

—¡Bah! ¿Cuándo ha tenido que enfrentarse a un crimen de verdad? Al fin y al cabo, fue la unidad de investigación criminal la que resolvió aquellos asesinatos que se cometieron en el pueblo.

—Fue más bien Agatha quien lo hizo —lo corrigió James—. Además, la unidad ha investigado el sabotaje de los jardines y tampoco han sacado nada en claro, así que no es justo echarle la culpa a Fred.

—Pero él conoce a la gente del pueblo. Debería haber averiguado algo —insistió Bernard con terquedad.

—Entonces —dijo Agatha, impotente— ¿no tiene ni idea de quién pudo envenenar sus peces o asesinar a Mary?

—No, y si quieren mi consejo, será mejor que dejen trabajar a la policía.

—Pero ¡si acaba de decir que son unos incompetentes!

Bernard se puso en pie para dejarles muy claro que quería que se marcharan.

—No me importa que la policía me interrogue —declaró—. Lo acepto como uno de los desagradables deberes de ser ciudadano británico. Pero, viniendo de ustedes, lo considero sólo vulgar curiosidad.

Por alguna razón, no parecía haber una respuesta adecuada a eso.

—Intentaré averiguar lo que pueda —dijo Agatha a James mientras se alejaban del *cottage*—, y luego me reuniré contigo en el Red Lion.

Al entrar en Lilac Lane, Agatha exclamó:

—¡Beth está esperando en tu puerta!

Se apresuraron hacia la chica, que sostenía dos libros en la mano.

—Me he acordado de que mi madre me comentó algo acerca de su afición a las guerras napoleónicas, señor Lacey. Me preguntaba si le interesarían estos libros.

—Qué amable.

James echó un vistazo a los títulos.

—¡Diarios! ¿De dónde los ha sacado?

—Los tomé prestados en la universidad. Estudio Historia.

Beth sonrió, y el gesto confirió a su rostro un cierto encanto.

—Pase —la invitó James—. Tomaremos un café.

—Me encantaría —aceptó Beth—. Pero también me gustaría hablar en privado con usted —añadió mirando a Agatha.

—Nos vemos luego, James —se despidió ésta, y se encaminó lentamente hacia su casa corroída por la curiosidad.

Agatha había terminado de dar de comer a sus gatos cuando sonó el timbre.

Esperaba encontrarse con James, dispuesto a informarla sobre la visita de Beth; sin embargo, quien aguardaba en su puerta era Bill Wong.

—Oh —dijo Agatha, con un ligero y agonizante aire de decepción.

Entonces se recordó a sí misma que acababa de liberarse de su vínculo sentimental con James e invitó a Bill a pasar.

—He venido a preguntarte por la señora Bloxby —explicó él.

—¿No puedes preguntar a la señora Bloxby por la señora Bloxby?

—No te pongas a la defensiva, Agatha. Estoy seguro de que te ha contado algo.

Agatha lo miró largamente mientras recordaba algo que le había explicado la señora Bloxby, no sobre los comentarios despectivos de Mary ni sobre la feria de horticultura; era otra cosa que debería haber compartido con Bill.

—Acabo de acordarme —dijo.

—No me lo creo, pero suéltalo.

—Mary se confesó con el señor Bloxby, el vicario.

—Interesante. Debía de estar muy preocupada. Quiero decir que, por lo general, no es algo que el vicario suela hacer, ¿no?

—No, pero siempre escucha a cualquiera que tenga problemas.

—Será mejor que vaya a hablar con él. Me pregunto por qué querría Mary confesarse.

«Seguro que sólo quería insinuarse», pensó Agatha, pero era posible que hubiera algo más.

Bill se marchó y Agatha se preparó una cena temprana. Se preguntó cómo les iría a Beth y James, y cuanto más se lo preguntaba, más se preocupaba. ¿Por qué Beth, después de mostrarse tan maleducada, había sufrido un cambio tan radical como para ofrecer unos libros al examante de su madre?

OCHO



Bill Wong condujo hacia la vicaría. No era lo mismo que ir a ver a un cura católico, reflexionó. La de Mary no había sido una confesión formal, y el vicario no era miembro de la Iglesia Alta de Inglaterra.^[5]

Lo recibió la señora Bloxby.

—Siempre que lo veo, espero encontrarlo acompañado de nuestra señora Raisin —le dijo mientras lo invitaba a entrar—. ¿Qué puedo hacer por usted?

Bill pasó al oscuro vestíbulo de la vicaría.

—De hecho, he venido a ver a su marido.

—Alf está en la iglesia.

—¿Qué hace?

La señora Bloxby se sorprendió.

—Rezar, supongo. Puede ir a esperarlo. No tardará demasiado.

Bill salió de la vicaría y cruzó el cementerio hasta llegar a la iglesia. Unas enormes nubes blancas se deslizaban lentamente por el vasto cielo veraniego, como si, en los veranos más apacibles, los cielos de los Cotswolds se expandieran hasta el infinito. Las viejas lápidas se inclinaban sobre el cuidado césped del camposanto, grabadas con nombres olvidados mucho tiempo atrás.

Se acercó a la puerta lateral, la abrió y se sumió en la quietud de la vieja iglesia. Los cimientos eran sajones y los imponentes arcos, normandos. Se trataba de una iglesia sencilla, con bancos lisos de madera y cristales desnudos en las ventanas. Las tropas de Cromwell habían destrozado las vidrieras. Allí dentro se respiraba una atmósfera de calma y benevolencia.

El vicario estaba arrodillado en el banco de la primera fila, ante el altar. ¿Para qué rezaba?, se preguntó Bill. ¿Para que atraparan al asesino o tan sólo para que los vecinos del pueblo recuperaran su habitual y soñolienta tranquilidad?

Como si hubiera percibido su presencia, el vicario se levantó y se volvió hacia Bill.

—El señor Wong, ¿verdad? —lo saludó mientras avanzaba por el pasillo para encontrarse con el detective—. ¿Puedo ayudarle en algo?

La expresión de su rostro de erudito era afable y cordial.

—Quizá sea mejor que hablemos fuera —sugirió Bill, considerando que la desagradable conversación sobre un asesinato debía mantenerse fuera de los muros de la iglesia.

—Muy bien.

Salieron afuera y se sentaron juntos sobre una lápida cubierta de musgo, tal vez con la sensación de que el lugar de reposo de alguien que sin duda había muerto respetablemente siglos atrás era un sitio mucho más adecuado para entrar en materia.

—Supongo que quiere hablar conmigo acerca del crimen —dijo el vicario.

—He oído que la señora Fortune le pidió que la confesara.

Nervioso, Bill esperó que el vicario lo desmintiera o que le preguntara cómo se había enterado de ese chisme, pero Alf Bloxby llevaba el tiempo suficiente viviendo en el pueblo como para saber que allí no era posible tener vida privada.

—Sí —se limitó a contestar.

—Debe entender que, en las presentes circunstancias, es mi deber preguntarle qué le contó.

—Supongo que sí. Si hubiera sido una verdadera confesión, podría negarme a revelárselo, pero la cuestión es muy sencilla. A la señora Fortune le divertía ver si podía acostarse con un pastor.

—¿Se refiere a...?

—Oh, sí. ¿Cómo lo dicen hoy en día? Me tiró los tejos.

—¿Está seguro?

—Creo que no soy un hombre vanidoso en ese aspecto. Estábamos en mi despacho. Ella se sentó en mi regazo, me rodeó el cuello con los brazos e intentó besarme.

—Y ¿qué hizo usted? —Quiso saber Bill Wong, fascinado.

—Si no recuerdo mal, le dije: «Señora Fortune, su figura no se corresponde con su peso. De hecho, pesa usted mucho, y me está dando un calambre en la pierna izquierda». Ella se levantó y se sentó frente a mí. Le comenté que estaba muy ocupado con los asuntos de la vicaría y que si era tan amable de ir al grano. Ella dijo que había pecado. Yo le pregunte cómo. Ella me respondió que había tenido una aventura con el señor Lacey. La única razón por la que se lo cuento es porque en el pueblo todo el mundo conocía su relación.

»Yo señalé que el señor Lacey era soltero y ella, una mujer divorciada, así que lo que hicieran no era asunto mío. Incluso me atreví a relajar el ambiente insinuándole que quizá hubiera visto demasiadas películas hollywoodienses. Ya sabe, esas en las que la heroína dice: “Padre, he pecado”.

»Sus explicaciones se volvieron un tanto incoherentes, pero deduje que lo que pretendía era que yo hablara con James Lacey y lo conminara a que se casara con ella. Tal vez el tiempo que pasó en Estados Unidos le dio una visión más bien ingenua y anticuada de lo que sucede en los pueblos ingleses. Le contesté que la decisión de casarse o no con ella le correspondía sólo al señor Lacey.

»La señora Fortune era fascinantemente contradictoria. En la superficie, se mostraba como una mujer ingeniosa y mundana. Sin embargo, después de hablar con ella, llegué a la conclusión de que en realidad era bastante estúpida, un tanto ordinaria y mentalmente inestable. Tal vez la palabra “ordinaria” sea demasiado anticuada. No pretendo decir que fuera de clase baja, sino que había una vena de rudeza en ella.

—Pero ¿diría usted —preguntó Bill mientras echaba la cabeza hacia atrás para contemplar una bandada de palomas que revoloteaba sobre el cementerio— que habría sido capaz de inducir a que alguien considerado normal cometiera un brutal y

descabellado asesinato?

—Sí, creo que sí.

—Veamos, vicario, ¿me está diciendo que despertó en usted pensamientos homicidas?

—No, pero le aseguro que me abochornó bastante. Mis observaciones son meras especulaciones. Mi esposa y yo no hemos hablado de ella, y aun así sé que no le caía bien. Y es muy raro que a mi esposa no le caiga bien alguien.

—Así que, aparte de insinuarse y pretender que usted le hiciera chantaje emocional a James Lacey para que se casara con ella, ¿no tenía ninguna confesión real que hacerle? ¿Ningún oscuro secreto?

—No. Si me hubiera revelado algo de importancia, se lo contaría. La gente de aquí dice que lo más probable es que un perturbado de Birmingham asaltara su casa, pero yo estoy convencido de que el responsable es alguien del pueblo.

Bill sonrió.

—Sin duda nuestra señora Raisin estará intentando averiguar quién lo hizo.

—Sin duda —convino el vicario con sequedad—. Es una mujer de lo más brusca, pero algo bueno debe de haber en ella, porque mi mujer la tiene en un pedestal.

—Oh, nuestra Agatha tiene muchas cosas buenas.

Bill se levantó y le dedicó una mirada de curiosidad al vicario, preguntándose si aquel clérigo era tan apacible y afable como parecía.

—Señor Bloxby, si oye cualquier comentario que cree que pueda estar relacionado con este caso, no dude en hacérmelo saber.

El vicario también se levantó.

—Por supuesto.

Echó un vistazo a su reloj y añadió:

—Es la hora de mi té. Mi esposa prepara un té excelente. ¿Quiere quedarse a tomar una taza con nosotros?

Lo dijo en un tono tan educado como reticente, y Bill declinó el ofrecimiento.

El vicario asintió y se dirigió a la vicaría. Un hombre de hierro, pensó Bill, igual que su esposa, blindado por la bondad ante los atributos de Mary Fortune.

Esa tarde, sentada en la vicaría, Agatha deseó no haber ido. La conversación giraba en torno a los jardines que se abrirían al público. Algunos de los lugareños pensaban recaudar fondos extra para la beneficencia sirviendo té. Agatha se planteó hacer lo mismo, pero enseguida rechazó la idea. La entrada a cada jardín costaba veinte peniques por cabeza. Agatha no había pensado en cuánto cobrar y le deprimió que su «gran engaño» fuera a reportarle tan pocos beneficios. Se olvidó de que se suponía que tenía que tantear el terreno para averiguar qué pensaban las otras damas acerca de Mary Fortune, y se hundió en su desazón. Una trampa estúpida e infantil iba a costarle seis meses de esclavitud al servicio de Pedmans en Londres.

Más tarde, mientras se dirigía al Red Lion, empezó a sentir que tal vez el hecho de verse obligada a pasar una temporada en Londres fuera algo bueno. La idea de ver a James ya no despertaba en ella ninguna sensación de alborozo. De algún modo, cuanto más sabía sobre Mary, más se empequeñecía James, porque había decidido tener una aventura con ella. En el tranquilo anochecer, el pueblo le resultaba ajeno y casi amenazante. A Agatha la embargó el familiar sentimiento de estar contemplando la vida desde fuera. ¿Qué sabía en realidad de los pensamientos y la vida privados de aquellas personas? Si el asesino era alguien a quien conocían y respetaban, ¿acaso no irían todos a una para protegerlo?

Agatha se habría sorprendido mucho de saber que los pensamientos de James discurrían por los mismos derroteros. De pie junto a la barra del Red Lion se sentía aislado, rodeado como siempre por la cordialidad habitual de los lugareños, esa peculiar y a un tiempo superficial cordialidad de los pueblos, una armadura que en realidad no revelaba nada.

Se sintió aliviado al ver a Agatha entrar en el pub. Había algo reconfortante y honesto en la belicosidad de su vecina. Cuando se reunió con él, la invitó a un gin-tonic y propuso que se llevaran las bebidas a una mesa de la esquina. Antes, Agatha se habría sentido halagada por el hecho de que él prefiriera su compañía, alejados de los lugareños, pero era incapaz de desprenderse del rotundo abatimiento que la afligía.

—Y bien, ¿cómo ha ido con Beth? —preguntó.

—Ha sido encantadora. Y muy servicial con esos diarios. Es una chica extremadamente inteligente.

—¿Dónde está el novio?

—Se ha marchado unos días a ver a unos amigos de Oxford.

—¿Ha hablado de su madre?

—Sólo para decir que nunca se llevaron demasiado bien y que le echa la culpa de la ruptura del matrimonio. La he invitado a comer mañana; me ha parecido que sería una buena idea conocerla mejor y de ese modo averiguar más sobre su madre. ¿Te apetece venir?

De repente, Agatha, tan segura hasta hacía un momento de haberse liberado por fin de la influencia que James ejercía sobre ella, recuperó su temperamento y se puso en pie.

—Eres un condenado ingenuo, James —dijo antes de dar media vuelta y salir del pub.

Él se quedó sentado mientras Agatha desaparecía, preguntándose qué demonios había dicho para molestarla.

Al día siguiente, las horas se arrastraron lentamente para Agatha. No se le ocurría a quién más podía acudir para preguntar por Mary. Había visto a Bill Wong en el

pueblo el día anterior y esperaba que tal vez él la llamara y le diera nuevas ideas.

Retomando sus viejos hábitos culinarios, Agatha se calentó un paquete de curry en el microondas para comer, lo bajó con un vaso de cerveza y de postre se fumó dos cigarrillos; después, se preparó una taza de café. Imaginaba a James y Beth cómodamente sentados a la mesa de un acogedor restaurante, hablando sobre la historia de comienzos del siglo XIX, conociéndose mejor. Aquella chica era un muermo. Pero si Mary Fortune había conseguido engatusar a James, ¿quién podía asegurar que la hija no fuera también a seducirlo?

Tras pasar media hora tratando de entretenerse jugando con los gatos en el jardín, sonó el timbre. Agatha miró su reloj. Sólo eran las dos. Sin embargo, era posible que, con suerte, James hubiera acertado el almuerzo.

Pero era John Derry, el novio de Beth, quien aguardaba en la puerta.

—Ah, entre —dijo Agatha dando un paso atrás—. ¿Qué puedo hacer por usted?

Él la siguió hasta la salita y se dejó caer en un sillón. Llevaba unos tejanos desgastados y unas Doc Martens. Había algo intenso y amenazante en él.

—Creía que se había marchado unos días —dijo Agatha.

—Está claro que ese amigo suyo, Lacey, también lo creía —observó John.

—¿Qué quiere decir?

—Me he encontrado con una vieja apestosa en Harvey's, esa especie de oficina de correos, y ha dicho algo así como que los forasteros no teníamos moral y que ese tal Lacey, después de tirarse a la madre, ahora se estaba tirando a la hija.

—La verdad —dijo Agatha, identificando de inmediato a la culpable—, no me imagino a la señora Boggle utilizando esa clase de lenguaje.

—Es lo que ha venido a decir. ¿Qué más da?

—Beth y James comparten el interés por la historia.

—Ah, ¿sí? —dijo él con desdén—. No creo que su amigo Lacey tenga ningún interés en los conocimientos históricos de Beth. Creo que, junto con usted, es el fisgón del pueblo. Me parece que Beth ya tiene suficientes cosas de las que preocuparse sin necesidad de que una pareja de Miss Marples de mediana edad la manipulen. Déjenla en paz.

—¿Qué ha pasado con la mujer moderna? —preguntó Agatha con suavidad—. ¿Es que Beth ya no puede decidir con quién quiere quedar?

—Beth no puede decidir nada en su estado. Además, ahora es rica y no quiero que un donjuán madurito la persiga para meter mano a su dinero o, si vamos al caso, meterle mano a ella.

—A tomar por culo, imbécil —dijo Agatha, cansada.

Él la miró, atónito.

—Ya me ha oído —masculló ella—. Ahora que lo pienso, es probable que usted mismo matara a Mary Fortune.

Agatha se levantó. John la imitó y se inclinó hacia ella con actitud amenazante.

—Éste es un pueblo chungo lleno de gente chungo —masculló—. Y tú, vieja, eres

la más chunga de todos. Dile a Lacey que se aleje de ella.

—Díselo tú —replicó Agatha—. Y ahora lárgate.

En ese momento sonó el timbre. Agatha quiso ir a abrir, pero John se interpuso en su camino.

—Todavía no he terminado contigo —le espetó.

Agatha no había cerrado la puerta con llave y, para su alivio, vio entrar a Bill Wong. El detective advirtió la mirada centelleante y los puños apretados de Agatha. Y a continuación reparó en John Derry, que la observaba.

—¿Algún problema, Agatha? —preguntó.

—Sí —respondió ella—. El señor Derry acaba de amenazarme.

—Ah, ¿sí? Está bien, señor Derry, venga conmigo y tendremos una charla al respecto. Vamos.

John empujó a Agatha con el hombro al pasar junto a ella.

—Me las pagarás, vieja bruja.

Una vez se hubieron marchado, Agatha se sentó, sintiéndose débil, antes de empezar a preocuparse por su sistema de alarma antirrobo. Se había estropeado mientras estaba de vacaciones, pero no se había molestado en contactar con la empresa de seguridad. Parte del sistema consistía en que las luces exteriores se encendieran alrededor de la vivienda cuando alguien se acercaba, y no quería que su jardín se iluminara la noche en que Roy y sus hombres trajeran las plantas. Después de ese día, llamaría para que lo arreglaran.

Encendió el televisor y estuvo viendo una película sin prestar atención, una de esas que intentaban suplir las carencias del guión con tiroteos y explosiones de coches.

En un primer momento no oyó el timbre por encima del ruido. Y entonces, un repentino cese de los tiros y los gritos hizo que el sonido de la campanilla llegara a sus oídos. Agatha se levantó y fue a abrir.

—¿Por qué no has entrado? —preguntó a Bill Wong, de pie en el umbral sonriéndole.

—Antes lo he hecho sólo porque uno de los vecinos me ha dicho que había visto a John Derry entrando en tu casa, y como tardabas en abrir, decidí pasar. Tú no sueles tardar en abrir la puerta, Agatha, y cuando me ves siempre pareces decepcionada, como si esperaras a otra persona.

—Tienes demasiada imaginación —repuso Agatha con brusquedad—. Pasa.

Apagó el televisor y se volvió hacia él.

—Y bien ¿puede saberse qué milonga te ha contado?

—¿Derry? Cree que eres una vieja entrometida y que Lacey quiere robarle a su novia o bien demostrar que mató a su madre.

—Menuda locura. James y yo estuvimos en su casa sólo una vez. La verdad es que desde entonces James la ha vuelto a ver, pero...

—No cabe duda de que tu reputación como sabueso ha llegado a sus oídos. Le he

advertido de que no vuelva a molestarte.

—¡Deberías haberlo acusado!

—¿De qué? Sí, admite que te ha amenazado. Pero creo que sólo es un joven estúpido.

—No dirás lo mismo cuando me encuentres una noche oscura plantada en mi propio jardín, cabeza abajo y ahogada en herbicida. Derry tiene la fuerza suficiente para haber colgado a Mary de ese gancho.

—No nos estamos rascando los huevos, Agatha.

—Entonces ¿qué sabes tú que yo no sepa?

—Que han terminado de practicarle la autopsia y que ya se puede enterrar el cuerpo.

—¿Cuándo se celebrará el funeral?

—Mañana, en un crematorio de Oxford. Ni se te ocurra presentarte con la esperanza de que el asesino se esconda entre los matorrales. Hemos prometido a Beth Fortune que no lo haríamos público. Dice que no quiere ver allí ni a los entrometidos del pueblo ni a la prensa.

—¿Y el marido? ¿Va a venir?

—No, no quiere saber nada al respecto. La señorita Fortune viajará a Estados Unidos durante las vacaciones de Navidad para estar con su padre. Ése es tu timbre. Seguramente sea Lacey, que vuelve de su almuerzo. De todos modos, iré yo a abrir. Espero que John Derry no haya sido lo bastante estúpido como para llamar a tu puerta otra vez.

Al cabo de un momento, Bill regresó a la sala seguido de James.

—¿Y bien? —lo saludó Agatha—. ¿Cómo ha ido? Mientras tú te dedicabas a cortejar a Beth, su novio se ha pasado por aquí para amenazarme y decirme que será mejor que te alejes de ella.

—¿Por qué demonios iba a hacer algo semejante?

—Porque cree que vas detrás de su dinero, entre otras cosas.

—No puedo entender qué ve Beth en un patán como ése.

—Yo sí. Dios los cría y ellos se juntan —soltó Agatha, apartando la vista de la mirada severa de Bill.

—Es una chica extremadamente inteligente —repuso James con frialdad.

—La verdad es que no hemos avanzado mucho —observó Agatha en tono conciliador—. No sé, empiezo a pensar que debió de ser alguien de fuera del pueblo, alguien del pasado de Mary. Si no lo hizo el marido, entonces tal vez el culpable sea alguien con quien mantuvo una relación. Lo siento, James. Obviamente, no me refería a ti.

—Estamos trabajando en la vía estadounidense —dijo Bill mientras se ponía en pie—. Os dejaré para que discutáis sobre el caso, con mi advertencia habitual: no os entrometáis y no vayáis por ahí haciendo saber a los vecinos que sospecháis de ellos.

Tras su marcha se hizo el silencio.

—He tomado notas de nuestras entrevistas —anunció James al cabo de un rato—. ¿Quieres venir a casa y que las repasemos?

A Agatha la asaltó el iracundo deseo de negarse en redondo. «Maldita Beth», se dijo. De alguna forma, la joven había conseguido que revivieran todos esos sentimientos hacia James de los que Agatha creía haberse desprendido. La competitividad era sin duda uno de los rasgos más distintivos de su carácter.

—Espera, voy a coger mis cigarrillos —dijo—. No te importa que fume, ¿verdad?

—No me importa que nadie fume. Yo también fumaba.

—No dejas de sorprenderme. La mayoría de exfumadores se convierten en militantes antihumo. ¿Cómo lo dejaste?

—Me cansé —contestó James.

De hecho, había dejado de fumar unos años atrás para complacer al amor de su vida en aquel entonces.

—Ojalá yo también me hartara. Ni siquiera quiero dejarlo. Espera, voy a entrar a los gatos, que están en el jardín. No, ¡tú espera aquí! —añadió con rapidez, aterrorizada ante la perspectiva de que James viera el jardín desolado.

—Tienes pensado darnos una gran sorpresa el día de puertas abiertas, ¿eh? —comentó él—. Sin embargo, no parece pasar mucho tiempo en el jardín.

—He estado allí toda la mañana —mintió Agatha.

Al cabo de unos minutos, en el *cottage* de James, Agatha echó un vistazo a su alrededor y se preguntó por primera vez cómo sería si ella viviera allí. Pese a todo, la salita era acogedora, repleta de libros y decorada con muebles antiguos y elegantes. Había incluso un jarrón con flores en el alféizar. No se imaginaba dejando su propia huella en ninguna parte. James pertenecía a esa irritante clase de solteros que no necesitan que nadie cuide de ellos.

Él encendió el procesador de textos.

—Me sorprende que no hayas transformado uno de los dormitorios en despacho —señaló Agatha.

—Me gusta tener un dormitorio libre para invitados —explicó él—. Mi hermana y sus hijos vinieron a pasar unos días mientras tú estabas fuera. Aquí está, ya podemos verlo en la pantalla.

Agatha cogió una silla, se sentó a su lado y se puso a leer. Los datos estaban recogidos con orden y precisión.

—Si fuéramos los detectives de una novela —dijo con tristeza—, yo me quedaría mirando la pantalla y anunciaría misteriosamente: «Hay algo en estas declaraciones que no encaja». Pero lo único que veo es un montón de chorradas sin interés.

—O yo diría —añadió James— que el culpable tiene que ser Bernard Spott, porque es el único que habló bien de ella. Entonces haría un arresto ciudadano y mi foto saldría publicada en todos los periódicos.

—¿Has averiguado algo más de Mary gracias a Beth? —Quiso saber Agatha.

—Me dijo, no sin cierta sequedad, que no quería hablar de su madre, que había

convertido su infancia en un infierno con sus berrinches y escenas. Parece estar muy unida a su padre.

—Si es tan inteligente y encantadora como dices, aunque a mí no me dio esa impresión, entonces ¿por qué se ha liado con un gañán como Derry?

—Creo que él la adora y que eso es precisamente lo que ella necesita. Le aporta estabilidad.

—Gilipolleces. Has leído demasiadas revistas.

—No seas grosera, Agatha.

—Lo siento, pero la verdad es que ha sonado a psicología barata. Lo que me pregunto es si hay alguien más a quien Mary haya dejado un legado tan malintencionado en su testamento. ¿Por qué no se lo hemos preguntado a Bill Wong?

—Se lo he preguntado a Beth. Nosotros dos somos los únicos privilegiados.

—¡Qué raro! Puedo entender que quisiera devolvértela desde la tumba por haber roto con ella, pero ¿por qué a mí? Procuré mostrarme siempre agradable con ella.

—Estaba muy celosa de ti.

—¿Por qué? ¿Por ti y por mí, por nuestra amistad?

—Un poco, pero sobre todo por tu popularidad en el pueblo.

—¿Mi qué?

—Eres muy popular, Agatha.

—Ah —dijo Agatha en tono ronco.

Contempló la pantalla desconcertada, sin ver realmente las palabras, pletórica de felicidad y gratitud. ¡Agatha Raisin popular! Y entonces el sentimiento de euforia se desvaneció para ceder paso al temor. Al hacer trampas en el día de puertas abiertas, estaba poniendo en riesgo esa preciada popularidad.

Se puso en pie.

—Creo que será mejor que haga una llamada.

Él la miró, sorprendido.

—¿No quieres quedarte a tomar un café? Estaba a punto de poner agua a hervir.

—Perfecto. Haré la llamada y volveré enseguida.

—Si es tan urgente, usa mi teléfono.

—Se trata de un asunto privado.

—Iré a la cocina y cerraré la puerta. Desde allí no podré oír nada.

Pero Agatha juzgaba los actos de los demás basándose en los suyos. En la situación contraria, ella habría pegado la oreja a la puerta de la cocina para escuchar.

En cuanto llegó a su casa, llamó a Roy Silver.

—¡Aggie! —exclamó él—. ¿Todo listo para plantar?

—No, no lo está, Roy, y me he replanteado la idea de trabajar para Pedmans. Dile a Wilson que rompa el contrato. Nada de plantas, nada de trato.

Se hizo un breve silencio y luego Roy dijo:

—Estás empezando a pensar como una pueblerina. En ese contrato legal y vinculante que firmaste no se menciona nada acerca de plantas ni de tratos. No

puedes zafarte de esto, Aggie, así que será mejor que aceptes el regalo. Vamos, son las mejores flores del mercado. Los vas a dejar anonadados.

Agatha se sintió flaquear.

—Unas flores preciosas —la engatusó él.

—¿Y si os ve alguien?

—Llegaremos a las dos de la madrugada y seremos tan silenciosos como los ratones. Si alguien ve movimiento, les dices que has llamado a unos operarios para que bajen la valla y puedas mostrar tu jardín en el gran día.

—Supongo que, si tengo que trabajar para Pedmans, ¿por qué no sacar algún provecho? —convino Agatha, enfurruñada.

—Ésa es mi chica. ¿Es seguro ir a esa pequeña tienda de los horrores que tenéis ahí? ¿Se ha cometido algún otro asesinato?

—La policía está trabajando en ello.

—Si puedes resolverlo mientras yo esté allí, me llevaré parte de la gloria.

—A tu disposición —repuso Agatha con sarcasmo, y colgó.

Después regresó a casa de James.

—¿Todo bien? —preguntó él.

—Sí —contestó Agatha, incómoda.

Se sentó otra vez a su lado y trató de concentrarse en lo que él había escrito, pero no conseguía desprenderse del desasosiego a causa de su jardín.

Había querido evitar la visita de Roy. Durante días, había querido evitar su visita. Pero, a medida que más y más personas le comentaban las ganas que tenían de ver su «jardín secreto», mayor necesidad sentía Agatha de tener algo que enseñarles. Si fingía haber sufrido algún tipo de desastre para no verse obligada a abrir el jardín y decía que todas las flores se habían marchitado, lo más probable era que algún metomentodo pensara que alguien lo había destrozado y se lo contara a la policía. Y, en ese caso, Agatha sabía que los agentes revelarían que su jardín siempre había estado tan vacío como la despensa de la anciana señora Hubbard.^[6]

Así, sin apenas darse cuenta, llegó la cálida noche estival en que Roy y su equipo de operarios y jardineros se presentaron en su casa. Terminaron el trabajo al amanecer y se marcharon.

—¡Ven! —la llamó Roy—. No puedes quedarte escondida en la cama. ¡Echa un vistazo!

Agatha salió y se vio asaltada por un estallido de magníficos colores. Flores, árboles y arbustos llenaban lo que hasta hacía unas pocas horas había sido un jardín desolado. Los gatos acompañaron a Agatha y jugaron sobre el césped como si también ellos estuvieran disfrutando de las vistas.

—Es espléndido —dijo Agatha, asombrada.

—Bueno, pues ya va siendo hora de que nos vayamos a dormir —propuso Roy—.

¿Cuándo empezará a llegar la gente?

—A partir de las diez. ¿Cómo les digo qué flor es cada una? No quiero que me pillen en un renuncio.

—Cada una tiene su etiqueta, desvaída y gastada, pero legible. ¿Lo ves? Sólo tienes que agacharte y leerlas.

Se retiraron al interior de la casa. Roy se desplomó sin desvestirse sobre la cama de la habitación de invitados y se quedó dormido al instante. Agatha echó un último vistazo de admiración por la ventana de su dormitorio, programó la alarma para que sonara a las nueve y se acostó.

Empezaron a llegar de uno en uno o en parejas, y de repente el jardín de Agatha estaba lleno de gente admirada que no dejaba de prorrumpir en exclamaciones. Sentado a una mesa junto a la puerta lateral de la verja, Roy recaudaba el dinero de la entrada.

Desde su puesto oía la voz de Agatha, que describía las plantas con la autoridad de una auténtica jardinera profesional.

—Sí, éste es un precioso ejemplar de *Freemontodendron californicum*, y eso es una *Watakaka sinensis*. Desprende un perfume maravilloso.

Y entonces, Bernard Spott, al que acababan de presentar a Roy, alzó la voz desconcertado.

—Ha cometido un error, señora Raisin —se quejó—. Esto no es una *Freemontodendron californicum*, ¡es una *Phygelius capensis*!

Agatha soltó una alegre carcajada y le dio la espalda para volverse hacia otro visitante, pero Bernard continuó:

—Y ha dicho usted, Agatha, que eso era una *Hydrangea paniculata Grandiflora*. En primer lugar, no se parece en nada a una hortensia; de hecho, se trata de una *Robinia pseudoacacia* llamada frisia. Y esto...

—No sabe de lo que habla —le espetó Agatha.

—El caballero está en lo cierto —intervino una mujer, una forastera de aspecto severo tocada con un sombrero de paja que llevaba un vestido estampado—. Diría que las etiquetas de estas flores y plantas están todas equivocadas.

Entonces clavó su dura mirada en Agatha y agregó:

—La he estado escuchando y no tiene usted ni la más mínima idea de qué plantas hay en su jardín. Creo que las ha comprado en un vivero y que sea quien sea se ha confundido al poner las tarjetas.

Se hizo el silencio. Agatha era consciente de la presencia de la señora Bloxby, que escuchaba con atención, y de Bill Wong, que acababa de llegar a tiempo de oírlo todo.

—¿A alguien le apetece una taza de té? —ofreció Agatha, desesperada.

La gente empezó a abandonar el jardín hasta que sólo quedaron Agatha, Roy, la

señora Bloxby y Bill Wong.

—Cierra la puerta —le ordenó Agatha a Roy—. ¡Menudo desastre!

—¿Qué ha pasado? —Quiso saber la señora Bloxby.

—Yo le diré lo que ha pasado —contestó Bill—. Nuestra querida Agatha ha vuelto a hacer trampas. Has comprado todas estas plantas en un vivero, ¿verdad? Como dijiste que harías.

Agatha asintió con gesto lúgubre.

—Eso no es ningún delito —observó la señora Bloxby—. Muchos de los vecinos compran plantas y flores extra para colocarlas antes del día de puertas abiertas. Los viveros de los alrededores hacen un gran negocio. Es una lástima que el vivero al que has ido haya resultado ser tan incompetente.

—Es el mejor que existe —replicó Roy a la defensiva—. Nunca se habrían equivocado en la colocación de las etiquetas.

Bill se inclinó y examinó un parterre.

—Ven aquí, Agatha —le pidió, y señaló hacia abajo—. No creo que ninguno de tus cuidadosos jardineros se dedicara a pisotear los parterres.

En la tierra mullida se distinguía la clara huella de una bota grande.

—Mandé venir a unos hombres para que plantaran el jardín —explicó—. Probablemente pertenezca a uno de ellos.

Bill se volvió hacia la esposa del vicario.

—¿Es posible que alguien haya cambiado las etiquetas?

La señora Bloxby se puso las lentes y empezó a examinar plantas, flores y árboles, leyendo las etiquetas. Luego se incorporó.

—Vaya, ¡qué inteligente es usted! Eso es, exactamente.

—¿Estás segura? —preguntó Agatha.

Desde dentro de la casa les llegó el sonido del timbre.

—Yo abro —dijo Roy, y desapareció en el interior.

—Creo que eso es lo que ha ocurrido —afirmó Bill—. Alguien te ha tendido una trampa, Agatha. ¿Cuándo han podido hacerlo?

—Tiene que haber sido entre las cinco y las nueve de la mañana, más o menos.

—A la luz del día. Alguien debe de haber visto algo.

Roy regresó al jardín con James Lacey y Agatha dejó escapar un gemido.

—Lo que has hecho es impresionante, Agatha —comentó él.

—Será mejor que sepas la verdad.

Agatha se sentía profundamente desdichada. James escuchó el relato de su engaño mientras los ojos se le achicaban a causa de la risa.

—Tú nunca haces las cosas a medias —observó una vez Agatha hubo terminado—. Todo este tiempo ocultando el jardín detrás de esa valla altísima, todas las mentiras y el secretismo, ¡y todo por un día de puertas abiertas en un pueblecito inglés! Aunque, al menos, me alegro de ver que por fin has bajado la valla.

James se levantó y se echó a reír mientras Agatha se miraba las puntas de los

zapatos.

La cálida voz de la señora Bloxby atajó la risa de James.

—¿Sabes? Creo que sería una estupenda idea tomar el té entre estas bonitas flores. Veo que tienes una mesita de jardín y sillas. Te ayudaré a traerlo todo.

Agatha, feliz de poder escapar del regocijo de James, entró en casa con la esposa del vicario.

Bill se volvió hacia James.

—Eres el vecino más cercano. ¿Has visto a alguien merodeando cerca de la casa esta mañana?

—A varias personas. Déjame pensar. Hoy me he levantado temprano. La señora Mason acaba de comprarse un perro; esta mañana lo estaba paseando y me ha dado los buenos días cuando yo estaba trabajando en mi jardín. Luego está la señora Bloxby.

—¿Qué hacía ella en Lilac Lane? —Quiso saber Bill—. Esta calle no lleva a ninguna parte.

—Suele salir a primera hora de la mañana y dar un paseo por el pueblo. Además, he oído a una pareja en el extremo más alejado de la calle, un hombre y una joven, creo. La chica se reía.

James se quedó callado un momento, perplejo, y exclamó:

—¡Qué raro!

—¿El qué? —preguntó Bill.

—Acabo de acordarme. La noche en que Agatha y yo descubrimos el cuerpo de Mary, mientras esperábamos a que contestara al timbre, una pareja pasó por la calle y oí reírse a la chica.

—¿Por qué no me lo habías contado? —preguntó Bill con brusquedad.

—Se me pasó. No lo consideré importante; era sólo un sonido cotidiano. No los vimos salir de la casa ni nada parecido.

Agatha y la señora Bloxby salieron al jardín con las tazas y los platos para el té y James se volvió hacia ellas.

—Agatha, ¿te acuerdas de la pareja que pasó por la calle la noche en que encontramos el cadáver de Mary?

—Sí —confirmó ella—. Ahora sí. Lo había olvidado por completo.

—Y James dice que, esta mañana, a primera hora, oyó a una pareja al final de la calle —comentó Bill.

—Podrían ser excursionistas —terció la señora Bloxby—. Suelen venir con frecuencia a los Cotswolds, aunque Lilac Lane no lleva a ninguna parte. Al final de la calle hay un camino para paseantes que atraviesa el campo, pero no puede cruzarse en coche.

—Usted ha salido temprano, señora Bloxby —dijo Bill—. ¿Ha visto a alguien?

—Sólo el trasero del señor Lacey. Estaba inclinado sobre un parterre en su jardín delantero, arrancando malas hierbas.

—¿Crees que es posible que lo hicieran Beth Fortune y su novio? —preguntó ansiosamente Roy, al que esa noche Agatha había informado de todos los detalles del asesinato.

—Creo que les haré una visita —decidió Bill.

—¿Dónde estaban exactamente Beth y John la noche del asesinato? —Quiso saber Agatha.

—En la residencia de Beth en la universidad, estudiando.

—¿Hay algún testigo que lo confirme?

—No, pero por lo general sólo los culpables construyen coartadas irrefutables.

—Vuelve después de hablar con ellos y cuéntanos qué te han dicho —le pidió Agatha.

Una vez Bill se hubo marchado, James, Agatha y Roy se sentaron alrededor de la mesa.

—Aunque se demuestre que John Derry y Beth Fortune te la han jugado, Agatha —dijo James—, eso dista mucho de un asesinato.

—Tal vez no —repuso Agatha—. Estoy convencida de que los ataques a los jardines están relacionados de algún modo con la muerte de Mary. Ojalá nunca se me hubiera ocurrido este plan tan estúpido. En otoño tendré que empezar a trabajar para Pedmans, la empresa de relaciones públicas, y además durante seis meses.

—No lo entiendo —dijo la señora Bloxby—. ¿Eso qué tiene que ver?

Roy le dio un puntapié a Agatha por debajo de la mesa. Ella soltó un grito, se frotó el tobillo y lo miró.

—Voy a contárselo —dijo, y les explicó el trato.

—Debes de ser muy buena en tu trabajo —observó la señora Bloxby, mientras intentaba darle un trozo de magdalena a *Hodge*, uno de los gatos, sin que nadie se percatara.

Agatha había comprado una caja de un producto nuevo en el mercado que prometía «auténticas magdalenas americanas de arándano horneadas en tu propio microondas». Sabían a cartón mojado. *Hodge* la cogió de las manos de la señora Bloxby y luego la escupió sobre la hierba. James desmenuzó la suya hasta que su plato quedó cubierto de migas. Esperaba que Agatha creyera que se la había comido.

—Lo es —confirmó Roy.

Sin necesidad de decir nada, la señora Bloxby estaba consiguiendo que él se sintiera culpable de haber hecho que Agatha firmara el contrato. Lejos del mundo de las relaciones públicas, lejos de Londres, las cosas que en la ciudad consideraba parte del negocio resultaban de alguna forma... mezquinas en el apacible entorno rural.

Roy se agitó, enfadado, como un perro mojado. En Londres, la gente no «plantaba» a los demás; los atracaban, los violaban, los apuñalaban y les disparaban, pero no los «plantaban».

—Creo —dijo la señora Bloxby con su acostumbrada calma— que por fin estoy tomando conciencia de la gravedad de la muerte de Mary Fortune. En este pueblo hay

alguien lo bastante trastornado como para matarla y abandonar su cuerpo de esa forma tan ultrajante. ¿Qué demonios podría haber hecho ella para suscitar tanto odio?

—Entonces ¿cree usted que Mary era una víctima potencial? —preguntó James—. ¿Que iba a acabar siendo asesinada a causa de algún defecto en su carácter?

«¿Cómo puedes hablar de Mary con semejante interés académico cuando una vez le hiciste el amor apasionadamente?», pensó Agatha, pero en cambio dijo en voz alta:

—¡Ojalá resulte ser un forastero!

—Te estás convirtiendo en una lugareña, Agatha —señaló la señora Bloxby—. Tengo que ir a echar un vistazo a los demás jardines. ¿Qué hay del suyo, James?

—Está abierto —contestó él enseguida—. He hecho lo mismo que el resto y he dejado una caja en la puerta para que la gente deposite el dinero.

—Entonces iré a verlo. ¿Agatha? —la señora Bloxby se volvió hacia ella—. ¿Te apetece dar un paseo?

Agatha negó con la cabeza.

—No podría soportar las miraditas y los murmullos.

—Yo no me preocuparía por eso. Sí, la mayoría se reirá de ello, pero creo que con cariño. Todo el mundo te considera una persona con carácter.

—Ésa soy yo —se lamentó Agatha—. La idiota de los gatos. Bueno, ¿y ahora qué?

Bill regresó al jardín.

—Agatha, hasta que este caso se resuelva —dijo—, sería mejor que cerraras siempre con llave. Y ahora que lo pienso: mientras los operarios trabajaban en el jardín, las luces del sistema de seguridad debían de estar encendidas, ¿no es cierto? ¿O es que lo has desconectado?

—Se apagaron solas hace siglos —explicó Agatha—. Llamaré a la empresa de seguridad para que las reparen. ¿Qué han dicho Beth y John?

—Ha sido John —anunció Bill mientras se sentaba—. Y no se arrepiente.

—¿Qué? —chilló Agatha—. ¿Has presentado cargos contra él?

—Eso es cosa tuya. Pero ¿por una chiquillada? ¿Y que en el juicio se descubra tu engaño?

—Pero si ha sido él quien lo ha hecho, puede que también sea el responsable de los ataques a los otros jardines. ¿Qué razón te ha dado para intercambiar las etiquetas?

—Dice que salió a dar un paseo porque no podía dormir. Al entrar en Lilac Lane y pasar frente a tu casa, vio cómo se marchaba la furgoneta. Se preguntó si se trataba de un robo, porque apenas acababa de amanecer y no había nadie por allí, así que se dirigió hacia la puerta. Oyó voces procedentes del jardín trasero, de modo que tomó el camino que bordea la casa y escuchó que alguien decía: «Bueno, pues ahora ya podemos irnos a dormir. ¿A qué hora empezará a llegar la gente?».

—Roy —susurró Agatha.

—Y luego te oyó decir a ti: «A partir de las diez. ¿Cómo les digo qué flor es cada

una? No quiero que me pillen en un renuncio». Y Roy contestó: «Cada una tiene su etiqueta, desvaída y gastada, pero legible. ¿Lo ves? Sólo tienes que agacharte y leerlas». Así que se le ocurrió darte una lección por «meterte en su vida», en sus propias palabras, cambiando de sitio las etiquetas. Bajó por el camino, se sentó junto al seto y esperó a que se hiciera el silencio en la casa. Después entró en el jardín y mezcló todas las etiquetas. A mí me parece la típica broma pesada de un universitario malcriado.

—Maldito sea —murmuró Agatha—. Si esto llega a juicio, yo quedaría como una tonta.

—Por eso quería comentártelo antes —señaló Bill.

—¿Cómo fue el funeral? —Quiso saber James—. Estuviste allí, ¿verdad?

—Sí, estuve en el crematorio. Fue muy triste. Sólo éramos dos detectives y yo, además de Beth y John.

—Debería de haber asistido alguien del pueblo —dijo Agatha.

De repente, la asaltó un súbito remordimiento. Le resultaba difícil pensar en la Mary que había quedado al descubierto tras su muerte y, en aquel momento, sólo podía recordar su simpatía y su encanto. Decidió, con renovada determinación, hacer todo lo posible por resolver el asesinato. Pese a lo que hubiera sido, Mary no merecía una muerte como aquélla.

NUEVE



Al día siguiente, mientras se maquillaba en su cuarto y oía los pasos de alguien que abría la puerta y entraba en el recibidor, Agatha recordó la advertencia de Bill Wong. Buscó como una loca en su cómoda algo que pudiera usar como arma, pero sólo encontró unas tijeritas cortaúñas.

—Agatha, ¿estás ahí? —la llamó la voz de James.

—Bajo enseguida —le gritó, aliviada.

Se aplicó pintalabios Blush Pink en la barbilla, despotricó, se lo limpió y se pintó como era debido antes de correr escaleras abajo.

—¿Qué ocurre?

—Me preguntaba si te apetecería acompañarme a Oxford —propuso James—. He recordado que un amigo mío da clases en la universidad. Es profesor en otra facultad, pero nos ha conseguido el contacto de uno de los catedráticos de Saint Crispin. Le he telefoneado y le he preguntado si podíamos vernos para almorzar. Así tal vez averigüemos más cosas sobre John Derry.

—Y sobre Beth —añadió Agatha con entusiasmo—. Espera un momento. Será mejor que me cambie de ropa.

Él evaluó con la mirada la blusa floreada y la falda lisa que llevaba.

—Vas bien. Comeremos en Brown's, y no es un restaurante de etiqueta. Conduzco yo.

Mientras se alejaban en el coche de James, Agatha se sintió feliz. Trató de convencerse de que se debía a que el día era soleado, a que salía del pueblo y se alejaba de la investigación. Se negaba a admitir que la compañía de James estaba empezando a ejercer de nuevo su antigua magia.

James tomó la carretera que discurría a través de Chipping Norton y Woodstock.

—¿Crees que vamos a sacar algo en claro de este almuerzo? —Quiso saber Agatha.

—Tal vez. No creo que Beth ni John Derry tengan nada que ver con el asesinato, pero debemos asegurarnos.

—Me pregunto cómo será ese catedrático. ¿Cómo se llama?

—Timothy Barnstaple.

«A lo mejor es un hombre atractivo», pensó Agatha.

James estacionó en el aparcamiento subterráneo de Gloucester Green y recorrió Saint Giles junto con Agatha hasta el restaurante Brown's, en Woodstock Road.

—Qué estupidez —comentó James—. Me he olvidado de preguntarle qué aspecto tiene.

—¿Has reservado mesa?

—No. Hemos quedado ahora, a las doce, así que el local no debe de estar muy lleno. Además, es época de vacaciones en la universidad.

Entraron en el restaurante y miraron a su alrededor. Un hombre delgado de

mediana edad se levantó al verlos entrar. Se apoyaba en un bastón y vestía chaqueta y pantalones negros. Llevaba el pelo, moreno y engominado, peinado hacia atrás y su cara, surcada de arrugas, ofrecía un aspecto cansado. «El portero de uno de los hoteles», pensó Agatha, y apartó la vista.

—¿Es usted el señor Lacey? —preguntó el hombre.

Así que ése era Timothy Barnstaple.

—Me he tomado la libertad de pedir algo para beber mientras los esperaba —dijo.

Tenía una bonita voz. En tiempos de culto al acento ordinario, resultaba agradable escuchar una voz modulada y bien articulada.

—No sabía que le acompañaría la señora Lacey —añadió Timothy dedicando una mirada lasciva a Agatha—, pero es un placer conocerla.

—La señora Raisin es mi vecina y amiga —le aclaró James.

—Y ¿dónde está el señor Raisin?

—No lo sé —contestó Agatha con sinceridad—. Lo perdí de vista hace años. Supongo que estará muerto.

—Siéntese a mi lado, señora Raisin. Pero ¿a qué viene tanta formalidad? ¿Cómo te llamas?

—Agatha.

—Un bonito nombre de los de toda la vida, Agatha. Los nombres que les ponen a las niñas hoy en día son de pena. Una de mis alumnas se llama Tootsy. Aunque parezca mentira, la bautizaron así. Una chica muy estudiosa, pero ¿cómo va a tener éxito en la vida? Su nombre completo es Tootsy McWhirter y es thatcheriana. ¿A sus padres no se les ocurrió escribir, digamos, la Muy Honorable Tootsy McWhirter para darse cuenta de lo extraño que suena? Pero estoy divagando. Tengo mucha hambre. Pediré algo más para beber mientras hojeamos el menú.

El catedrático pidió que le sirvieran otro whisky doble y un vaso de agua, y luego echó un vistazo al menú. Después de que les tomaran nota y de que Timothy añadiera un burdeos a la lista —«Empezaremos con una botella y luego ya veremos»—, apoyó los codos en la mesa, presionó su rodilla contra la de Agatha y preguntó:

—¿En qué puedo ayudaros?

James le habló brevemente del asesinato.

—Ah —dijo Timothy—. Algo he leído al respecto.

—El caso —continuó James— es que estamos intentando averiguar lo que podamos sobre el carácter de las personas cercanas a Mary Fortune. ¿Qué opinas de John Derry?

—Hace un tiempo, la universidad empezó a discriminar en contra de las escuelas privadas —explicó Timothy—. Ya sabéis, Eton, Marlborough, Westminster... Para ayudar a los menos privilegiados y esas cosas. ¡Abajo el elitismo! Lo triste es que ahora tenemos un buen número de John Derrys en las aulas, tragacervezas lenguaraces que están como pez fuera del agua en la universidad, lo bastante aplicados para superar la secundaria, pero no para aprobar las materias universitarias.

La clase de tipo que saca una mala nota, si es que consigue una nota, y luego le echa la culpa al sistema capitalista. Después no encuentra trabajo y se niega a admitir que presentarse a una entrevista con unos vaqueros rotos y con modales groseros tenga nada que ver con su fracaso. Se pegó como una lapa a Beth en primero. Ella, en cambio, es una chica extraordinariamente inteligente.

—Entonces ¿por qué sale con John Derry? —Quiso saber Agatha.

—Cuanto más brillante es una chica, más ingenua se muestra en el aspecto sexual. Se creen muy feministas y liberales cuando mantienen relaciones sexuales con esos tipos en la universidad, y no se dan cuenta de que al mantenerlos, lavarles los calcetines y cocinarles, en realidad están aún más encadenadas que sus madres. El sexo lo es todo.

Timothy presionó con más fuerza la rodilla de Agatha. La mesa era pequeña. Ella apartó las piernas y se encontró presionando las de James, se disculpó y las devolvió a su lugar original, donde la insistente rodilla del catedrático esperaba su regreso bajo la mesa.

La comida llegó, una contundente comida inglesa.

—¿Crees que alguno de los dos pudo cometer el asesinato? —preguntó Agatha.

Timothy alzó una mano adornada con unas uñas sucias para pedirle silencio y a continuación atacó su plato. Comía muy deprisa y regaba los bocados con grandes tragos de vino.

—¿Otra botella, tal vez? —preguntó, rompiendo por fin su silencio.

James la pidió, le sirvió una copa a Agatha y rellenó la suya antes de ofrecerle más vino a Timothy.

—Bueno —dijo—, como estoy seguro de que no quieres beber burdeos con el pudín, quizás ahora podamos hablar.

Pero Timothy, por lo visto, podía comer tarta de manzanas y helado y nata y bajarlo todo con burdeos.

Agatha aguardó en silencio y al final dijo con aspereza:

—Vayamos al grano. Te hemos invitado a almorzar con el fin de obtener cierta información.

Timothy sonrió levemente ante la expresión belicosa del rostro de Agatha.

—Querida dama —entonó—, cuánta energía. Me derrito en las manos de una mujer enérgica.

Agarró la mano de Agatha y se la besó. Ella la apartó con brusquedad.

—Venga —le espetó—. Cuéntanos más acerca de John Derry.

El catedráticoapuró el burdeos y le hizo señas a la camarera.

—Quizás un coñac con el café... —empezó, pero Agatha le hizo un gesto a la camarera para que se alejara.

—La avisaremos si la necesitamos. Nada de coñac, Timothy, hasta que hables con nosotros. Cuéntanos más acerca de John Derry. ¿Algún incidente relacionado con él en la universidad? El próximo trimestre será el primero de su último año, ¿verdad?

Timothy suspiró, se retrepó en el asiento y encendió un cigarrillo.

—John se vio envuelto en un incidente en primero. Golpeó a un compañero durante una trifulca de borrachos. No llegó a los juzgados; la facultad le impuso un castigo.

—¿Qué originó la trifulca?

—Según él, el estudiante al que atacó le había tirado los tejos a Beth. Algunos testigos afirmaron que Beth había alentado el flirteo y que parecía encantada con la pelea que hubo a continuación, y que animaba a John para que le diera más fuerte. Sin embargo, me cuesta creerlo. Es una chica muy dulce. Se sacará un buen título.

Timothy continuó hablando de la vida universitaria y Agatha tuvo que reconducirlo una y otra vez hacia el tema del carácter de John y Beth, aunque sin mucho éxito. A regañadientes, James pidió un coñac para Timothy. «Que sea doble, cielo», le indicó Timothy a la camarera.

—Lo único que hemos conseguido sacar en claro es ese rumor de que Beth incitó a John a pelearse —concluyó James.

—Beth Fortune no es una Lady Macbeth cualquiera —exclamó Timothy, y agitó el brazo con tanta fuerza que la ceniza del cigarrillo cayó en el café de Agatha.

Después enfocó su mirada achispada en James y señaló a Agatha con la cabeza.

—¿Qué tal es en la cama? Una fiera, seguro.

James suspiró.

—No he tenido ese placer.

—¿Por qué? —preguntó Timothy.

—¿Podemos ceñirnos al tema que nos ocupa?

La voz de Agatha empezaba a adquirir cierto tono agresivo.

—John y Beth aseguran que la noche del asesinato estuvieron en la residencia de Beth, pero según la policía no hay testigos que puedan proporcionarles una coartada.

—Sí que los hay.

Timothy se dio unos golpecitos en la nariz y luego aplastó la colilla entre los restos del postre.

James y Agatha se inclinaron hacia delante.

—¿Quién?

—Yo —contestó Timothy en tono triunfal—. Lo correcto sería decir «el mío», pero siempre me ha dado la sensación de que uno puede parecer un poco pedante si...

—¿De qué estás hablando? —gritó Agatha—. ¿Qué es lo que viste?

—La tarde del día en que se cometió el asesinato crucé el patio que hay debajo de la residencia de Beth. Miré hacia arriba y vi claramente a John Derry y Beth Fortune de pie junto a la ventana, charlando.

—¿A qué hora?

—A las ocho y media, más o menos.

—¿Se lo contaste a la policía?

—No me lo preguntaron.

—Pero debías de saber que estaban buscando testigos —replicó Agatha con impaciencia.

—No vi ningún motivo para aportar pruebas. Beth Fortune no mató a su propia madre, y menos de esa forma tan truculenta. Ni tampoco John Derry, ya que estamos. El método que usaron para matarla sugiere un odio siniestro. Un asesinato de pueblo en toda regla.

—¿Qué quieres decir con «un asesinato de pueblo»?

—Aquí, en la ciudad, no nos van las muertes tan pintorescas. En esos pueblos de los Cotswolds aún hay mucha endogamia, brujería y toda esa clase de cosas. Créeme, no hay duda de que se trata de un asesinato de pueblo.

Timothy recorrió el restaurante con la mirada en busca de la camarera y James, suponiendo correctamente que estaba a punto de pedir otro coñac, se le adelantó y pidió la cuenta.

Agatha se alegró de poder escapar y respiró una honda bocanada de aire fresco al salir a la calle.

—Pensaba que nos encontraríamos con un caballero mayor y erudito —observó con amargura—. ¿Crees que lo decía en serio? ¿Que de verdad es un testigo?

—Sí, creo que nos ha contado la verdad. ¿Por qué iba a mentir?

—¿Para que le pagues la cena? ¿Para sacarte más bebida gratis? ¿Cuál fue la hora exacta de la muerte? ¿Se lo preguntamos a Bill Wong? Nosotros la encontramos a las ocho.

—Sí, se lo pregunté. Según sus estimaciones, la mataron una hora antes de nuestra llegada.

—¿Por qué no se me ocurrió preguntárselo a mí? —se reprochó Agatha, inquieta.

—Porque no estábamos buscando coartadas sino más bien razones por las que alguien pudiera querer asesinar a Mary. Dios mío, piensa en el tiempo que le llevó matarla y luego colgar su cuerpo. Él o ella debió de marcharse tan sólo minutos antes de que llegáramos. Y si vieron a John y Beth a las ocho y media, habrían tenido tiempo de regresar a Oxford. Bien mirado, en realidad no tienen coartada.

—Gracias por la comida, James. Te pagaré mi parte.

—No te molestes. Invítame a cenar la semana que viene y estaremos en paz. ¿Vas a renunciar al dinero que te legó Mary?

—No, creo que me lo quedará.

—Entonces te puedes permitir invitarme a cenar. ¿Adónde vamos ahora?

—Supongo que de vuelta a Carsely —contestó Agatha—. Tal vez se nos ocurra algo por el camino.

Pero, aunque barajaron varias teorías, no se les ocurrió nada.

—La señora Bloxby tenía razón —comentó Agatha con un escalofrío cuando ya se acercaban al pueblo—. Cuanto más te alejas del asesinato, más espantoso resulta.

Creo que ha supuesto una conmoción de tal calibre que ha mantenido la realidad a raya.

—Mira, la feria benéfica de los *boy scouts* —señaló James al tiempo que aminoraba la velocidad al pasar junto a un campo que se elevaba por encima de Carsely—. ¿Quieres ir a echar un vistazo? Hay puestos y tenderetes, y no me iría nada mal comprar un poco de mermelada casera. Mary era mi proveedora oficial. ¡Maldita sea! ¿Por qué he tenido que pensar eso?

—Sí, demos una vuelta —accedió Agatha.

James detuvo el coche en el arcén y ambos accedieron a la feria tras pagar los veinte peniques de la entrada. En Carsely, las entradas a cualquier acontecimiento parecían costar siempre veinte peniques. Pasearon entre los puestos. La señora Bloxby vendía mermelada casera para recaudar fondos destinados a la beneficencia, como siempre. Agatha y James compraron un tarro cada uno. Él charló un rato con la esposa del vicario mientras Agatha permanecía apartada. Aún se sentía abochornada por su engaño con el jardín.

Los *boy scouts* más pequeños saltaban en una cama elástica; otros daban brincos sobre un caballo de juguete, mientras la banda de instrumentos de metal animaba el ambiente.

En un rincón había algo parecido a un andamio, pero que resultó ser un montaje para simular rescates de montaña. Tres chicos levantaban con cuerdas a un *boy scout* rollizo, que perdió el agarre y quedó colgando cabeza abajo en el aire.

—Igual que Mary Fortune —comentó Agatha con un escalofrío—. Vamos.

James y Agatha dieron media vuelta. Se había levantado viento y las nubes eran pesadas y grises. Hacía bastante que no llovía, y de las parcelas de tierra pelada se levantaban pequeños remolinos de polvo que avanzaban sobre la hierba. Había una humedad fría en el ambiente que presagiaba la llegada de la lluvia. Agatha se frotó los brazos desnudos y tiritó.

Entonces oyeron a su espalda una voz conocida que gritaba:

—¡Más fuerte, chicos, más fuerte! No tiráis con fuerza suficiente. Os lo enseñaré.

Agatha y James se detuvieron y se volvieron a mirar.

Bernard Spott se había quitado la chaqueta y se estaba arremangando para dejar al descubierto sus musculosos brazos. Apartó a un lado a los chicos que había junto al simulador de rescates, agarró una cuerda y alzó a uno de ellos con facilidad.

—¿Veis cómo se hace? —dijo—. Hay que usar la fuerza de los antebrazos, no tirar con todo el cuerpo. Sólo los antebrazos.

—Ven, aléjate conmigo —dijo James en tono de urgencia—. No muestres demasiado interés.

—¿Por qué?

—Porque es posible que sea así como se hizo.

Rodeó la cintura de Agatha con el brazo y se la llevó lejos de allí.

«Por todos los santos —pensó la señora Bloxby—. Creo que Agatha ha

conseguido por fin atraer a James.»

—¿Bernard? No puedes hablar en serio. Es un anciano.

—Pero está muy en forma. Hemos descartado a otras personas porque no parecían tener la fuerza suficiente, cuando lo único que hacía falta era atarle los tobillos con una cuerda, lanzar el extremo por encima del gancho y alzar el cuerpo; después, bastaba con atarlo y cortar el cabo.

—Sin duda. Pero ¿por qué Bernard?

—No creo que fuera Bernard —dijo James deteniéndose de repente—. Llevamos tanto tiempo discutiendo y pensando y especulando, que al final llego a conclusiones disparatadas.

Habían alcanzado la entrada de la feria. Agatha miró hacia atrás. Bernard Spott estaba allí de pie, tranquilo, mirándolos a través del campo.

—Propongo que vayamos a su casa y lo esperemos —dijo Agatha—. Podríamos preguntarle si conoce a alguien más del pueblo al que se le dé tan bien el manejo de las cuerdas. No mires, pero no nos quita ojo de encima.

—No perdemos nada por intentarlo —reconoció James—. Pero ¿por qué no se lo preguntamos ahora?

—No sé. Quiero echar un vistazo a su jardín trasero. Podríamos encontrar algo que la policía haya pasado por alto. No creo que hayan registrado muy a fondo el jardín de un anciano y respetable vecino como Bernard.

—Ojalá no hubiera dicho nada —se lamentó James, malhumorado—. Por hoy ya he tenido bastante.

—Entonces, acércame en tu coche —dijo Agatha—. Lo haré yo sola.

—En tal caso, será mejor que vaya contigo y evite que te pongas en ridículo —comentó James con grosería.

En cuanto entró en el coche, Agatha encendió un cigarrillo.

—¿Es necesario que fumes?

—Creía que no te importaba que la gente fumara.

—Pues era mentira.

Agatha lanzó el cigarrillo por la ventanilla. James había acelerado mientras hablaba, pero en ese momento pisó el freno a fondo.

—Pero ¿cómo se te ocurre, Agatha? La tierra está seca como una yesca. Podrías prender fuego a toda la campiña.

Agatha se quedó sentada en el coche con expresión de terquedad, mientras James buscaba en la cuneta hasta que encontró el cigarrillo y lo apagó. No tenía ningún derecho a hablarle en ese tono.

—Eres un cerdo machista —le soltó Agatha en cuanto él subió al coche.

—Y tú, querida Agatha, eres la mayor cerda feminista con la que he tenido la desgracia de cruzarme nunca.

—Oh, que te den, James, a ti y a la campiña y a todos los que caminan por ella. ¿Vamos a casa de Bernard o no?

—No me apetece. ¿Sabes qué? Nos estamos comportando como unos críos; es ridículo pensar que ese viejo haya podido hacer algo semejante.

—No me ha gustado cómo nos miraba —replicó Agatha.

—¿Intuición femenina?

—Algo así, querido James.

—Y ¿qué vas a hacer si vuelve y nos sorprende fisgando en su casa, buscando Dios sabe qué? ¿Vas a señalarle con el dedo y decir: «¡Lo hizo usted!», y él se derrumbará y confesará: «Mea culpa, oh gran detective»?

—¿Por qué estás de repente de un humor de mil demonios? —Quiso saber Agatha.

Se hizo el silencio. James giró en una esquina y enfiló la colina en dirección al *cottage* de Bernard.

—No lo sé —reconoció en tono afable—. La verdad es que no lo sé.

—Pues piénsatelo bien antes de volver a abrir esa boca —dijo Agatha, todavía alterada.

En cuanto el coche se detuvo, Agatha se apeó, subió por el camino de entrada que cruzaba el jardín y rodeó la casa de Bernard hasta llegar a la parte de atrás.

James se quedó tamborileando con los dedos sobre el volante mientras la veía desaparecer. Luego se encogió de hombros, bajó del coche y la siguió.

El cielo estaba cada vez más oscuro. A sus oídos llegaba el sonido de las notas de la banda. Rodeó la casa. El jardín trasero era bastante amplio y flotaba en él un intenso aroma a rosas. Una ráfaga de viento levantó por los aires algunas flores y las dispersó por el césped. En medio del jardín había un estanque circular con carpas doradas que se deslizaban a través del agua verdosa.

Agatha se volvió y, al ver a James, dijo en voz baja:

—Ven a echar un vistazo a esto.

James se reunió con ella. Había un trecho cuadrado de tierra rastrillada sembrado de pequeñas y pulcras cruces de madera. Sobre cada una había un nombre grabado: Jimmy, William, Harry, George, Fred, Alice, Emma, Olive...

—¿Un cementerio de animales? —preguntó James.

—¿Sabes lo que creo que son? —repuso Agatha—. Creo que son las tumbas de las carpas que envenenaron.

—Vamos, Agatha. Nadie les pone nombre a las carpas.

—Creo que él sí. Sólo hay un modo de averiguarlo.

Se agachó y empezó a escarbar la tierra con los dedos.

—Detente, Agatha —le rogó James—. Será un gato.

—Aunque todas estas tumbas sean de animales, sigue siendo raro. ¡Ajá!

Agatha se incorporó y señaló el hueco que había cavado en la tierra. Los restos casi descompuestos de una carpa dorada habían quedado a la vista.

—¿Lo ves? —dijo con los ojos brillantes—. Si estaba así de chiflado por un puñado de carpas y descubrió que Mary las había envenenado, puede que perdiera la cabeza.

Ambos se tensaron al oír el chirrido de los goznes de la puerta de la verja delantera.

—Cúbrelo de nuevo, rápido —dijo James.

—No —se negó Agatha, y se volvió de cara a la entrada del jardín trasero.

Bernard rodeó la esquina de la casa con la chaqueta sobre el brazo. Al verlos, se detuvo en seco un instante y luego avanzó hacia ellos apresuradamente. Miró la tumba abierta a los pies de Agatha y murmuró:

—¿Por qué ha profanado la tumba de *Jimmy*?

—Usted mató a Mary —dijo Agatha con voz apagada—. Descubrió que ella había envenenado a sus peces, así que la mató.

—Ah, ¿de verdad? Y ¿dónde está la policía, Agatha?

—Llegará en cualquier momento —respondió ella, colocándose detrás de James en busca de protección—. Los forenses han seguido la pista de la cuerda y la han relacionado con usted —improvisó en un arrebato.

—No es posible —replicó él.

Entonces, consciente de que con ese comentario se había delatado, se sentó sobre el césped.

—¿Por qué lo hizo? —preguntó James.

—Ella me humilló —explicó Bernard con la cabeza gacha—. Coqueteó conmigo y, cuando yo di el paso, se rio en mi cara y me llamó viejo estúpido. Me puse hecho una furia. Le dije que había permitido que me pusiera en ridículo deliberadamente y que se lo iba a contar a todo el mundo. Pero, por supuesto, no lo hice. Me habría hecho quedar como un necio. Un hombre de mi edad...

»Oí ruidos en el jardín. Los viejos tenemos el sueño ligero. Miré por la ventana. La luz de la luna lo iluminaba todo y la vi inclinada sobre el estanque. No salí. Había acabado por tenerle miedo, miedo de que se riera y se burlara de mí. Pero por la mañana encontré las carpas muertas, todas mis amigas, mis mascotas, mi familia. Solía sentarme junto al estanque y hablarles. No podía pensar en nada más que en devolverle la humillación.

»Resultó sorprendentemente sencillo. La siguiente vez que la vi, se mostró muy natural y amistosa conmigo, como si nada hubiera ocurrido. Incluso pasó por mi casa y me trajo un pastel. De modo que hice mis preparativos. Fui a su casa y le pedí que me invitara a un coñac, porque sabía que ella a veces también se tomaba uno. Después de que sirviera los dos vasos, le dije que me había parecido oír a alguien fuera. Ella fue a mirar por la ventana y yo aproveché para verter el veneno en el vaso.

»Pasé un rato angustioso preguntándome si se lo bebería o no. Al final le conté que, cuando estaba en la Marina, nos bebíamos el coñac de un solo trago, pero que no esperaba que una dama fuera capaz de hacerlo. Ella se rio y dijo: “¿Por qué no?”, y se

lo echó al gazzate.

»La miré mientras moría y no sentí nada. Nada. Yo aún no había tocado mi copa. Me puse unos guantes, devolví el licor a la botella y luego la cerré. Me metí los dos vasos en el bolsillo para llevármelos y limpié el vómito que había caído en la moqueta. Sabía que la policía encontraría rastros, pero no quería ponérselo fácil.

»La levanté... y, bueno, ya conocen el resto. Quería que encontraran su cuerpo profanado, igual que ella había profanado esos jardines y para vengarme por haber matado a mis peces. Sabía que era ella quien había destrozado los otros jardines. Estaba loca.

—Iré a comprobar si ha llegado la policía —dijo Agatha con un hilillo de voz.

Salió corriendo del jardín, rodeó la casa y entró en el *cottage* de al lado, donde gritó a una desconcertada mujer, una tal señora Bain, que le dejara usar su teléfono. Llamó a Fred Griggs y luego regresó sin ningunas ganas para reunirse con James y Bernard.

Pero al llegar al jardín trasero, James estaba solo.

—Pobre viejo loco —dijo él—. Ha subido a recoger algunas cosas antes de que la policía se lo lleve.

En ese momento reapareció Bernard.

—Daré de comer a mi familia antes de marcharme —anunció, y se dirigió al estanque de las carpas.

Con un suspiro de alivio, Agatha oyó el aullido de una sirena de policía en la distancia. De repente, James la rodeó con los brazos y ella, agradecida, se apoyó en él y hundió la cara en su pecho.

—Ya está —se oyó la voz de Bernard, ahora temblorosa—. Iré a coger algo de la cocina.

Agatha alzó la cabeza.

—Deberías acompañarle. Podría escapar.

—De todos modos, será mejor que entremos. La policía llegará de un momento a otro.

Entraron en la casa por la cocina. Como era de esperar, alguien estaba ya aporreando la puerta. Agatha la abrió. Bill Wong y otros dos detectives aguardaban en el umbral.

—¿Dónde está?

Agatha miró a su alrededor con cara de espanto.

—No lo sé. En alguna parte.

Y entonces el ruido de un martilleo resonó en el techo.

Bill y sus colegas subieron las escaleras a la carrera. James retuvo a Agatha.

—No vayas —le dijo—. No será agradable.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que ha envenenado a sus peces nuevos y luego se ha envenenado él. Tal vez puedan hacerle un lavado de estómago a tiempo, pero lo dudo.

En el piso de arriba, las radios crepitaron mientras los detectives llamaban a una ambulancia.

—Vamos a sentarnos en el jardín, Agatha —sugirió James—. Aquí ya no podemos hacer nada.

EPÍLOGO



Habían pasado dos días desde la muerte de Bernard Spott. La lluvia, después de romper la larga racha de bonanza, había cesado y sol volvía a brillar.

Estaban sentados en el jardín de Agatha. James hablaba con entusiasmo de las flores y los arbustos, tanto que ella estuvo a punto de olvidar su propio engaño. Los habían interrogado por separado, y era la primera vez que James y Agatha se reunían después de haber descubierto la verdad sobre Bernard.

—¿Por qué lo dejaste entrar solo en la casa? —Quiso saber Agatha—. ¿Imaginaste que se quitaría la vida?

—Pensé que era una posibilidad. Fue un hombre valiente durante la guerra. En cuanto oí ese horrible martilleo en el piso de arriba, supe que eran los golpes de sus pies descontrolados después de tomar un trago de veneno. También envenenó a sus peces nuevos. Debería de haberlo vigilado para asegurarme de que no atentaba contra su vida. Mi única excusa es que estaba tan aturdido y alterado, que no sabía lo que hacía.

—Quizá fuera un hombre valiente —dijo Agatha con brusquedad—, pero cometió un crimen horrendo y debería haber sido juzgado por ello.

Bill Wong apareció por el camino que bordeaba la casa, pues Agatha ya no tenía razón para cerrar la puerta con llave. Se sentó y los observó detenidamente unos instantes antes de decir:

—Estábamos a punto de atrapar a Bernard, ¿sabéis?

—Te lo estás inventando —repuso Agatha.

—No. Habíamos rastreado todos los viveros en un radio muy amplio por si alguien había comprado esa marca de herbicida en concreto poco antes del asesinato.

—¿Qué marca?

—«Jardín Limpio.» Un nombre inocuo para una sustancia letal.

—Pero seguro que mucha gente lo compra, ¿verdad?

—Habíamos tomado fotografías a los vecinos del pueblo, incluso a vosotros dos, sin que os dierais cuenta. Las mostramos en los viveros y en el rincón más recóndito de Oxfordshire reconocieron a Bernard Spott. Eso, su experiencia en la Marina y el hecho de que en el pasado hubiera sido un entusiasta regatista nos llevó a pensar que era nuestro hombre. Los nudos de la cuerda eran obra de un experto.

Bill Wong contempló la expresión de indignación de sus rostros y se echó a reír.

—No os preocupéis. No os estoy quitando ningún mérito. No teníamos ninguna prueba. ¿Qué os hizo sospechar de él? Ya sé que dijisteis que lo habíais visto ayudando a los *boy scouts*, pero está claro que eso no bastó.

—Fueron las tumbas de su jardín —explicó Agatha.

—¿Tumbas? ¿Qué tumbas?

—Todas esas pequeñas tumbas para sus peces envenenados, cada una con su cruz y su nombre.

—Las vimos —recordó Bill—. Pero, cuando lo interrogamos, nos contó que reservaba esa zona de su jardín como cementerio de animales, y que cada vez que moría el perro o el gato de algún vecino, lo enterraban allí. Lo que no puedo entender es por qué le dejasteis tiempo para que se envenenara.

James dirigió una rápida mirada de advertencia a Agatha.

—Estábamos en estado de shock —dijo con indiferencia—. No se nos ocurrió pensar que pudiera quitarse la vida.

Bill soltó un leve suspiro y cruzó sus manos rechonchas sobre el pecho.

—Qué locura. Una verdadera locura. Dudo que nunca sepamos qué pasaba exactamente con Mary Fortune. En Estados Unidos le diagnosticaron depresión, lo cual parece cubrir un amplio espectro de trastornos mentales. El hecho de que nunca sospecharas que había algo extraño en ella, dadas las circunstancias —dijo mirando a James—, es algo que no logro entender.

—Ni siquiera Agatha, aquí presente, podía imaginar que estuviera tan perturbada —se justificó James—. Lo cierto es que parecía una mujer insinuante, despreocupada y libre de ataduras con la que pasar un buen rato. Cuando rompí con ella y se volvió tan desagradable, me sentí culpable por haberla malinterpretado, y con eso me refiero a que nunca se me pasó por la cabeza que estuviera planteándose casarse conmigo. Como seguro que te habrán contado otras personas, y como el propio Bernard nos contó a nosotros, podía comportarse como una bruja y luego, cuando volvías a encontrarte con ella, mostrarse tan cordial y encantadora que creías haberlo imaginado todo.

—Beth y John están, pues, fuera de toda sospecha.

Por cómo lo dijo Agatha, parecía lamentarlo.

—Supongo que la desagradable pareja se instalará en el pueblo —añadió.

—No, van a poner la casa en venta —explicó Bill—. Por cierto, Agatha, esperaba ver tu foto en todas las portadas: «La sabueso de Carsely ataca de nuevo».

—Creía que les contarías que fui yo quien resolvió vuestro sangriento asesinato —observó Agatha de mal humor.

—No fue decisión mía. Mis superiores parecen haber omitido meticulosamente ese detalle cuando hablaron con la prensa.

Agatha estaba enfurruñada.

—Con mi reputación, no sería tan raro que los periodistas se hubieran pasado por aquí.

Bill sonrió.

—Aún dispones de tiempo para hacerles saber que has sido tú.

—Demasiado tarde —repuso Agatha, concedora de todos los entresijos de la prensa—. La historia ha terminado. El hallazgo en Birmingham de esos dos cuerpos decapitados le han robado el protagonismo. Si intervengo ahora, pensarán que soy una vieja trasnochada que solo intenta llamar la atención.

—Olvidas —intervino James— que si no hubiera sido por mí, no habrías

sospechado de Bernard.

Agatha clavó sus ojos de oso en él.

—¿Qué tuviste tú que ver con eso? Sí, dijiste que era Bernard y luego te retractaste de inmediato y, si yo no hubiera insistido en ir, si yo, repito, si yo no hubiera descubierto esas tumbas y abierto una, aún seguiría en libertad.

—Lo dudo —repuso Bill—. Encontramos una confesión del asesinato escrita pulcramente a máquina y firmada en su escritorio. Estaba dirigida a la jefatura de policía en Mircester. Es probable que no hubiera tardado mucho en enviárnosla.

—Bueno, pues yo creo que he estado magnífica —insistió Agatha—, y si no lo digo yo, ¿quién va a hacerlo? Ah, aquí está la señora Bloxby. Señora Bloxby...

—Margaret.

—Margaret, es verdad. He resuelto este asesinato y James y Bill intentan quitarme el mérito.

La señora Bloxby se sentó.

—Qué asunto tan triste. Bernard llevaba mucho tiempo viviendo en el pueblo. ¿Quién lo habría imaginado? Uno nunca sabe qué sucede en la mente de los demás. Me pasé por casa de Bernard después de que envenenaran a sus carpas para ofrecerle mis condolencias y él se encogió de hombros y dijo: «Sólo eran peces. Puedo comprar más». Bernard Spott era una de esas personas que pasan desapercibidas y a las que en realidad nadie presta demasiada atención. Tiene una hermana, una solterona de setenta y cinco años llamada Beryl Spott, que ha heredado el *cottage*. Debo advertirte, Agatha, que ya ha visitado la vicaría y ha expresado su intención de vivir aquí.

—¿Por qué advertirme?

—Está convencida de que su hermano era inocente y de que tú lo acosaste hasta que se mató.

—Suerte que me marché a Londres.

—¿Tienes que hacerlo?

La señora Bloxby la miró compasivamente.

—¿Tienes una copia del contrato? Tal vez haya una cláusula que te permita librarte por enfermedad o algo por el estilo. Si estuvieras enferma, no podrías trabajar.

Agatha se animó.

—Iré a buscarlo. Roy me ha enviado una copia.

Entró en la casa y regresó poco después con el contrato. Se inclinó sobre él, lo revisó línea por línea y luego soltó un suspiro.

—No veo ninguna cláusula de rescisión. Será mejor que vaya a Londres y acabe con esto. Quizá sea entretenido.

—Podrías hacerlo fatal y convertirte en una relaciones públicas penosa —sugirió Bill—. Así estarían encantados de mandarte a casa.

—No podría hacer eso —exclamó Agatha—. Mi orgullo no me lo permitiría. Y

¿qué será de mis pobres gatos, *Hodge* y *Boswell*, encerrados en un piso de Londres durante seis meses?

—Yo me los quedaré —se ofreció James de repente—. Me gustan los gatos. Me ocuparé de ellos hasta que vuelvas.

—Gracias —dijo Agatha—. Me sentiré mejor sabiendo que están contigo.

Agatha se animó. Si James se quedaba sus gatos, tendría una excusa para llamarle y preguntarle qué tal estaban.

—Además, seguro que puedes venir los fines de semana —observó la señora Bloxby.

Agatha negó con la cabeza.

—Me exprimirán a fondo. Tendré que trabajar sin descanso, incluso los fines de semana.

—Yo me ocuparé de tu jardín —se ofreció la señora Bloxby—. Es tan bonito, y cuando vuelvas ya será primavera otra vez.

A Agatha la asaltó un pensamiento.

—¿Llegaste a descubrir quién era esa pareja, Bill? Ya sabes, la que oímos en la calle la noche en que asesinaron a Mary.

—Ah, éstos. Cuesta de creer. Después de enterarnos de su existencia, hicimos un llamamiento por televisión para que se pusieran en contacto con nosotros, aunque sin éxito. Pero cuando en los periódicos de ayer se informó de la resolución del asesinato, ni cortos ni perezosos se presentaron en comisaría.

—¿Quiénes son? —Quiso saber James—. ¿Por qué no habían dado señales de vida antes?

—Se trata de un joven que vive en el barrio de viviendas de protección oficial, Harry Trump, y de su novia de Evesham, Kylie Taylor. Al preguntarles por qué no habían acudido antes, nos dijeron que no se puede confiar en la policía y que tal vez pensáramos colgarles el muerto. Tengo que marcharme. Pasa a verme antes de irte a Londres, Agatha.

—Aún queda tiempo para eso —dijo la señora Bloxby, poniéndose en pie a su vez.

—Será mejor que yo también me marche —dijo James cuando se quedaron a solas—. Nos vemos luego en el Red Lion, Agatha, y no olvides que me debes una cena.

Se inclinó para darle un beso en la mejilla, pero en ese momento ella giró la cabeza y el beso aterrizó de lleno sobre sus labios, unos labios cálidos y hormigueantes. Mientras James se incorporaba, Agatha lo miró, aturdida.

—Adiós —se despidió él abruptamente, y salió del jardín.

A Agatha le costaba creer cómo se había desarrollado todo durante las semanas previas a su partida hacia Londres. Como si hubieran vuelto a los viejos y malos

tiempos, James se mostraba cortés con ella, pero distante, cuando se encontraban en el pub. Agatha lo invitó a cenar varias veces, pero él siempre tenía una excusa a punto. Empezó a desear que llegara el momento de su marcha tanto como antes lo había temido.

Al final llegó el día. Ya se había despedido del resto de sus amigos. De pie en el vestíbulo de casa de James, con la cesta de los gatos a los pies, dijo, incómoda:

—Bueno, pues me voy.

—Pásalo bien —le deseó él.

—Te llamaré.

—Sí, claro.

—Bueno, esto, adiós.

—Adiós, Agatha.

James le sostuvo la puerta para que saliera. Agatha se dirigió hacia su coche erguida, sin perder la compostura, y se alejó sin mirar por la ventanilla.

James la contempló mientras se marchaba. No debería haberse mostrado tan frío con ella, pero ese beso lo había asustado. Se preguntaba si alguna vez lograría superar el bochorno que le provocaba su aventura con Mary Fortune. Ni siquiera se atrevía a pensar en la posibilidad de mantener otra relación sentimental. Tal vez, cuando se sintiera mejor consigo mismo, podría ir un día a Londres e invitarla a comer. Entró de nuevo en casa y contempló el procesador de textos. El día era frío y ventoso, y las hojas caían en círculos de los árboles.

El terror había abandonado el pueblo y Carsely se preparaba para su larga hibernación, a salvo, tranquilo y despreocupado. Y aburrido, se dijo James sombríamente, mientras la mitad de su mente seguía pensando en la figura abatida de Agatha entrando en el coche.

Agatha llegó a Pedmans, en Cheapside, el lunes. La recepcionista tomó nota de su nombre e hizo una llamada. Luego le dedicó una sonrisa.

—Su secretaria, Peta, bajará en un minuto.

Pero Agatha tuvo que esperar diez minutos antes de que una muchacha lacia vestida con un traje pantalón de Armani bajara por las escaleras con actitud desganada.

—Oh, aquí estás, cariño —dijo Peta a modo de saludo—. Sígueme y te enseñaré dónde está tu santuario.

Agatha la siguió con expresión severa. Echó un vistazo al pequeño y oscuro despacho y apretó los dientes.

—Vamos a dejar clara una cosa, Peta —dijo—. Cuando hayas informado al señor Wilson de que este despacho es un insulto y me hayas encontrado uno mejor, recuerda que bajo ningún concepto debes llamarme cariño. Para ti soy la señora Raisin. Y cuando hayas terminado con eso, tráeme un café.

—En esta empresa cada uno se va a buscar su propio café —replicó Peta con valentía—. Somos secretarias, no camareras, ¿sabes?

—¡Hazlo o búscate otro jefe! —vociferó Agatha—. ¡Andando!

Y Peta anduvo.

Poco rato después, Agatha estaba instalada en un despacho más grande y Peta dejaba en silencio una bandeja con café y galletas frente a ella.

Por un breve instante, Agatha pensó en James, en la señora Bloxby, en sus gatos, en su casa y en su jardín, y cerró los ojos. Le resultaba doloroso.

Después los abrió de nuevo y se acercó el teléfono.

Estaba de vuelta y había trabajo que hacer.

Carsely podía esperar.

Notas

[1] Serie de televisión inglesa de ciencia ficción protagonizada por marionetas. (*N. de la T.*) <<

[2] Película ambientada en un pueblo ficticio, apacible y conservador de los años cincuenta. (*N. de la T.*) <<

[3] Raza de humanoides del universo *Star Trek*. (N. de la T.) <<

[4] Véase *Agatha Raisin y la quiche letal*. <<

[5] Tendencia anglocatólica de la Iglesia anglicana que otorga un papel preeminente a la autoridad del clero. (*N. de la T.*) <<

[6] «Old Mother Hubbard» es una canción infantil inglesa que reza así: «La anciana señora Hubbard fue a la despensa para darle un hueso al pobre perro, pero al llegar la despensa estaba vacía». (*N. de la T.*) <<